



“Evolución cultural de Mesoamérica”

p. 11-158

Obras de Miguel León-Portilla.

Tomo II. En torno a la historia de Mesoamérica

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2004

542 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-1809-1 (volumen II, pasta dura)

ISBN 970-32-1808-3 (volumen II, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/434.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



I. EVOLUCIÓN CULTURAL DE MESOAMÉRICA*

Introducción

El estudio del pasado indígena de México interesa por múltiples razones. En primer lugar, si tomamos conciencia de las raíces culturales y de la fisonomía mestiza de México, habremos de reconocer que lo indígena es antecedente y legado insuprimible del propio ser nacional. Tan absurdo como pretender que lo prehispánico es herencia cultural única o excluyente de otras, sería también olvidar que el pasado indígena constituye un subsuelo de milenios, sobre el cual, más tarde, todo se ha ido edificando. Desde este punto de vista la trayectoria cultural indígena interesa como primer capítulo en la historia de la nación mexicana.

Razón complementaria de la anterior la da la existencia de varios millones de personas de origen predominantemente indígena que conservan hasta hoy, entre otras cosas, sus propios idiomas, tradiciones, sentido artístico, sistemas de organización y otros elementos de clara procedencia prehispánica. Imposible sería pretender un conocimiento de las formas de existir y sentido de identidad de esas modernas comunidades indígenas, soslayando la herencia del pasado anterior a la Conquista. Propiciar la participación de los grupos nativos en la vida social, económica y política del país, presupone también la valoración de sus raíces culturales como fuente de símbolos y significación. Así, tanto en relación con las comunidades indígenas contemporáneas, como en la búsqueda de antecedentes esenciales del moderno ser mestizo y de la realidad integral del país, es requisito indispensable el estudio de la historia prehispánica.

También por sí misma —prescindiendo ahora de su vinculación con el ser contemporáneo de México— la historia prehispánica es asunto de extraordinario interés. La evolución cultural que aquí se desarrolló a través de milenios ofrece la posibilidad de estudiar cómo, en el aislamiento del Nuevo Mundo, surgió asimismo una civilización que

* *México: su evolución cultural*, Ciencias Sociales, 3a. ed., México, Editorial Porrúa, 1979, p. 13-164.



cabe poner en paralelo con las de la antigüedad clásica del Asia, el norte de África y Europa. Logros del hombre del México antiguo fueron, entre otros muchos, extraordinarios centros rituales y auténticas metrópolis con un arte monumental, ahora mejor valorado. Sobre una base económica cada vez más desarrollada y que incluyó la existencia de un amplio comercio, ocurrieron grandes transformaciones en la organización social, política y religiosa de los diversos grupos. Hubo señorías y diversas formas de reinos e imperios. Descubrimientos tenidos antes por exclusivos de las civilizaciones del Viejo Mundo se lograron aquí también con características propias. Se perfeccionaron los sistemas calendáricos. Se tuvo un concepto del cero y se midió la duración del año astronómico con un diezmilésimo de mayor precisión que en el caso del que hoy conocemos como calendario gregoriano. Hubo asimismo desarrollo en varias formas de escritura. Se concibieron ricas literaturas y elevadas doctrinas de las que dan muestra los códices y textos en lengua indígena que hasta hoy se conservan.

Por todo ello el estudio de la civilización del México prehispánico interesa como un capítulo, rico en significaciones, a la luz de la historia universal. También aquí, en aislamiento, el hombre superó de nuevo el primitivismo y la barbarie. A pesar de que en el México precolombino subsistieron limitaciones de índole técnica, llegó a proliferar la vida urbana y se lograron los medios para preservar, en inscripciones y códices, el testimonio de la historia. Nada tiene ya de extraño que sea cada día mayor el interés no sólo de arqueólogos, historiadores y otros especialistas sino del público en general, dentro y fuera de México, por conocer algo de lo que fue el arte, la literatura, el pensamiento y la vida cotidiana del hombre prehispánico en esta porción del Nuevo Mundo.

Podemos ya, por consiguiente, acercarnos al estudio de nuestro pasado prehispánico conscientes del gran interés que tiene como antecedente y legado en la realidad del México contemporáneo y también por sí mismo, en el marco de la historia universal, como única experiencia de una civilización con historia en el Nuevo Mundo.

Los periodos en la evolución cultural del México antiguo

La idea de distribuir en periodos el acontecer humano es tan antigua que la encontramos ya muchas veces en los viejos mitos. Así, para dar una sola muestra, cabe recordar aquí los periodos o grandes edades míticas que, según el pensamiento de distintos pueblos, antecedieron a la época actual.

También, a partir de los primeros cronistas, espontáneamente se introdujeron divisiones o periodos en los relatos sobre el pasado, atendiendo, por ejemplo, a los varios reinados o dinastías o a otro tipo de acontecimientos como la duración de una guerra, o un tiempo de epidemia, o el florecimiento de una cultura hasta la decadencia de la misma.

Con tales divisiones en el tiempo, entendidas como *periodos*, se pretende abarcar y distinguir series de acontecimientos que se consideren como portadores de alguna forma de significación unitaria. Los *periodos* pueden tener muy distintas duraciones. A veces comprenden milenios o un gran número de siglos. En esos casos suele decirse que constituyen una *edad*. Se habla así en la historia universal de la edad antigua, la edad media, la edad moderna. Hay periodos de duración mucho más breve, como, por ejemplo, el de la revolución francesa o el de la guerra de independencia en México.

Mucho se ha discutido sobre los posibles criterios subjetivos que llevan a veces a establecer determinados periodos en el estudio de los acontecimientos históricos. Es innegable que con frecuencia juegan en esto papel importante los puntos de vista personales, así como los ideales nacionalistas de determinados países. También es verdad que es inevitable una cierta arbitrariedad al pretender fijar separaciones en el acontecer continuo, jamás interrumpido, de la historia. Sin embargo, debemos reconocer que introducir de algún modo divisiones o periodos en el acercamiento al pasado es condición inescapable para hacer posible su comprensión. No es imaginable el estudio de la historia como si fuera esta una masa amorfa de sucesos sin principio ni fin.

Lo que importa en todo intento de división en periodos es proceder con la mayor objetividad posible. En otras palabras, cuando se busca establecer límites de tiempo, la idea debe ser circunscribir una duración con acontecimientos estrechamente relacionados entre sí, eventual objeto de un esfuerzo de comprensión unitaria.

En nuestro libro, aunque seguimos la periodización generalmente adoptada, hemos introducido en varios casos enfoques diferentes. Por lo que toca al pasado prehispánico, conviene precisar los periodos en función de los cuales habremos de estudiarlo. El primer periodo —de enorme duración— lo constituyen los milenios prehistóricos, que abarcan desde el poblamiento en lo que hoy es territorio mexicano hasta la aparición de la agricultura. Como antecedente de este periodo trataremos también de los orígenes del hombre americano y de los más antiguos vestigios de su cultura en América del norte.

Segundo gran periodo, que va desde aproximadamente 2 300 a C., hasta los comienzos de la era cristiana, es el que se designa como



preclásico. Se estudian en él los antecedentes y el primer surgimiento de la alta cultura en el México antiguo. Tres etapas, las del preclásico inferior, medio y superior, integran este periodo. Lo más significativo en él es el surgimiento de la cultura olmeca, origen de las grandes transformaciones que llevaron a consolidar una civilización en esta parte del Nuevo Mundo.

Desde los principios de la era cristiana hasta aproximadamente el siglo IX d. C., se sitúa el periodo clásico, así llamado por considerársele como el de mayor esplendor en el México antiguo. A lo largo de este periodo distinguen los especialistas varias etapas de menor duración. Aunque los testimonios escritos acerca del periodo clásico, bien sea de Teotihuacan, la región de Oaxaca, la zona del Golfo o el área maya, sólo en parte han podido ser descifrados o son menos abundantes si se comparan con los relacionados con el periodo siguiente, la arqueología proporciona ya considerable información. Permite conocer los logros más sobresalientes de este periodo: centros ceremoniales, metrópolis como Teotihuacan, grandes creaciones en el campo de las artes plásticas, inscripciones y testimonios calendáricos. La herencia cultural del periodo clásico para siempre dejó honda huella.

El postclásico, a partir de la decadencia y la ruina de los centros que florecieron en el periodo anterior, concluyó con la Conquista española. Conviene repetir que los testimonios históricos son ya mucho más abundantes. Entre los rasgos característicos del postclásico están los grandes movimientos de pueblos, las alteraciones políticas, sociales, económicas y religiosas que se dejaron sentir en distintas regiones. Tuvo también entonces extraordinario auge el militarismo. Se formaron nuevos estados que a su vez sucumbieron y dieron lugar a la consolidación de otros a veces más poderosos. Aun cuando puede considerarse a este periodo como etapa de menor esplendor, comparada con los vestigios que conocemos del clásico, sería inexacto decir que fue un lapso de decadencia. Bastaría con recordar que, durante el postclásico, prosperaron entidades tan importantes como la nación tolteca, el gran estado tecpaneca, los señoríos mixtecas, la llamada Liga de Mayapán y la nueva organización que alcanzó el pueblo azteca o mexica.

Conviene señalar, por otra parte que, en el estudio del pasado prehispánico a lo largo de estos distintos periodos, habrá que tener siempre presentes las diferencias que hubo entre los principales grupos que habitaban el territorio mexicano. Ello es sobre todo importante por lo que toca a las comunidades que alcanzaron la alta cultura y la civilización y aquellas otras que, en las regiones norteñas, mantuvieron en distintos grados formas de vida de cazadores y recolectores.

Tan sólo tomando conciencia de tales diferencias, nos percataremos de la pluralidad de procesos culturales en la evolución de los pueblos prehispánicos. Como además muchas de esas diferencias en los niveles de desarrollo subsistieron a lo largo de los tiempos coloniales y del México independiente, resulta imprescindible intentar aquí valorarlas a partir de sus orígenes. De nuevo ello nos confirma la estrecha relación que guarda la historia del pasado indígena con la realidad integral de nuestro país.

A continuación iniciaremos ya el estudio, atendiendo primeramente a lo que fueron los milenios prehistóricos, desde el poblamiento hasta la aparición de la agricultura en territorio mexicano.

1. LOS MILENIOS PREHISTÓRICOS. DEL POBLAMIENTO A LA APARICIÓN DE LA AGRICULTURA

Gracias a investigaciones apoyadas en distintas disciplinas, puede afirmarse que ha sido en extremo larga la secuencia evolutiva de la que al final se derivó la aparición del llamado *homo sapiens*, la especie humana, a la que, en fin de cuentas, pertenecemos. Debemos recordar asimismo que las ciencias en relación con la prehistoria muestran que ese largo proceso, iniciado desde hace más de un millón de años, se desarrolló en diversos lugares del Viejo Mundo, es decir en África, Asia y Europa.

Respecto del continente americano sabemos que no se conocen ni antecedentes ni vestigios de una paralela evolución. Por el contrario, todos los restos humanos encontrados en el Nuevo Mundo dejan ver que son de individuos que deben describirse como pertenecientes a la especie del hombre actual. En consecuencia —como asimismo lo apuntamos en el mencionado segundo curso— ha sido preocupación de los prehistoriadores buscar fuera de América los orígenes de los primeros pobladores de este continente.

Así, al atender ahora al más antiguo poblamiento en lo que hoy es territorio mexicano, como paso preliminar nos ocuparemos del tema de la procedencia del hombre americano en general.

Orígenes del hombre americano

Desechada la hipótesis de un origen autóctono, o sea la de suponer que el hombre apareció en América como consecuencia de una evolu-

ción ocurrida en ella, las teorías hasta ahora formuladas implícitamente reconocen que nuestro continente fue de hecho un Nuevo Mundo para quienes, procedentes de fuera, por vez primera penetraron en él. Más de una han sido las rutas de entrada que se han propuesto para explicar la presencia de esos inmigrantes prehistóricos. Con tal propósito se han tomado en cuenta factores climatológicos, estudios sobre la cronología de las glaciaciones, trabajos relacionados con la fauna y flora y, desde luego también los hallazgos tanto de restos humanos como culturales, entre estos últimos especialmente los artefactos líticos (de piedra) a los que se ha podido asignar diversos grados de antigüedad.

La vía del estrecho de Bering

El punto de vista más generalmente aceptado señala, como camino principal de entrada, al estrecho de Bering, lugar de máximo acercamiento entre Asia y América del Norte. Aunque no hay concordancia respecto de la época precisa en que pudo iniciarse el paso de grupos humanos a través de Bering, se considera que existieron condiciones para ello a fines del Pleistoceno, desde hace probablemente 40 000 años.

De suma importancia han sido en este punto las investigaciones sobre los grandes periodos de glaciación en las regiones norteamericanas del planeta. Aunque hay incertidumbre acerca de las causas de las glaciaciones, se conocen con cierta precisión las superficies que en determinadas épocas quedaron cubiertas por espesa capa de hielo. En el caso de Norteamérica la cuarta y última glaciación de que se tiene noticia recibe el nombre de “periodo Wisconsin”. A lo largo de éste hubo varios subestadios, uno de los cuales “el Altoniense”, entre 70 000 y 28 000 a. C., se presenta como lapso durante el cual verosímilmente ocurrieron las más antiguas migraciones humanas al Nuevo Mundo.

Al decir de los especialistas, en el subestadio Altoniense era muy considerable el descenso en el nivel de las aguas del océano Pacífico, resultado de la formación de las grandes masas de hielo de la glaciación Wisconsin. Ello había traído consigo que quedara por encima del océano un amplio territorio emergido en la zona de Bering, con la consiguiente posibilidad del paso por tierra desde Siberia a Alaska. Además, en distintos lapsos, dentro del subestadio Altoniense, llegó a manifestarse una cierta mejoría climática. Ésta a su vez se tradujo en la formación de otra especie de corredor, libre de hielos, en la porción noroeste del continente entre los glaciares de montaña.

Los inmigrantes, venidos de las zonas árticas de Siberia, encontrarían así en América condiciones climáticas bastante parecidas a las de su lugar de procedencia y, en algunos casos, incluso más favorables que aquellas. De esta suerte ha sido posible reforzar, con nuevos elementos de juicio, la tesis del poblamiento de América, en oleadas sucesivas de distintos grupos, por la vía del estrecho de Bering.

Para señalar la época en que se inició este proceso de poblamiento son elemento fundamental los descubrimientos hasta ahora realizados de restos humanos y sobre todo de artefactos elaborados por el hombre. Unos y otros, en diversas formas, han sido objeto de estudio con el fin de precisar su antigüedad. En opinión de los prehistoriadores hay suficientes indicios para sostener que hubo ya ocupación humana en distintos sitios de Alaska, Canadá y los Estados Unidos desde hace cerca de 35 000 años; en territorio mexicano aproximadamente desde hace 20 000; en Perú, 18 000 y 9 000 en el extremo sur del continente.

Como es obvio, interesa atender a algunos de los principales hallazgos que han permitido formular tales afirmaciones acerca de la antigüedad del poblamiento, sobre todo en América del Norte y en especial en México. El estudio de esos descubrimientos nos permitirá conocer a la vez los niveles de cultura de los primeros grupos que fueron llegando, los llamados “paleo-indios”, gentes dedicadas principalmente a la caza, la pesca y la recolección de frutos. Antes, sin embargo, creemos pertinente tratar acerca de otra hipótesis distinta en relación con los orígenes del hombre americano. Y cabe ya adelantar que —prescindiendo de fantasías insostenibles— el punto de vista al que atenderemos, lejos de contrariar la teoría del poblamiento principal por el estrecho de Bering, puede presentarse como explicación más que nada complementaria.

La hipótesis del poblamiento procedente del Pacífico Sur

Según el estudioso francés Paul Rivet, además de las migraciones por Bering, hubo otras a través de la zona sur del océano Pacífico, en especial desde las áreas australiana y malayo-polinésica. Para apoyar este parecer, Rivet da tres clases de argumentos.

El primero se deriva de las diferencias somáticas (o sea en el aspecto físico) entre los numerosos grupos indígenas del continente. En tanto que los venidos por Bering ostentan rasgos mongoloides, diversas comunidades en múltiples sitios (por ejemplo Lagoa Santa en Brasil, sur de Baja California y otras en Perú, Ecuador y Colombia) podrían

describirse como en posesión de características unas veces australoides y otras malayo-polinésicas. Un segundo argumento, de carácter lingüístico, aduce también Rivet. A su parecer existen afinidades entre los idiomas hablados por algunos grupos americanos y los de las regiones mencionadas del Pacífico sur en Oceanía.

Finalmente el tercer tipo de argumento se dirige a explicar cómo pudieron llegar a América tales grupos. Para ello Rivet hace referencia a sus piraguas dobles o de balancín, al carácter tradicional de navegantes de muchos de los habitantes de la Polinesia y a la existencia de corrientes marinas y vientos favorables que verosímelmente propiciaron su paso al Nuevo Mundo.

Respecto de esta hipótesis de Paul Rivet diremos que —aunque hasta hoy no ha podido apoyarse en evidencias indiscutibles— tampoco debe desecharse como absurda. Más bien es de desearse que ulteriores investigaciones den base firme para su eventual comprobación o su definitivo rechazo.

Volviendo ahora a lo expuesto sobre el poblamiento a través de Bering, pasamos ya a ocuparnos de algunos de los descubrimientos principales que nos permiten fechar la presencia de grupos humanos en Norteamérica y en particular, en México. El estudio de tales hallazgos nos llevará asimismo a conocer, en sus rasgos más sobresalientes, las probables formas de evolución cultural de esos antiguos pobladores. Nuestra atención se dirigirá a los milenios de la prehistoria del Nuevo Mundo hasta llegar a los tiempos en que los asentamientos en aldeas y la aparición de una incipiente domesticación de plantas son ya anticipo de grandes transformaciones.

Los más antiguos vestigios del hombre y su cultura en América del Norte

Es la América del Norte donde se han descubierto los más antiguos vestigios de la presencia de grupos humanos. Ello se explica tanto por el mayor número de investigaciones realizadas en esta porción del continente como por el hecho de que fue Norteamérica la zona de más temprana penetración de los inmigrantes llegados a través de Bering. Con base en el estudio de tales vestigios —en particular artefactos líticos y óseos— los prehistoriadores describen los que pueden considerarse como distintos niveles de cultura de los grupos que penetraron en el ámbito norteamericano.

Algunos estudiosos han pretendido correlacionar de algún modo las manifestaciones culturales prehistóricas en América con los cono-

cimientos que se tienen acerca del largo periodo paleolítico en el Viejo Mundo. Tal periodo —como lo vimos al principio de nuestro segundo curso de Ciencias Sociales— se remonta en antigüedad hasta la aparición de los primeros instrumentos de piedra hechos por el hombre. Quienes se empeñan en comparar la prehistoria americana particularmente con la de Asia, han llegado a afirmar que algunos de los más antiguos pobladores de nuestro continente, aunque pertenecían ya a la especie del hombre actual, mantenían formas de vida que recuerdan a veces las del paleolítico inferior. Se refieren así a hordas o bandas tribales no muy numerosas que subsistían, adaptándose a las alteraciones climáticas, dedicadas a la caza y la recolección. Los artefactos de tales pobladores, hechos por percusión, revelan técnicas bastante toscas.

Por nuestra parte, recordaremos aquí que la etapa del paleolítico inferior concluyó en el Viejo Mundo aproximadamente hacia 50 000 a. C., es decir, antes de que el hombre penetrara en tierras americanas. Así, siendo inaceptable hablar de un “paleolítico inferior” en el Nuevo Mundo, pensamos que la referida comparación de elementos culturales sólo puede entenderse como un señalamiento del escaso desarrollo que aún tenían los primeros grupos venidos por Bering.

Entre los hallazgos, hasta ahora logrados, atribuibles a esos tempranos pobladores, están los de Lewisville y de la cueva Friesenhahn, ambos en Texas —raspadores de piedra y huesos con extremos seccionados— a los que se ha asignado una fecha cercana a los 37 000 años antes de nuestra época. Otros descubrimientos, también de artefactos líticos o de hueso, asociados a restos de la fauna característica de la etapa media del pleistoceno en América (mamutes, elefantes, caballos, armadillos gigantes y distintas especies de camélidos), confirman la antigüedad que hoy se asigna al hombre en la porción nortea del continente. De gran interés, son así los hallazgos logrados en American Falls, Idaho (más de 30 000 años); Isla de Santa Rosa, California (cerca de 28 000 años) y Tule Springs, Nevada (cerca de 28 000 años).

Como indicio de la ulterior evolución cultural de los recolectores y cazadores prehistóricos pueden aducirse diversas formas de evidencia. Se trata de vestigios —de épocas posteriores— que más fácilmente son comparables con los característicos del paleolítico superior en el Viejo Mundo. El instrumental de piedra aparece más diversificado y elaborado. Cabe incluso suponer que algunos de los petroglifos y pinturas rupestres, que se conservan en múltiples sitios del área que nos ocupa, provienen de esta época posterior, como creación que denota preocupaciones de índole mágica o religiosa. En lo que toca al instrumental es de interés aludir a la elaboración de dardos, bastante



largos, hechos de piedra, con puntas lanceoladas (a modo de lanza) empleados para la cacería de los grandes animales ya mencionados. Por el lugar donde ocurrió el primer descubrimiento de dichas puntas, en Sandía, estado de Nuevo México, se conocen éstas generalmente como “puntas Sandía”. Los prehistoriadores, que han estudiado tal tipo de puntas y otros artefactos localizados en asociación con ellas, en varios lugares de Canadá y los Estados Unidos, describen la correspondiente etapa cultural como “Complejo Sandía”, situado cronológicamente entre 25 000 y 15 000 años a. C.

Otros complejos culturales han podido establecerse asimismo de etapas posteriores. Mencionaremos al llamado “Complejo Clovis”, por los primeros hallazgos efectuados en un sitio de tal nombre en Nuevo México, al parecer, entre 15 000 y 9 000 años a. C. Los cazadores habían alcanzado mejores técnicas que les permitían producir puntas de proyectiles acanaladas, diversas formas de raspadores, cuchillos hechos de lascas y otros objetos de hueso. Los vestigios de esta etapa cultural proceden de varios lugares de los Estados Unidos, Canadá y también de México.

Etapas siguientes es la bautizada con el nombre de “Complejo Folsom”, entre 9 000 y 7 000 a. C. Los artefactos en piedra son ya de mucho mejor manufactura. Hay además punzones de hueso, cuentas y otros objetos que al parecer se emplearon como adorno. Los prehistoriadores infieren que los grupos que vivieron en esta etapa se vestían con pieles de animales y enriquecían su atuendo personal con diversas formas de collares y pendientes. Como en el caso del “Complejo Clovis”, hubo ya en territorio mexicano grupos que participaron en el nivel correspondiente a la etapa Folsom.

Mencionaremos aquí también al llamado “Complejo Yuma”, situado entre 7 000 y 5 000 a. C. Coincidió esta etapa con la paulatina desaparición de las grandes especies de animales del pleistoceno americano, como consecuencia de los cambios climáticos y asimismo de la vegetación existente. Fue entonces cuando la actividad recolectora parece haberse intensificado. Sabemos también, por otra parte, que en diversos sitios de lo que hoy es Tamaulipas y de la región central de México hay vestigios, que se remontan hasta el sexto milenio a. C., que muestran que había ya grupos de cazadores y recolectores que empezaban a domesticar algunas plantas como la calabaza, el chile y el frijol.

Desarrollo cultural prehistórico en territorio mexicano

Aunque ya aludimos a hallazgos en México relacionados con los complejos “Clovis” y “Folsom”, debemos atender más directamente a lo que se conoce sobre la presencia y evolución cultural de los más antiguos pobladores en lo que hoy es nuestro país. Según algunos investigadores, puede afirmarse que hay indicios de poblamiento desde antes de los 20 000 años a. C.

En apoyo de esta tesis se presentan los descubrimientos realizados en Tlapacoya, Estado de México, específicamente el hallazgo de dos hogares con restos de carbón de madera que, por el método del carbón 14 radiactivo, se han fechado cerca de 24 000 años antes de la época actual. De otro sitio explorado, en Caulapan, Puebla, procede un artefacto lítico del tipo “raedera”, al que se atribuye una antigüedad cercana a los 21 000 años. Cabe aducir también, finalmente, la aparición, en el lugar conocido como Laguna Chapala, Baja California, de un cierto número de artefactos descritos como “bifaciales alargados” que, por su tosca manufactura y por el nivel estratigráfico en que se encontraron, han sido tenidos como otro testimonio de la más temprana presencia del hombre en lo que hoy es territorio mexicano.

Los prehistoriadores que han aducido estos primeros vestigios de presencia humana en México designan al periodo del que proceden con el nombre de “horizonte arqueolítico” (de la piedra “arcaica”) que, al parecer, debió desarrollarse entre 20 000 y 14 000 años antes del presente.

De un periodo posterior, bautizado como “horizonte cenolítico” (de la nueva lítica o del nuevo trabajo de piedra) son ya más abundantes y elocuentes los descubrimientos hasta ahora logrados en diversos lugares del país. Entre éstos están los realizados en San Joaquín, Baja California, Punta Blanca, Sonora, San Bartolo Atepehuacan, México, Cueva de Cozcatlán, Puebla, Presa Falcón, Tamaulipas y en la región de Mitla, Oaxaca. Dado que en varios de los lugares mencionados han aparecido puntas de tipo “Clovis” y en menor grado del “Folsom”, ha sido posible inferir que se trata de vestigios dejados por cazadores nómadas que probablemente vivieron entre 13 000 y 7 000 años antes del presente.

Paralelamente son de muy grande interés los restos humanos a los que se ha asignado también muy considerable antigüedad. Lugar especial ocupa el conocido como “Hombre de Tepexpan”, descubierto en 1947, en las inmediaciones del mencionado pueblo, a un lado de la carretera que va a Teotihuacan. El hallazgo, manifiestamente asocia-

do a restos de mamut, ha sido fechado entre los 10 000 y 9 000 a. C. De fecha un poco posterior, mencionaremos la aparición de restos de otro mamut en Santa Isabel Iztapan, con los cuales se encontró una punta de proyectil, una raedera de obsidiana y otros artefactos.

Como temprana muestra del sentido artístico de esos antiguos cazadores y recolectores nómadas se conserva un hueso sacro fósil, probablemente de un camélido hoy extinto. Localizado desde 1870 en Tequixquiac, dicho hueso, al que se atribuye una antigüedad de cerca de 10 000 años, fue trabajado de suerte que adquirió el aspecto de una cabeza de mamífero. Es ésta la primera producción, tal vez mágica o religiosa, pero también artística, descubierta en territorio mexicano.

Orígenes de la agricultura

Puede decirse que, a partir del séptimo milenio a. C., son relativamente abundantes los vestigios de una creciente transformación en las formas de vida de los pobladores prehistóricos. Hay así numerosos indicios de que se había ampliado considerablemente la actividad de recolección de diversas especies de semillas. La conversión de éstas en alimento es patente gracias a los utensilios que había ya para molerlas o machacarlas: morteros, manos y piedras a modo de primitivos metates.

Entre los más tempranos testimonios del paso a una incipiente domesticación de plantas, es decir a la agricultura, están los hallazgos hechos en varias cuevas de la sierra de Tamaulipas, como las del Cañón del Infiernillo (6 500-5 500 a.C). A partir de entonces se practicaba ya el cultivo del frijol, el chile y la calabaza.

En la región de Tehuacán, Puebla, se han hecho otros descubrimientos también de gran interés. Allí ha podido seguirse lo que fue, desde el sexto milenio a. C., el desarrollo cultural que llevó a la domesticación de diversas plantas. En la Cueva de Cozcatlán, hay indicios de que la incipiente agricultura llegó a incluir hacia 4 000 a. C., además de distintas especies de frijol, calabaza y chile, ciertas variedades de maíz. En la misma región de Tehuacán hubo ya desde entonces considerable aumento de población. Al parecer, las comunidades tenían ya el carácter de aldeas. La producción de diversos objetos, al igual que el instrumental fueron más abundantes y de mejor técnica: cestería, petates, redes, diversos tipos de vasijas de piedra, metates, navajas, puntas de proyectil y otros implementos más. Dato interesante es que para esta época el perro era ya acompañante doméstico del hombre.

Aunque hasta ahora son relativamente pocos los sitios explorados en México, testimonio de esta serie de grandes transformaciones que culminaron con la difusión de la agricultura, proliferación de aldeas e incremento notorio de la población, lo que hasta ahora conocemos es prueba fehaciente de que hacia 3 000 a. C., se habían alcanzado ya niveles culturales, anticipo a su vez de un mayor desarrollo que pronto se dejaría sentir en un ámbito mucho más amplio.

*Antecedentes y surgimiento de la alta cultura
(el periodo preclásico 2 300 - 0 a. C.)*

Desde mediados del tercer milenio a. C. se acentuaron los contrastes en los niveles culturales alcanzados por los distintos pobladores de lo que llegaría a ser territorio mexicano. Aunque las diferencias abarcaban, en ocasiones, múltiples rasgos culturales, puede afirmarse sobre todo que estar ya en posesión de la agricultura constituía factor diversificante, de enorme importancia, respecto de quienes subsistían aún como cazadores y recolectores.

No ha sido posible, hasta ahora, precisar dónde se originó la más temprana domesticación de plantas en el Nuevo Mundo. Por lo que toca a México nos referimos ya a los descubrimientos realizados particularmente en la región de Tehuacán, Puebla. Al igual que sucedió allí parece probable que también en otros sitios comprendidos en las zonas central y sur, se dieron las condiciones, naturales y culturales, que propiciaron el desarrollo de las incipientes técnicas agrícolas. Así cabe explicar que precisamente en ese ámbito ocurrieron luego otras importantes transformaciones que vamos a estudiar en este capítulo. Entre ellas están el subsiguiente aumento de población, la manufactura de cerámica, el incremento de las aldeas, tanto en número como en extensión y, por fin, la edificación de los más antiguos centros ceremoniales.

Una hipótesis acerca de los grupos lingüísticos presentes desde mediados del tercer milenio a. C.

Sería ingenuo querer identificar, desde el solo punto de vista lingüístico, a los distintos grupos cuyas formas de vida correspondían a diferentes niveles de desarrollo cultural. Sin embargo, es cierto que los estudios de análisis y comparación del gran número de idiomas que

llegaron a hablarse en esta porción del continente americano permiten inferir varios hechos de considerable interés.

Parece ser revelador, por ejemplo, el estudio comparativo de las lenguas que integran el gran tronco uto-azteca. A él pertenecen el idioma que llegó a conocerse mucho más tarde como mexica o azteca propiamente dicho, al igual que el cora, huichol, tepehuano, tarahumara, yaqui, mayo, pima, pápago, hopi, payute, y otras lenguas y dialectos hablados en el noroeste de los Estados Unidos y aun en el sur de Canadá. La investigación lingüística nos muestra que, probablemente hacia fines del tercer milenio a. C., no había ocurrido aún la gran diferenciación de estas lenguas. Básicamente existían entonces hablantes de un idioma original, el “proto-uto-azteca”, que era el medio de expresión de quienes habitaban diversas regiones del suroeste de los Estados Unidos. Al parecer tales gentes no habían penetrado aún en lo que hoy es el territorio mexicano y menos en la altiplanicie central.

En cambio, la comparación y análisis de los idiomas que pertenecen a otro tronco lingüístico, el designado como “otomangue”, ha llevado a afirmar que, desde tiempos mucho más antiguos —quizás hace más de ocho mil años— había ya grupos, sobre todo en la región central y en el área de Oaxaca, emparentados entre sí en razón de las lenguas que hablaban. El análisis comparativo de los vocabularios de los idiomas de tales grupos muestra que hay en ellos un conjunto de términos que, por su semejanza, denotan haber pertenecido al caudal primario de vocablos de la que puede considerarse, como una lengua madre, hablada tal vez varios milenios antes. Justamente esos vocablos, de considerable antigüedad, son expresión de ideas y creencias relacionadas con la agricultura. De esta suerte la lingüística coadyuva a la formulación de hipótesis a propósito de quienes fueron los grupos que comenzaron a practicar el cultivo de plantas en el México antiguo. De acuerdo con los especialistas, el grupo de lenguas otomangués comprende, entre otras, a las que forman parte del otopame (otomí, mazahua, matlatzinca, tlapaneco y pame), así como a varios de los idiomas que, hasta la fecha, se hablan en territorio oaxaqueño: mixteco, zapoteca, mazateco, trique y otros.

También es muy interesante, por otra parte, lo que revelan análisis y comparación de las lenguas que pertenecen al tronco lingüístico “hokano”. Ha podido precisarse así que, desde antes de que ocurriera la penetración de los uto-aztecas, había diversos grupos de filiación lingüística hokana en distintas áreas del norte mexicano. Tal es el caso de los yumanos, en la región de la desembocadura del Colorado, de los cochimíes de la Baja California, los seris de Sonora y los llamados

“coahuileños” que, con distintas variantes, se extendían por el noreste de México y el sur de la actual Texas. El análisis comparativo de los vocabularios de los idiomas que integran el tronco hokano confirma lo que se sabe también por la arqueología y otros testimonios posteriores: en su mayor parte los grupos hablantes de tales lenguas continuaron subsistiendo de la recolección de frutos, la caza y la pesca.

Finalmente, el estudio de otro gran tronco lingüístico, el “macro-maya”, parece llevar a la conclusión de que hablantes de idiomas, remota o cercanamente emparentados con una lengua madre original, “el proto-maya”, estuvieron ya presentes en varios lugares del área central, o a lo largo de las costas del Golfo de México y en el ámbito del sureste, abarcando distintas porciones de Centroamérica, a partir de épocas que oscilan entre los 7000 y los 2000 a. C. Pertenecen al tronco “macro-maya” desde luego el maya de Yucatán, así como el tzeltal, tzotzil y tojolabal de Chiapas, el quiché, cakchiquel y los otros varios idiomas de la familia mayanese. Con carácter de parentesco, en diversos grados remoto, relacionan los lingüistas con el “macro-maya” al totonaco, mixe y zoque, para nombrar algunos de los principales.

Lo expuesto puede considerarse como aportación tentativa de una nueva rama de la lingüística, la glotocronología. Busca ésta medir los grados de diversificación, a lo largo del tiempo, de las lenguas y dialectos a partir de sus correspondientes idiomas-madre más antiguos. Si bien no están libres de posible objeción las conclusiones hasta ahora alcanzadas por la glotocronología, debemos reconocer que en función de ellas, comienza a entreverse qué lenguas hablaban y qué antigüedad tenía la penetración de diversos grupos establecidos en esta porción del Nuevo Mundo desde mediados del tercer milenio a. C.

En resumen, parece probable según esto, que quienes empezaban a practicar la agricultura a lo largo de las costas del Pacífico y del Golfo, en el área del sureste y en otras porciones de Centroamérica, estaban de diversas formas emparentados con las familias lingüísticas otomangue y macro-maya.

A su vez, los grupos nortños, desde el suroeste en la actual Arizona, en gran parte de la Baja California y en el noreste mexicano, que subsistían como cazadores y recolectores, pertenecían al tronco hokano, con muy antigua penetración en ese ámbito geográfico. Por fin, los ancestros de las numerosas gentes que más tarde hablarían lenguas del tronco uto-azteca, al parecer no habían ingresado todavía al actual territorio mexicano, manteniendo sus focos principales de residencia en sitios de Nuevo México, Arizona y Utah.



Lo dicho desde luego no abarca a la totalidad de los grupos con idiomas diferentes, algunos llegados en épocas mucho más tardías. Nuestro propósito ha sido presentar esta hipótesis tan sólo como un primer señalamiento de la pluralidad lingüística y cultural que prevaecía entre los diferentes pobladores cuando se iniciaban ya nuevas transformaciones, consecuencia en gran parte del descubrimiento y difusión de las técnicas agrícolas.

2. EL PERIODO PRECLÁSICO

Etapas y características principales

Designan los arqueólogos al largo lapso que va desde cerca de 2300 a. C. hasta los primeros años que coinciden ya con la era cristiana, con el nombre de “horizonte preclásico” o “formativo”. Al emplear el primer adjetivo obviamente se pretende señalar que esta etapa de desarrollo cultural fue antecedente de otra, de máxima culminación, que, más tarde, se hizo acreedora al título de “clásica”. Con el término de “formativo”, se expresa a su vez que el acontecer cultural, a lo largo de este periodo, propició de hecho un ulterior y más extraordinario florecimiento.

Conviene advertir que las transformaciones que vamos a estudiar, características del periodo preclásico o formativo, no se produjeron en todo el territorio que llegó a ser parte del México independiente. En las tierras norteñas —pobladas entonces principalmente según ya vimos, por gentes de filiación lingüística hokana y uto-azteca— persistían las formas de vida propias de la llamada “cultura del desierto”. Ésta —con distintas variantes— era la que asimismo tenía vigencia entre otros muchos grupos de lo que hoy son los Estados Unidos.

Quienes vivían en el ámbito de la “cultura del desierto” o sea de las regiones semiáridas, seguían subsistiendo de la recolección de frutos y de la caza y la pesca. De hecho se trataba de pequeñas bandas con escaso o nulo incremento numérico. Su instrumental continuaba siendo tosco y nada abundante: raspadoras, machacadoras, piedras para moler, lanzadardos o *átlatl*. Alejados de toda actividad agrícola y de producción de cerámica, sus mejores creaciones no rebasaban la cestería y la elaboración de primitivas esteras o petates. Dato digno de tenerse presente es que, si bien algunos de estos grupos de “cultura del desierto”, influidos mucho más tarde por los pobladores del sur, llegaron a mejorar sus condiciones de vida, hubo otros que subsistie-

ron con escasos cambios hasta los tiempos de la penetración española. Como ejemplo de esto último citaremos a los cochimíes de Baja California y a los seris de Sonora.

En abierto contraste con el estancamiento cultural de los grupos norteños, la arqueología nos muestra que en las áreas central y del sur ocurría una serie no interrumpida de cambios. Los especialistas para enmarcar cronológicamente tales transformaciones, dividen al periodo preclásico en tres facies o lapsos; inferior (de 3 300-1 000 a. C.), medio (1 000-600 a. C.) y superior (600 a. C. hasta principios de la era cristiana).

Aunque en la vasta extensión del centro y sur de México, así como de Centroamérica, se requieren más amplias investigaciones arqueológicas en relación con las distintas fases del preclásico, ha podido llegarse ya a algunas importantes conclusiones. Con respecto a la producción de cerámica, se sabe que la más antigua, descubierta en sitios como el valle de Tehuacán y otros del estado de Puebla o en Puerto Marqués, Guerrero, data de hacia 2 300 a. C. Las piezas halladas son algunas vasijas toscas y cafetosas con horadaciones al modo de “marcas de viruela”.

La práctica de la agricultura, cada vez más amplia y diversificada, la producción de cerámica, con tendencia a mejores formas, la existencia de aldeas que pasan a convertirse en villas o poblaciones mayores, los indicios de división del trabajo, el comercio y el enriquecimiento del instrumental técnico, la producción de textiles y tejidos, los testimonios acerca de más complejas creencias religiosas, todos estos elementos cuentan entre los principales que caracterizan la transformación cultural del preclásico.

El periodo preclásico y el concepto de Mesoamérica

La arqueología permite inferir que, con variaciones y distintos grados de intensidad, los sucesivos cambios a lo largo del preclásico se dejaron sentir en multitud de lugares dentro de la gran área que ha recibido el nombre de Mesoamérica. Para entender mejor lo que se quiere expresar con dicho término es necesario formular algunas precisiones. Antes que nada destacaremos que este vocablo implica una doble forma de significación: a la vez geográfica y cultural. En otras palabras al hablar de Mesoamérica se abarca el territorio en el cual, a partir sobre todo del preclásico medio y con apoyo en mejores formas de subsistencia, comenzaron a desarrollarse nuevas creaciones y más complejos sistemas de organización social, económica, religiosa y política que habrían de culminar con la aparición de niveles de alta cultura y civilización.

En lo que llegó a ser Mesoamérica —a lo largo de siglos y milenios— florecieron diversos señoríos y reinos. Aunque los habitantes de ellos hablaron con frecuencia lenguas distintas y tuvieron además características físicas diferentes entre sí, todos participaron al fin en idénticos o muy parecidos logros culturales. A modo de ejemplo mencionaremos algunas de las creaciones y elementos, típicamente mesoamericanos que, sobre todo desde la consolidación del periodo clásico, entre los siglos IV a VIII d. C., fueron posesión de grupos como los teotihuacanos, los zapotecas y los mayas. Entre tales creaciones culturales están las siguientes: existencia de centros ceremoniales, desarrollo de nuevos ritos, creencias e instituciones religiosas, fabricación de papel hecho de la corteza del amate, invención de sistemas calendáricos de gran precisión, descubrimiento de varias formas de escritura, interés por las observaciones astronómicas, establecimiento de mercados y de rutas comerciales de gran alcance.

El hecho de que semejantes procesos de creación y transformación se iniciaran y se difundieran en el ámbito geográfico situado entre las grandes masas territoriales del norte y del sur del continente explica la adopción del término Meso-América, en cuanto zona nuclear que se halla “en medio”. Por lo que toca al otro aspecto fundamental —ser un territorio donde se logran y propagan niveles de alta cultura y civilización— debemos señalar que, en sus orígenes, el escenario cultural mesoamericano fue muy reducido. Sólo con el paso de los siglos, a medida que se fueron consolidando y ampliando en regiones vecinas los brotes de civilización, el área de Mesoamérica amplió su extensión. Así, probablemente durante el periodo clásico alcanzó su máxima expansión. En otras épocas, en cambio, la presión ejercida desde el norte por grupos nómadas, provocó la contracción de las fronteras mesoamericanas.

Tras varias alternancias de expansión y reducción, Mesoamérica, al tiempo de la Conquista española, tenía como fronteras norteñas las zonas limitadas por los ríos Sinaloa (noroeste) y Pánuco (noreste), en tanto que en la parte central no rebasaba la cuenca del río Lerma. El extremo sur de Mesoamérica lo marcaban el río Motagua que desemboca en el Golfo de Honduras, en el Atlántico, las riberas meridionales del lago de Nicaragua y la península de Nicoya en Costa Rica.

Rasgos culturales sobresalientes en el preclásico inferior

Volviendo ahora la atención a lo que ocurría al iniciarse el periodo preclásico, señalaremos, entre sus características, la proliferación de

aldeas, el incremento de la agricultura, con una creciente dependencia de los cultivos para subsistir, así como la aparición de la cerámica. Hemos mencionado que a la más temprana producción de cerámica, en algunos lugares de Puebla y Guerrero, ha podido asignarse una antigüedad de cerca de 2300 a. C. En este sentido cabe relacionar con tal momento los inicios del preclásico inferior, periodo cuya duración se ha establecido hasta aproximadamente 1000 a. C.

Los arqueólogos destacan la existencia en esta etapa de rasgos y elementos culturales muy semejantes en distintas regiones del centro y sur de México, así como también la aparición de determinadas manifestaciones de carácter regional. Entre los sitios explorados que han proporcionado testimonios del preclásico inferior mencionaremos los siguientes: Chiapa de Corzo, Altamira, Mazatán y Padre Piedra en Chiapas, Edzná, Campeche, Dzibilchaltún, Yucatán, Tierras Largas en el valle de Oaxaca, El Arbolillo y Zacatenco en el valle de México, El Opeño, Michoacán, Chupícuaro, Guanajuato, al igual que diversos lugares a lo largo de las costas de Veracruz.

Las aldeas que existían en sitios como los mencionados eran conjuntos de chozas, generalmente de materiales perecederos. Además de los cultivos del frijol, chile, calabaza y maíz, se aprovechaban ya asimismo las fibras del maguey y el algodón para la elaboración de faldas y otras prendas de vestir. La forma principal de industria, es decir la producción de cerámica, incluía la elaboración de diversos tipos de vasijas para el uso diario, así como múltiples figurillas, modeladas a mano, muchas veces representación de personajes femeninos, relacionados quizás con cultos de fertilidad. Tanto en las vasijas como en las figurillas han podido determinar los arqueólogos la primera aparición de estilos regionales. Al lado de las aldeas, desde esta etapa del preclásico inferior, se han descubierto entierros con diversas ofrendas, probable testimonio de la creencia en una vida más allá de la muerte.

El preclásico medio y el nacimiento de la alta cultura

Algunas transformaciones culturales, muy dignas de tomarse en cuenta, se dejaron sentir ya hacia 1300 a. C., en diversos sitios dentro de los ámbitos central y sur de México. Fue, sobre todo, a lo largo de las costas del Golfo, en la zona limítrofe entre Veracruz y Tabasco, donde verosíblemente tuvo lugar el inicio de cambios con mayor intensidad y amplitud. De hecho comenzó entonces a integrarse la que hoy conocemos como alta cultura olmeca que habría de alcanzar mayor desarrollo

y extraordinaria capacidad de difusión a lo largo de todo el preclásico medio (1 000-600 a. C.) y también durante los primeros siglos del preclásico superior.

La alta cultura olmeca —con sus centros ceremoniales, su arte monumental, su compleja organización social, religiosa y política— fue de hecho el antecedente sin el cual resultaría incomprensible el ulterior florecimiento clásico en los más grandes centros de las áreas de Oaxaca, del mundo maya y de Teotihuacan. Precisamente por deberse a los forjadores de la cultura olmeca el arranque y temprana difusión de muchas de las grandes transformaciones que llegaron a ser atributo de los pueblos mesoamericanos, podemos señalar que, a partir de esta etapa de integración de lo olmeca, en el preclásico medio, comenzó a formarse la entidad geográfico-cultural que hoy conocemos como Mesoamérica.

La designación de “olmecas” y el área de poblamiento de este grupo

El vocablo olmeca se deriva del término náhuatl *olmécatl* que significa “habitante de la región del hule o del caucho”. Es esta una designación que mantuvo su vigencia hasta los tiempos aztecas para nombrar a los pobladores costeros de la región donde proliferaba el árbol del hule. Por lo que toca específicamente a los creadores de la antigua alta cultura, sabemos, gracias a la arqueología, que habitaron las costas del Golfo de México, en el área comprendida entre los ríos Papaloapan y Tonalá, así como otros lugares adyacentes del sur de Veracruz y oeste de Tabasco. La zona olmeca propiamente dicha se extendía a lo largo de cerca de 200 km, en una faja de cerca de 60 km. de ancho. Región de abundantes lluvias, predominaba en ella la selva de tipo tropical. En sus tierras, surcadas por los ríos, son frecuentes las porciones pantanosas.

Desconocemos con qué nombre se designaban a sí mismos esos pueblos costeros. Más aún, no sabemos tampoco cuáles eran sus orígenes étnicos ni la lengua que hablaban. Tan sólo, como algo hasta cierto punto probable, se ha afirmado que dichas gentes estaban emparentadas con otras de lenguas mayenses. Al menos consta que en las regiones vecinas al país olmeca viven hasta ahora grupos del tronco mayense. Al sur y al oriente se hallan distintos pueblos de la familia maya en Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, al norte, los huastecos, de igual filiación lingüística.

Aun cuando en la región del Golfo hay varias decenas de sitios de los que proceden hallazgos importantes en relación con la cultura

EL PERIODO PRECLÁSICO

olmeca, los lugares de mayor florecimiento, y a los que vamos a referirnos, son La Venta (Tabasco), Tres Zapotes y San Lorenzo (Veracruz).

Florecimiento del centro olmeca de La Venta, Tabasco

El más grande de los centros olmecas, conocido modernamente con el nombre de La Venta, estuvo en una isla, casi al nivel del mar, en una región pantanosa formada por el río Tonalá, como a 15 km de su desembocadura en el Golfo. En realidad el pleno florecimiento de este centro, alcanzado hacia 800 a. C., al igual que el de otros también de alta cultura olmeca, sólo puede entenderse tomando en cuenta lo que ocurrió en la región a lo largo de varios siglos antes. Probablemente desde 1300 a. C., había comenzado a perfilarse la formación de un vigoroso estilo regional en esta zona vecina a las costas del Golfo. Ese estilo se tradujo en nuevas formas de producción en la cerámica, tanto vasijas como figuras, con la frecuente representación del jaguar o de distintos rasgos del mismo: garras, belfos, manchas, etcétera.

El examen de otras muchas figuras de cerámica, con representaciones humanas, revela además cómo se vestían y ataviaban los olmecas. Igualmente a través de tales piezas de barro podemos conocer sus tipos étnicos. Los olmecas parecen haber sido de escasa estatura, de cara con frecuencia redonda, nariz chata y ojos oblicuos. La práctica de la deformación de cabeza estuvo en uso entre ellos. En contraste con el tipo mongoloide de tales representaciones, se conocen otras, también en cerámica, que evocan rasgos de tipo negroide y que se asemejan a las cabezas colosales, en piedra, elaboración de tiempos posteriores.

La pintura y el tatuaje, así como la indumentaria consistente en capas, faldillas, bragueros, turbantes y otras formas de atuendo o adorno se vuelven patentes en las mencionadas representaciones de distintos tipos de personajes. El estudio de estas figuras permite afirmar que, ya desde antes del florecimiento de centros como el de La Venta, existió probablemente una jerarquía social y diversas formas de distribución del trabajo.

En las más antiguas aldeas y centros de poblamiento olmeca, construidas aún de materiales perecederos, tenían lugar distintas maneras de ceremonias. A ellas parecen aludir algunas figuras con máscaras, otras de jugadores de pelota o de bailarines y músicos con distintos instrumentos. En esos poblados llegó a disponerse asimismo de un instrumental bastante más desarrollado. Entre otras cosas, mencionaremos las hachas de serpiente para desmontar las tierras de cultivo,

así como otros utensilios que iban a hacer posible el extraordinario arte olmeca del tallado del jade y de la piedra en general.

Como logro de esa larga evolución cultural se inició a la postre la edificación de centros ceremoniales entre los que, tuvieron probablemente la mayor antigüedad los de San Lorenzo y Río Chiquito, en una primera etapa de ocupación, iniciada desde entes de 1 000 a. C. La aparición de tales centros puede interpretarse, desde nuestra propia perspectiva, como un ensayo de lo que más tarde — probablemente desde 800 a. C.— fue el gran recinto de La Venta.

En la isla donde ésta surgió, existió un complejo de construcciones atinadamente planificadas. El conjunto de mayor importancia comprende una gran pirámide y otras edificaciones y montículos que dan lugar a dos plazas. La pirámide principal tiene aproximadamente 76 m. por 126 m. de base y cerca de 31 m. de altura. Tanto la pirámide como las otras edificaciones fueron hechas de barro. Al norte de la pirámide, dos montículos alargados forman una gran plaza en cuyo centro existe una elevación circular. Más al norte está el otro patio o plaza, también rectangular, que estuvo rodeada por un muro de columnas de basalto de algo más de 2 m. de altura cada una, colocadas sobre una pared hecha de adobe. En el centro de este patio, hay asimismo otra terraza construida también de barro.

Otros hallazgos importantes en La Venta son tres pisos rectangulares formados con mosaicos, cada uno aproximadamente de 5 m. por 6.5 m. con representaciones que hoy nos parecen diseños abstractos de máscaras de jaguar. Dado que esos mosaicos estuvieron desde un principio cubiertos por tierra, puede considerarse que tuvieron carácter de ofrenda ritual. Por otra parte, la presencia de cuatro grandes cabezas de basalto, personajes de fisonomía negroide, así como de varias estelas, monumentos y altares, labrados en piedra, hablan de un arte escultórico en extremo desarrollado. Para apreciar mejor la significación de esto, recordaremos que el sitio más cercano en que se encuentra el basalto se halla a más de 130 km. de distancia. Los bloques de que están hechas las cabezas pesan más de cuarenta toneladas. De La Venta proceden asimismo numerosas figurillas talladas en jade, arte en el que los olmecas fueron excelentes maestros. En ocasiones tales piezas de jade —como siguió ocurriendo más tarde en diversos lugares de Mesoamérica— tuvieron el carácter de ofrendas mortuorias. Así, en la tumba A de La Venta se hallaron dos figurillas en jade asociadas a los restos de dos jóvenes de distinto sexo.

En opinión de algunos arqueólogos que han trabajado en La Venta la población que debió dar vida a este centro fue por lo menos de unas

dieciocho mil personas. Entre otras cosas, la construcción de la pirámide principal supone cerca de ochocientos mil días-hombre de trabajo.

El sentido de planificación con la edificación de pirámides en torno a plazas o patios y la idea de un eje en función del cual se distribuyen las diversas construcciones, todo ello con una orientación astronómica, debe tenerse como anticipo e inspiración de lo que habrían de ser los grandes conjuntos de arquitectura religiosa en la Mesoamérica de los tiempos clásicos. Esto precisamente confirma que, a partir de lo olmeca, puede hablarse ya de la alta cultura y de la civilización mesoamericana.

Tres Zapotes y otros centros olmecas

A considerable distancia de La Venta —cerca de 160 km. al noroeste— sobre pequeñas colinas, en las cercanías del río Hueyapan, afluente del Papaloapan, en el estado de Veracruz, se yergue el conjunto de edificaciones que integran el centro olmeca de Tres Zapotes. Son allí más de cincuenta los montículos de tierra, construidos a lo largo de casi 3 km. Si bien estos montículos no han sido explorados sistemáticamente, a simple vista pueden apreciarse las grandes proporciones de algunos de ellos. En la zona de Tres Zapotes se han logrado asimismo importantes hallazgos de cerámica, trabajos de jade, así como otras dos cabezas colosales, de rasgos negroides, esculpidas en basalto.

Al parecer, el centro de Tres Zapotes tuvo un florecimiento contemporáneo con el de La Venta y otro posterior al abandono y destrucción de esta última. Justamente de la etapa más tardía de ocupación de Tres Zapotes, en la última fase del preclásico superior, procede el descubrimiento de la que se conoce como “Estela C”. En ella ha podido leerse la inscripción calendárica considerada hasta ahora como la más antigua en Mesoamérica. Se trata de una inscripción, expresada al modo de la “cuenta larga”, cuyo uso se generalizó después entre los mayas del periodo clásico. El testimonio calendárico de la Estela C de Tres Zapotes, con una fecha que corresponde a 31 a. C., ha permitido importantes deducciones. Entre otras cosas, dado que el sistema de la cuenta larga presupone complejos cálculos y observaciones de índole astronómica, resulta posible afirmar que las preocupaciones por medir el tiempo y la elaboración de otros cómputos más sencillos debieron ser posesión de los olmecas desde una época considerablemente anterior.

En apoyo de esta afirmación pueden recordarse otros hallazgos, con inscripciones olmecas fragmentarias, en parte de índole calendárica. En conclusión cabe sostener, como algo bastante probable, que las prime-

ras formas de calendario y de escritura en Mesoamérica se debieron a los olmecas desde varios siglos antes de la era cristiana.

Otros sitios muy importantes, donde floreció también esta cultura, son los varios de la zona de San Lorenzo y Río Chiquito. Ya hemos mencionado, al tratar de La Venta, que estos lugares —situados entre los ríos Coatzacoalcos y Chiquito, en Veracruz— tuvieron un primer poblamiento que ha llegado a considerarse como el más antiguo en el contexto de lo que llegó a ser la alta cultura de los olmecas. De una segunda etapa, se torna perceptible allí lo que puede interpretarse como influencia cultural del centro de La Venta. Sobre todo en Río Chiquito es de gran interés la serie de montículos que, con adecuada planificación, dan lugar a plazas y patios. En la zona de San Lorenzo, las edificaciones son menos abundantes. De esta última zona provienen, en cambio, algunas de las más extraordinarias esculturas olmecas. Entre otras cosas mencionaremos nueve cabezas colosales, así como varios altares, estelas y numerosas piezas de jade, algunas con lo que se ha descrito como testimonio de muy antiguas inscripciones.

Valoración de la cultura olmeca

Lo hasta aquí expuesto permite enunciar algunas conclusiones. La alta cultura olmeca, cuyos orígenes parecen remontarse hasta 1 300 a. C., tuvo su máximo florecimiento a lo largo del preclásico medio y en algunos lugares sobrevivió hasta bien entrada la etapa siguiente, o sea el preclásico superior. A los olmecas debe atribuirse un hondo sentido de planificación. Sus centros ceremoniales pueden ser considerados como el vestigio más antiguo de una concepción de incipiente urbanismo en Mesoamérica.

El culto religioso, que suponen los centros ceremoniales, lleva a afirmar que debió existir entre los olmecas un sacerdocio jerarquizado. Algo es al menos lo que conocemos acerca de sus dioses. Lugar principal ocupó entre ellos la tantas veces representada deidad jaguar, prenuncio del que llegaría más tarde a convertirse en el dios de la lluvia, Tláloc para los zapotecas y Tajín para los totonacas. Hay asimismo numerosas pruebas de un temprano culto a la serpiente, posible anticipo de la veneración a Quetzalcóatl. Son además numerosas las representaciones de aves fantásticas, con lenguas bífidas de serpientes, aves-jaguares, aves vinculadas a seres humanos. Al parecer, en el pensamiento olmeca existió ya la idea de asociar con colores determinados los distintos rumbos del universo. Así, el color verde correspon-

día al oriente. Del culto a los muertos nos hablan las ofrendas que acompañan a los entierros. Entre ellas tuvieron lugar prominente las hachas de jade. Al parecer hubo sacrificios de niños y existía, con carácter ritual, el juego de pelota.

Las diversas manifestaciones artísticas, esculturas en basalto y en jade, la amplia y variada producción de cerámica, la edificación de los centros ceremoniales, el culto religioso, todo ello denota que tenía vigencia una distribución del trabajo. En el conjunto de las actividades tenía papel de importancia el comercio. Probablemente a través de éste y asimismo por otras formas de difusión, desde el preclásico medio, la civilización olmeca comenzó a influir en otros muchos sitios del centro y sur de lo que hoy es México. Fue así fermento que iba a hacer posibles las ulteriores transformaciones del periodo clásico.

Cerca de dos milenios más tarde, en tiempos ya de los mexicas o aztecas, se conservaba entre ellos una cierta forma de recuerdo de lo que había sido ese primero y más antiguo gran florecimiento de los pobladores de las costas del Golfo. Hay más de un texto en náhuatl en el que los sabios mexicas expresan que la más honda raíz de su ser cultural estuvo vinculada con quienes, mucho antes de la fundación de Teotihuacan, se había establecido en las costas del Golfo. Atribuían además a esas gentes haber conocido el calendario, la escritura y un gran conjunto de artes. Valiéndose de clásicas expresiones metafóricas, afirman así los mexicas, entre otras cosas, que desde entonces había “tinta negra y roja”, es decir escritura. He aquí un fragmento del texto incluido en el *Códice Matritense*:

Los que allí estaban eran los sabios,
los llamados poseedores de la tinta negra y roja.
Los dueños de todas las artes,
de las cuentas de los años,
y la música de las flautas...

Difusión de la alta cultura en otros sitios de Mesoamérica

La influencia de la cultura olmeca se dejó sentir probablemente desde el siglo VIII a. C., en gran número de lugares, a veces bastante apartados entre sí. Ello enriqueció los estilos locales que en algunos casos comenzaban a perfilarse desde principios del preclásico medio. Cabe hablar de influencia olmeca en distintos lugares de lo que hoy son Morelos, Guerrero, Oaxaca, Chiapas y otros puntos de Centroamérica.

Brevemente nos referiremos al caso de Tlatilco, en el Valle de México, donde las condiciones ambientales eran entonces mucho más favorables que ahora. La superficie cubierta por el agua era muy extensa. Las montañas circundantes estaban cubiertas de bosque donde era abundante la caza. Tlatilco, situada al oeste del gran lago, se muestra, a través de los vestigios descubiertos, como un sitio donde había aumentado considerablemente la población. La cerámica, mucho más refinada, ostenta en múltiples casos la influencia olmeca.

En particular son de gran interés las figurillas, enterradas como ofrendas en numerosas sepulturas allí descubiertas. Dos tipos humanos diferentes resultan perceptibles en función del examen de dichas figurillas. Uno lo constituyen aquellas que recuerdan el tipo olmeca, con boca abultada, ojos oblicuos y a veces “cara de niño”. El otro tipo es el de las figurillas más en consonancia con las representaciones tradicionales de seres humanos en la cuenca del Valle de México. La indumentaria, los adornos, la variedad de ocupaciones y formas de diversión se vuelven patentes gracias a la habilidad de los alfareros que dieron vida a estas figurillas.

En Tlatilco se veneró asimismo a la deidad felina, el jaguar adorado por los olmecas. Tanto en Tlatilco como en otros lugares, de modo especial en Tlapacoya (estado de México), puede observarse que las transformaciones culturales continuaron en aumento. Ello se trasluce en una incipiente planificación de las aldeas y poblados, en la construcción de plataformas de tierra, revestidas en ocasiones con piedra, así como en el enriquecimiento técnico que permitió incrementar la producción y propició el natural desarrollo demográfico.

El preclásico superior y la asimilación de la influencia olmeca

En tanto que a lo largo del preclásico superior (600-0 a. C.) subsistieron en relativo aislamiento algunas formas de cultura con perfiles marcadamente locales, en otras regiones fueron ya patentes las consecuencias de la asimilación de influencia olmeca. Puede afirmarse así que lo más significativo en esta etapa es la primera consolidación de Mesoamérica como área cultural en que afloran nuevas y hondas transformaciones entre pueblos de lenguas y orígenes diferentes gracias a la fecundación proveniente sobre todo del ámbito olmeca. De los múltiples casos del nuevo florecimiento cultural, nos referiremos sólo a algunos sobre los que hay mayores testimonios y que han sido mejor estudiados por los arqueólogos. Se trata además de experiencias cultu-

rales muy significativas puesto que a su vez son anticipo de mayores logros en el periodo clásico en tres importantes regiones de Mesoamérica, el altiplano central, el área de Oaxaca y la región mayanense.

Tratamos ya de la influencia olmeca recibida en Tlatilco desde el preclásico medio. Debemos mencionar ahora los casos de Cuicuilco, al sur de la actual ciudad de México, y de Tlapacoya, donde, en el preclásico superior, se erigen templos y basamentos escalonados, unas veces de planta circular y otras rectangular. Como lo han notado algunos investigadores, tanta importancia llegaron a tener estos nuevos centros ceremoniales que, por lo que toca al de Tlapacoya, puede describirse como un primer ensayo de lo que fue más tarde la edificación de Teotihuacan.

Ciertamente la irradiación de la alta cultura olmeca dio origen a grandes transformaciones en la región central. Allí la distribución del trabajo y la formación de una jerarquía religiosa fueron también una realidad. El culto, cada vez más complejo en Cuicuilco y Tlapacoya, además de dirigirse a deidades como el dios de la lluvia, incluyó entre los dioses invocados a aquel que habría de conocerse más tarde con el nombre de Huehuetéotl, “el dios viejo” o señor del fuego, del que se conservan efigies hechas en piedra o en barro procedentes de esa época.

También en la región central, en territorio de Morelos, tuvo importancia la penetración cultural olmeca. Ello es notorio en sitios como Chalcatzingo y Gualupita a partir del preclásico medio. De la etapa siguiente —preclásico superior— existen en ambos lugares edificaciones adecuadamente planificadas. En el caso de Chalcatzingo deben mencionarse además importantes bajorrelieves tallados en la roca con representaciones de personajes, el jaguar-serpiente y diversos símbolos, todo ello de manifiesta inspiración olmeca.

Pasando a la zona de Oaxaca, la arqueología nos muestra que hubo asimismo penetración cultural olmeca, desde 800 a. C., en ámbitos como el del istmo de Tehuantepec. De época más tardía —en el preclásico superior— es Monte Albán donde la influencia olmeca dejó más honda y rica huella. A esa primera etapa en el desarrollo de Monte Albán deben atribuirse los inicios de la arquitectura en ese lugar, en especial el basamento de Los Danzantes, con gran número de lápidas que ostentan figuras humanas de tipo olmecoide. Cerca de cuarenta de estas lápidas incluyen además inscripciones jeroglíficas algunas con signos calendáricos. La existencia de estas inscripciones confirma lo que se ha afirmado respecto de la antigüedad del calendario y la escritura en Mesoamérica. Ambos logros, que alcanzaron amplia difu-

sión a lo largo del preclásico superior, debieron originarse en una época aún más remota.

Finalmente aludiremos a otra zona donde dejó también profunda huella la irradiación cultural olmeca: las tierras habitadas por gentes de filiación mayanese. En particular adquieren gran significación los hallazgos realizados en sitios como Chiapa de Corzo e Izapa, este último en la región costera de Chiapas, cerca de la actual frontera con Guatemala. En ambos lugares se han descubierto centros ceremoniales debidamente planificados, con numerosos montículos, pirámides y plazas. De gran interés son además en Izapa las estelas —más de setenta y cinco— y los altares esculpidos en piedra, cerca de sesenta.

Por lo que toca a las estelas —talladas a lo largo del preclásico superior— además de ostentar en bajorrelieve diversas escenas con seres humanos y animales, dan también testimonio de la existencia de escritura jeroglífica y de cómputos calendáricos. Estos fueron ya concebidos —como en el caso de la Estela C de Tres Zapotes— según el sistema de la “cuenta larga” que, como veremos, tuvo plena vigencia en el periodo clásico maya. La influencia olmeca en esta región propició —como en el caso de Monte Albán, de Chalcaltzingo y Tlapacoya— un ulterior y mucho más amplio florecimiento que habría de recibir el calificativo de “clásico” en Mesoamérica. De hecho el fermento de lo olmeca como cultura madre, llegó a hacerse presente en regiones muy apartadas, desde el ámbito veracruzano hasta sitios más allá de Honduras y Guatemala.

Resumiendo lo expuesto, importa destacar algunas de las formas de significación que tuvo el periodo preclásico. Abarcó éste algo más de dos mil años. Este lapso, a pesar de ser en sí muy largo, contrasta obviamente con la etapa anterior que hemos descrito como la de “los milenios prehistóricos”.

El preclásico se nos presenta como periodo de cambios mucho más acelerados. Los grupos que conocen ya la agricultura —en contraste con los que continúan viviendo en el norte como cazadores y recolectores— experimentan transformaciones sucesivas y cada vez más importantes. Surgen aldeas donde se produce ya la cerámica (preclásico inferior). Se perfilan distintos estilos locales, uno de los cuales, el de la cultura olmeca, se caracteriza por logros antes no conocidos. Recordemos el establecimiento de centros ceremoniales planificados y con grandes edificaciones, la creación artística (esculturas, trabajos en jade, rica cerámica), más compleja organización social, religiosa, económica y política, los inicios de la escritura y el calendario, la capacidad de difusión por diversos medios a lo largo del preclásico medio. Finalmente los pro-

cesos de irradiación de la alta cultura olmeca llevan a consolidar lo que será la realidad de Mesoamérica. Dentro del preclásico superior los nuevos focos culturales en las regiones central, del Golfo, oaxaqueña y del mundo maya, son ya antecedentes del esplendor clásico.

Periodo eminentemente formativo fue este, de cerca de dos milenios, sobre el cual mucho es aún lo que ignoramos. Tan sólo a medida que avancen las investigaciones arqueológicas, podremos ir valorando mejor en qué consistieron los procesos que culminaron en una civilización con rica historia en esta parte del Nuevo Mundo que hoy conocemos como Mesoamérica.

3. EL ESPLENDOR DEL PERIODO CLÁSICO, SIGLOS I-X D. C.

Época de nuevas transformaciones, amplias y profundas, considerablemente más aceleradas, es la que ahora será objeto de estudio. Como vamos a verlo, numerosos hechos justifican que la consideremos como un periodo distinto. Se trata de los siglos que, por el mayor esplendor alcanzado, se califican de clásicos en la historia del México antiguo.

Recordaremos, sin embargo, que distribuir en periodos los sucesos del pasado no significa prescindir de las formas de concatenación o interdependencia que hay entre las diferentes etapas históricas. Así; por lo que toca al caso de este periodo clásico prehispánico, resulta evidente que no podríamos explicarnos su gran florecimiento sin haber inquirido en lo que aconteció durante los milenios anteriores, con razón descritos como etapa preclásica o formativa.

Importa también tener presente que, de modo parecido a lo que ocurrió en el preclásico, subsistieron asimismo, a lo largo del periodo clásico, grandes diferencias en las formas y niveles de cultura de los pueblos que vivían en las varias regiones, dentro de lo que llegó a ser territorio mexicano. De hecho, se acentuaron los contrastes entre el ámbito mesoamericano, donde prosperaba, cada vez más arraigada, la alta cultura, y las distintas zonas norteñas con poblaciones de mucho menor desarrollo. Aunque algunos grupos norteños practicaban ya por este tiempo la agricultura, había otros que seguían manteniéndose por medio de la caza y la recolección. Y a su vez, dentro de Mesoamérica que, en cuanto realidad cultural y geográfica, alcanzó su mayor expansión en esta época clásica, se definieron ya más plenamente cinco grandes zonas, con significativas variantes por encima de sus innegables afinidades. Tales zonas son: la del Altiplano central, del Golfo, de Oaxaca, del Occidente, y, del ámbito mayanense.

Vamos a atender, en consecuencia, tanto a lo más característico en el florecimiento clásico como a las diferencias que simultáneamente hubo en los niveles culturales dentro y fuera de Mesoamérica. El propósito es poder valorar el sentido que llegó a tener este periodo, por sí mismo y en relación con el ulterior desarrollo de la rica historia prehispánica de México.

Consolidación de una gran frontera cultural

Hemos visto que durante los últimos siglos antes de la era cristiana proliferaron, en varios lugares de las zonas central y sur de México, comunidades establecidas en torno a centros planificados, en posesión ya de elementos característicos de lo que llegó a ser la alta cultura mesoamericana. Algunas de esas comunidades, herederas de mucho de lo alcanzado antes por los olmecas, estaban a punto de iniciar las nuevas transformaciones que culminaron en el gran desarrollo del periodo clásico. Ahora bien, en las regiones norteñas, fuera de Mesoamérica pero dentro asimismo de lo que habría de integrar el territorio del México moderno, vivían otros grupos, con muy distintos grados de desarrollo cultural.

Hacia los comienzos del periodo clásico, aunque se habían producido también algunos cambios en varios de los grupos pobladores del norte, podría decirse que se perfilaba ya, con más evidencia, una especie de gran frontera cultural entre lo mesoamericano y lo norteño. Tal frontera, sin embargo, no implicó total ausencia de contactos y aun de manifiestas penetraciones e intercambios. Precisamente por ello daremos aquí cabida a lo más sobresaliente que conocemos acerca de los principales grupos que habitaban en este periodo las regiones del norte.

Tratar de los niveles culturales de esos grupos norteños, antes de ocuparnos de lo que fue el florecimiento clásico en Mesoamérica, permitirá valorar luego por la vía de los contrastes, la significación que tuvo realmente este gran brote de civilización en el Nuevo Mundo. Además, tendremos así en nuestro estudio la posibilidad de vislumbrar cómo se produjeron procesos tan distintos de evolución cultural, desde tiempos muy antiguos, en lo que hoy es México. Esos procesos de cambio, con mutuas penetraciones e influencias, habrían de dejar muy honda huella. A no dudarlo fueron un antecedente que condicionó mucho de que lo que después ocurrió en los tiempos de la Colonia y del país independiente.

Niveles culturales de los grupos nortños: gentes de filiación uto-azteca

Factor de sumo interés fue que, probablemente desde el último milenio a. C., comenzó un gran desplazamiento de pueblos cuya residencia había estado en lo que hoy son Utah y buena parte de Arizona. Las gentes que, en oleadas sucesivas, se difundieron por el rumbo del suroeste, hacia Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Durango y Nayarit, eran hablantes de idiomas del tronco lingüístico conocido como Uto-azteca, al que pertenece, entre otros, el náhuatl.

Poco a poco, probablemente desde los primeros siglos de la era cristiana, quedaron establecidos los pápagos, pimas, ópatas, yaquis y otros en Sonora, los tarahumaras en Chihuahua, los tepehuanos y mexicaneros en Durango, los mayos en Sinaloa, los coras y huicholes en Nayarit. Por lo que toca a otros grupos que permanecieron o se difundieron en regiones más al norte, mencionaremos a los paviotsos en Oregón, los shoshones y yutes en Utah, los chemehuevis y serranos del sur de Alta California y los hopis de Arizona.

Con base en la arqueología puede afirmarse que la mayor parte de los grupos uto-aztecas practicaban ya la agricultura desde varios siglos antes de la era cristiana y empezaban asimismo a producir cerámica. Esto último casi seguramente debido a procesos de difusión originados en Mesoamérica desde el preclásico superior. Sin embargo, ninguno de estos grupos uto-aztecas había logrado crear centros de importancia, ni poseía formas más complejas y eficientes de organización social, económica, política y religiosa. Tampoco se conocía entre ellos la escritura ni se habían desarrollado otras creaciones culturales como la escultura monumental en piedra o la pintura mural.

Entre los grupos uto-aztecas hemos mencionado a los hablantes del náhuatl, el idioma que mucho tiempo después habría de alcanzar enorme difusión, hasta convertirse en la lengua de más frecuente uso durante el último siglo de prepotencia azteca en buena parte de Mesoamérica. Ahora bien, hay indicios, de los que más adelante nos ocuparemos, que permiten afirmar que, hacia los comienzos del periodo clásico y tal vez desde algunos siglos antes, había ya grupos de idioma náhuatl establecidos en la región central de México, Este fue el caso de una parte de los pobladores de Teotihuacan que, según puede inferirse de diversos testimonios, se expresaban en *náhuatl*, al parecer una variante más antigua del náhuatl.

De esta suerte, en tanto que casi todas las gentes de filiación lingüística uto-azteca, pobladoras del norte, conocían la agricultura y la

cerámica pero no participaban en el desarrollo mesoamericano, un grupo al menos, presente en Teotihuacan, había entrado ya de lleno al ámbito de la alta cultura. Su papel iba a ser, de hecho, participar de diversos modos en el gran conjunto de creaciones, características de la civilización que, durante el periodo clásico, irradió desde Teotihuacan, la Ciudad de los Dioses.

Adelantándonos en nuestro estudio, diremos que precisamente esa fuerza de difusión cultural teotihuacana, así como habría de influir en diversas regiones de Mesoamérica, iba a dejar también huella —hasta ahora menos valorada— entre diversos grupos de las grandes extensiones nortañas. A lo largo de los siglos del clásico la penetración teotihuacana se hizo allí patente a través de varias formas de intercambio comercial, de difusión de tradiciones y creencias, y asimismo por medio del establecimiento de puestos o núcleos de avanzada. Aun cuando hasta ahora han sido bastante limitadas las exploraciones arqueológicas en zonas como las de Zacatecas y Durango, hay indicios de que, desde el clásico mesoamericano, hubo tempranas formas de ocupación en lugares como La Quemada y Chalchihuites, en el norte zacatecano. Tales centros y probablemente otros llegaron a constituir, más tarde, verdaderas avanzadas o fortalezas de los mesoamericanos en tierras nortañas.

Caso que reclama particular atención es el de los llamados indios Pueblos, de los que enseguida vamos a ocuparnos. Receptores también de la influencia mesoamericana, transformaron su antigua cultura de habitantes de regiones semidesérticas hasta fundar importantes centros de población, auténticos pueblos.

Los indios Pueblos

Tanto los que llegaron a ser conocidos como “indios Pueblos”, como otros de filiación lingüística hokana, al igual que varios grupos menos numerosos, habían mantenido a través de milenios —según vimos en el capítulo anterior— formas de vida con muy escaso desarrollo, propias de la que se designa con el nombre de “Cultura del desierto”, Como cazadores y recolectores, dueños de muy precaria tecnología, subsistieron así todos esos diferentes grupos en diversos sitios de los que hoy son estados de Tamaulipas, Texas, Colorado, Nuevo México, Arizona, Chihuahua, Sonora, Alta y Baja California.

Desde cerca de 2 000 a. C., algunas de esas gentes, ancestros de los “indios Pueblos” y hablantes de lenguas de las familias zuni, kereza y

tanoa, sin dejar su carácter de cazadores y recolectores, practicaban incipientes formas de agricultura en algunas regiones de lo que hoy se designa como el Suroeste de los Estados Unidos. Mucho tiempo, sin embargo, hubo de transcurrir antes de que ocurrieran entre esos grupos nuevos cambios de manifiesta importancia. Probablemente sólo unos pocos siglos antes de la era cristiana, o sea hacia la misma época en que diversos contingentes de filiación lingüística uto-azteca emprendieron sus ya mencionadas migraciones al sur, los ancestros de los Pueblos iniciaron también distintos reacomodos. Además, como probable consecuencia de una difusión cultural proveniente de Mesoamérica preclásica, empezaron a fabricar cerámica y a establecerse en pequeñas aldeas.

Se fue consolidando así una forma de tradición cultural, descrita por los arqueólogos con el nombre de “Mogollón”. De ella se han descubierto numerosos vestigios en sitios del sureste de Arizona y suroeste de Nuevo México. Entre sus logros incluía un más rico instrumental, expansión de la agricultura, notorio desarrollo demográfico, construcción de casas subterráneas, en agrupaciones que integraban los distintos poblados, así como canchas para el juego de pelota. Fue también atributo de la tradición cultural Mogollón haber hecho suya una rica simbología, manifiesta, sobre todo, en su cerámica.

Las comunidades con tales rasgos coexistieron con otras, asimismo antecedente del ulterior florecimiento de los indios Pueblos. Nos referimos a los grupos que dieron origen, algún tiempo después a dos tradiciones culturales en distintos grados diferentes, las designadas con los nombres de “Anasazi” y “Hohokam”. La primera de éstas nacida en el sur de Utah y Colorado hacia el siglo I d. C., y difundida luego en Arizona y Nuevo México, habría de distinguirse, varias centurias después, como creadora de auténticos pueblos, debidamente planificados. Otro elemento de gran importancia, que también se desarrolló en la tradición cultural Anasazi, fue la construcción de las características *kivas*, o grandes recintos circulares usados para fines ceremoniales religiosos. La tradición hohokam aportaría, en cambio, mejores posibilidades agrícolas gracias a la introducción de sistemas de regadío.

Las investigaciones arqueológicas permiten establecer que las gentes poseedoras de las tradiciones antes mencionadas se influyeron mutuamente. A la postre llegó a prevalecer la herencia Anasazi con la fundación de pueblos, rasgo característico de los grupos que, por él, recibirían el calificativo de “indios Pueblos”. Es asimismo necesario señalar que la arqueología revela que, en el desarrollo de las mencionadas tradiciones culturales, tuvo importante papel la influencia reci-

bida de la civilización mesoamericana, probablemente desde los siglos III y IV d. C., o sea desde los comienzos del esplendor de Teotihuacan en el periodo clásico. Cabe recordar a este propósito lo dicho sobre la existencia de formas de comercio y el establecimiento de puestos o núcleos de avanzada en Zacatecas, Durango y otros sitios.

Investigación no realizada pero de grande interés, sería comparar sistemáticamente la simbología, y lo que ha sobrevivido de tradiciones y creencias de los Pueblos contemporáneos con los que conocemos, gracias a las fuentes, acerca del pensamiento religioso, símbolos y visión del mundo de las gentes mesoamericanas del Altiplano central de México. El caso particular de los indios hopis, de filiación utoazteca, en Arizona, y participantes en la “cultura Pueblo”, se presenta, en este contexto, como especialmente significativo. Por su parentesco lingüístico con los grupos de idioma náhuatl del centro de México, ofrece tal vez mayores posibilidades para intentar la comparación antes mencionada.

Los grupos hokanos y otros

Nos ocuparemos ahora, al menos brevemente, del gran conjunto de grupos de filiación lingüística hokana, con muy antigua presencia en varias regiones del territorio mexicano y asimismo con muy limitado desarrollo cultural. De hecho, sólo en muy pocos casos, algunas comunidades hokanas alcanzaron cambios positivos debido a la influencia de sus vecinos poseedores de mejores formas de existencia. Todos los demás hokanos habrían de subsistir, hasta los tiempos de la penetración española, como recolectores, pescadores y cazadores, en agrupamientos de pequeñas bandas seminómadas.

Algunos de los hokanos poblaron distintas áreas del noroeste: sur de Alta California y la península de California menos la porción meridional; desembocadura del Colorado y áreas cercanas del río Gila, en Arizona; isla del Tiburón y litoral vecino de Sonora. Otros, en cambio, alejados de los anteriores, estuvieron establecidos hacia el noreste, en territorios de Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y parte de Texas. Cabe añadir, como dato curioso, que también en Oaxaca y Honduras llegó a haber otros miembros de esta familia lingüística, los hablantes del Tequistlateco y Jicaque respectivamente.

De entre los hokanos, habitantes del noroeste, mencionaremos a los grupos cahuilla del sur de Alta California; cochimíes en la península del mismo nombre; yumanos, de la región de los ríos Gila y Co-

lorado, y seris de la isla del Tiburón y costas de Sonora. Por su localización geográfica algunos de estos entraron en contacto con otros de lenguas y culturas diferentes. Ello ocurrió entre los yumanos y los pimas, estos últimos de filiación uto-azteca, conocedores ya de la agricultura y la cerámica. Los yumanos habrían de beneficiarse a la postre con tales conocimientos. No sucedió lo mismo con los seris, que en casi nada mejoraron su cultura, no obstante estar circundados por otros grupos de filiación uto-azteca.

En el caso de los cochimíes de Baja California, su escaso desarrollo cultural en modo alguno se benefició con la vecindad de los grupos más sureños de la península, los guaycuras y pericúes. Unos y otros, de muy antigua penetración en Baja California, mantenían formas de cultura tan precarias que pueden considerarse como tardía supervivencia de los tiempos paleolíticos. Por lo que toca específicamente a los pericúes y guaycuras, añadiremos que las lenguas que hablaron no se relacionan, al parecer, ni con las de la familia hokana ni con otras de ámbito americano. Ello plantea una incógnita acerca de su procedencia.

Por otra parte, entre los principales grupos hokanos de la zona noreste, estuvieron los descritos generalmente como coahuiltecos; los de lengua quinigua, del noroeste de Tamaulipas y oriente de Nuevo León, con múltiples subgrupos o facciones que, como en el caso de otros conglomerados afines del suroeste de Texas, constituían notorio ejemplo de mínimo desarrollo cultural, en su vida de vagabundeo como cazadores y recolectores. En relación con estos grupos puede decirse que no hubo influencia alguna significativa que llegara a mejorar su modo de subsistencia hasta los tiempos de la penetración española.

Resta añadir que, hacia el sur, en áreas más próximas a la zona de alta cultura mesoamericana, se hallaban otros grupos, casi siempre bandas no muy numerosas cuyas formas de existencia guardaban semejanza con las de aquellos de filiación hokana. Se trataba de gentes cuyas lenguas pertenecían al tronco macro-otomangue y que, por consiguiente, estaban emparentadas lingüísticamente con los otomíes, estos de tiempo atrás habitantes de Mesoamérica. Tanto los hokanos del noreste como esas bandas de otomangues se convirtieron, en ocasiones, en amenaza de las fronteras de Mesoamérica o por lo menos de los puestos avanzados en las regiones nortteñas. Como habremos de verlo, cuando los mesoamericanos de habla náhuatl se referían a tales grupos de vagabundos, principalmente otomangues, aludían a ellos con el nombre de chichimecas que, en tal caso, adquiriría el sentido de “Bárbaros”.

Intercambios y diferencias culturales

A propósito de lo dicho acerca de la gran variedad de pobladores de las regiones norteñas —los de lenguas hokanas y otomangues, los llamados indios Pueblos y los de filiación lingüística uto-azteca— parece pertinente una breve reflexión. Ante todo debe destacarse que no fueron siempre los grupos más cercanos ni los de lengua más afín los que llegaron a tener, ya en el periodo clásico, mayores intercambios con la alta cultura mesoamericana. Como lo hemos mencionado, la irradiación cultural proveniente del centro de México habría de dejar más honda huella entre los llamados indios Pueblos, establecidos en el norte de Chihuahua y en territorios de Arizona y Nuevo México. En el caso de los grupos uto-aztecas, la difusión cultural mesoamericana, con distintos grados de intensidad, no rebasó lo que hoy es Sinaloa. Finalmente, por lo que toca a los hokanos, algunos de ellos no tan apartados del ámbito mesoamericano, como los de Nuevo León y Tamaulipas, muy poco o nada fue lo que estos asimilaron de la alta cultura.

Lo expuesto sobre la diversidad de procesos de desarrollo cultural en las regiones norteñas, ayudará a valorar mejor la auténtica significación de la alta cultura que, geográficamente cercana, llegó a consolidarse en Mesoamérica. Ésta, a partir ya del periodo clásico, fue la sede de una civilización también con sus propias variantes: teotihuacana, zapoteca, maya y otras.

El cúmulo de grandes diferencias en el desarrollo cultural de tantos grupos —en ámbitos geográficos también muy distintos— manifiesto ya plenamente desde la época que estudiamos, nos obliga a tomar cada vez más conciencia de un hecho de suma importancia: si queremos en verdad comprender la realidad integral de lo que hoy es México, debemos superar todo centralismo y abrirnos para analizar y valorar la multiplicidad de procesos y rasgos culturales que, desde los milenios prehispánicos, son raíz y riqueza del propio ser.

Rasgos más sobresalientes del clásico en Mesoamérica

Por la arqueología sabemos que las grandes transformaciones, características de este periodo, no se produjeron simultáneamente en las diferentes subáreas mesoamericanas. Así, por ejemplo, en tanto que en Teotihuacan los principios del clásico pueden situarse a partir del siglo I d. C., en la zona maya un proceso parecido se consolidó real-



mente hasta el siglo III d. C. Además, hay que reconocer que también hubo variantes significativas en las creaciones culturales y formas de vida de los distintos pueblos que, dentro de Mesoamérica, participaron en el esplendor del clásico. Todo esto, sin embargo, no impide hablar de un cierto número de rasgos y elementos que definen, de manera general, lo que llegó a ser la cultura mesoamericana a lo largo de este periodo. En consecuencia, antes de ocuparnos de las variantes en los desarrollos regionales, creemos oportuno destacar los rasgos más sobresalientes que dan apoyo a la expresión de “Mesoamérica clásica”:

La influencia proveniente —de un modo o de otro— del ámbito cultural olmeca, actuando a modo de fermento, propició grandes cambios en áreas a veces muy distantes entre sí. Las técnicas agrícolas se perfeccionaron. Entre otras cosas, las terrazas para cultivos se hicieron más frecuentes, al igual que diversas maneras de sistemas de regadío. Plantas como el algodón proporcionaban ya, con mayor amplitud, los beneficios de su cultivo. La dieta, en las distintas comunidades, dependía cada vez más del trabajo organizado en el campo. El incremento en la población debió ser, desde entonces, muy notorio.

En distintos sitios, las aldeas fueron creciendo. En el centro de los poblados comenzaron a erigirse nuevos tipos de edificaciones: los primeros testimonios de lo que llegó a ser extraordinaria serie de creaciones arquitectónicas. Éstas, debidamente planificadas, con calzadas y plazas, incluyeron basamentos, pirámides truncadas y escalonadas, santuarios, palacios, juegos de pelota, escuelas, mercados. Prolifera-ron así en la región del Golfo, en el Altiplano, en las zonas de Oaxaca y mayanse, múltiples y suntuosos centros ceremoniales. Algunos de éstos llegaron a convertirse en auténticas ciudades y metrópolis.

Numerosos indicios permiten afirmar que en esos lugares las formas de organización social, económica, política y religiosa se tornaron mucho más complejas y eficientes. Hubo ya diferentes clases sociales: los gobernantes y sacerdotes, los grandes jefes guerreros, en una palabra, los integrantes de una nobleza; los artistas, artesanos y comerciantes, y, finalmente, la gente del pueblo común, los dedicados a la agricultura, a las faenas de la construcción y a otras tareas en provecho del culto religioso, el estado y los gobernantes.

Algunos de los nuevos centros y metrópolis se convirtieron en verdaderos núcleos o “cabeza” de organizaciones políticas, a veces especie de reinos, federaciones o imperios. Tales poblaciones eran así sede de complejos sistemas administrativos.

Las creencias y el ritual religioso fueron objeto de nuevas elaboraciones y ajustes por obra del sacerdocio. Aunque subsistieron y aun se



fortalecieron no pocas diferencias regionales, hubo asimismo importantes semejanzas y aun identidades en el culto y las tradiciones vigentes en zonas distintas. Tal fue el caso, por ejemplo, en la adoración concedida a dioses como el Señor de la Lluvia, la Diosa del agua, el Dios viejo, la pareja creadora, el Sol y la Luna, la Serpiente emplumada.

Las creaciones artísticas —en la escultura, la pintura mural— integradas a los conjuntos arquitectónicos y urbanísticos fueron muchas veces, por sí solas, testimonio del gran refinamiento logrado en el periodo clásico. Y otro tanto podría decirse de artes menores, en especial acerca de la cerámica de la que se conservan innumerables muestras.

A todo lo anterior debemos sumar, como otros de los grandes logros del clásico mesoamericano, el perfeccionamiento de sistemas calendáricos que llegan a tener extraordinaria precisión y el nuevo desarrollo de formas de escritura. Por medio de éstas, a través de inscripciones en piedra y en libros o “códices”, pudieron preservarse ya, cada vez más ampliamente, el recuerdo del pasado y toda suerte de conocimientos, religiosos y profanos.

En resumen, entre los rasgos más sobresalientes del periodo clásico en las distintas subáreas de Mesoamérica debemos mencionar un notorio enriquecimiento de técnicas sobre todo en relación con la agricultura; incremento de la población; nacimiento de centros ceremoniales y metrópolis debidamente planificadas; nuevas formas de organización social, económica, política y religiosa; surgimiento de más complejas estructuras estatales y administrativas; reelaboración de sistemas de culto y tradición; extraordinarias creaciones artísticas, algunas de gran magnitud; más amplia difusión de los cómputos calendáricos, algunos notablemente precisos, así como aparición y propagación de mejores formas de escritura. Todo ello, en cuanto logros que tuvieron irradiación en un área geográfica cada vez más grande, justifica hablar de alta cultura y civilización, como realidades presentes en lo que fue el periodo clásico de Mesoamérica. A continuación veremos —aun cuando sea sumariamente— las variantes de este gran desarrollo en las principales regiones de lo que hoy es centro y sur de México y áreas vecinas de Centroamérica.

Teotihuacan; seis siglos de esplendor

Distinguen los arqueólogos cuatro etapas o fases en la evolución cultural teotihuacana. Aquí nos interesan las que corresponden a su esplendor clásico, es decir las etapas Teotihuacan II (0 a 300 d. C.) y

Teotihuacan III (300 a 650 d. C.) Acerca de la etapa I (300 a. C. a 0), sólo diremos que coincidió con el preclásico superior y tuvo un carácter eminentemente formativo, como antecedente del periodo de gran florecimiento. A su vez la etapa IV, que se extiende hasta el siglo IX d. C., fue ya lapso de decadencia y abandono. Así, de igual modo que el clásico se inició en Teotihuacan más pronto que en otros lugares de Mesoamérica, también concluyó cuando aún no se extinguía en regiones como el área maya.

El surgimiento de la metrópoli teotihuacana no se presentó como algo súbito ni falto de antecedentes. En realidad fue una consecuencia, si bien una de las más extraordinarias de la anterior evolución cultural mesoamericana. Para valorar la significación y grandeza de Teotihuacan pueden adoptarse dos puntos de vista, en cierto modo complementarios. El primero se apoya, sobre todo, en los descubrimientos de la arqueología. El segundo atiende a testimonios de tiempos muy posteriores pero que dejan ver lo que otras gentes de idioma náhuatl expresaron sobre la que consideraban como una “Ciudad de los Dioses”.

En códices y textos de los tiempos mexicas se relacionó a la metrópoli teotihuacana con el mito de las edades o soles cosmogónicos. Era creencia que en Teotihuacan había tenido lugar la creación del quinto sol y de la luna que alumbran a la humanidad presente. Según la vieja tradición.

Quando aún era de noche, cuando aún no había día, cuando no había luz, se reunieron los dioses allá en Teotihuacan. Dijeron, hablaron entre sí: venid acá, oh dioses. ¿Quién tomará sobre sí, quién se hará cargo de que haya días de que haya luz?

Dos fueron los dioses que se ofrecieron. El primero fue el arrogante Tecuciztécatl, “Señor de los caracoles”; el segundo, el humilde Nānahuatzin, “el purulento o bubocillo”. Ambos se prepararon para lanzarse a la hoguera y salir de ella transformados en el sol. Llegado el momento del sacrificio, Tecuciztécatl hizo cuatro intentos de arrojarlo pero siempre se retrajo con temor. Nānahuatzin, en cambio, se precipitó en el fuego hasta consumirse en él. Su destino fue transformarse en el sol que comenzó a existir en Teotihuacan y que preside a la quinta edad, “la de movimiento”. Tecuciztécatl que, avergonzado, tardíamente entró en la hoguera, se convirtió en la luna.

A la par que esta recordación del mito, los textos en náhuatl hablan de la llegada a Teotihuacan de grupos que habían estado viviendo por el rumbo de las costas del Golfo de México. Esos antiguos



poseedores de alta cultura, según lo hemos visto a través de los hallazgos arqueológicos, habían ejercido notoria influencia en diversos sitios de la región del altiplano central. Ahora bien, un testimonio, recogido en náhuatl por fray Bernardino de Sahagún y conservado en el *Códice Matritense*, nos dice que algunos grupos, procedentes de la zona del Golfo y de Tamoanchan, lugar mítico, relacionado con los orígenes étnicos y culturales después de larga marcha:

Lentamente, despacio, vinieron; llegaron a reunirse en Teotihuacan. Se dieron allí las órdenes, se estableció allí el mando. Los que se hicieron señores fueron los sabios, los conocedores de las cosas ocultas, los poseedores de la tradición. Luego se establecieron allí los principados. Allí hicieron imprecaciones, en el lugar llamado Teotihuacan. Edificaron santuarios, pirámides al sol y a la luna, y luego hicieron otros muchos adoratorios más pequeños...

La penetración en el valle de Teotihuacan de tales grupos de alta cultura ocurrió probablemente hacia fines del siglo IV a. C., es decir en el preclásico superior. El valle de Teotihuacan forma parte, al noroeste, del gran valle de México. En la época de que estamos tratando, las aguas de los lagos llegaban hasta la región de Teotihuacan. Estaba, mucho más arbolada entonces, se presentaba además como lugar bastante propicio para la agricultura.

Si bien la edificación de algunos de los grandes edificios teotihuacanos parece haberse iniciado desde la fase I, la gran planificación urbanística data de la etapa siguiente. Así, en el caso de la pirámide del sol, aunque en su interior hay una plataforma más antigua, la construcción misma. Con su gran base rectangular y sus cuatro cuerpos superpuestos se realizó a lo largo de la fase II. Apareció ya entonces el acabado característico en las paredes de las edificaciones: muros lisos en talud que alternan con otros, verticales, que ostentan especies de marcos descritos como “tableros”. A lo largo de Teotihuacan II y más aún en la fase III, la metrópoli alcanzó su máximo esplendor.

La gran metrópoli

Como resultado de las investigaciones arqueológicas, cabe entrever lo que fue la ciudad, una de las urbes más extensas y extraordinarias de su tiempo en el mundo entero. A mediados del siglo VI d.C. llegó a abarcar una superficie de casi 22 km². Su población se acercaba a los 70 000 habitantes. Ejes viales en el centro eran, de norte a sur, la lla-

mada *Miccaotli*, “avenida de los muertos”, así como otra que corría en dirección este-oeste. La primera, según hasta hoy puede verse, se inicia al norte en la plaza que tiene al fondo a la pirámide de la luna y en el ángulo inferior izquierdo al palacio de las *Cuetzalpapálotl* o “mariposas-ave quetzal”. A la derecha de la plaza se yerguen varias pirámides o santuarios menores. Más al sur, en el mismo costado oriente, está la más importante de todas las edificaciones, la pirámide del sol.

Ambos lados de la avenida de los muertos se suceden luego otras pirámides de proporciones más reducidas, con sus varios cuerpos superpuestos, sus escalinatas con alfardas y el característico diseño de tablero-talud. La avenida de los muertos, cruza luego el otro eje vial este-oeste y da lugar, a ambos lados, a construcciones de suma importancia. Integran éstas el llamado por algunos arqueólogos “gran conjunto”. Al oriente se halla la “Ciudadela” con su amplio patio y la célebre pirámide de Quetzalcóatl. Al poniente hay otras edificaciones, de las que sólo quedan escasos vestigios que, sin embargo, permiten entrever su importancia.

Al parecer, en su fase de mayor expansión, la ciudad estaba distribuida en cuatro grandes cuadrantes, en función de los ejes de la avenida de los muertos y de la transversal este-oeste. En tanto que las pirámides del Sol y la Luna eran los puntos de máxima atracción religiosa, las edificaciones del llamado “gran conjunto” parecen haber sido residencia del supremo poder político, religioso, administrativo y de otros funcionarios dedicados a tareas afines. Se sabe que en el recinto de la Ciudadela había habitaciones, así como otras adyacentes, en torno a patios situados a los lados de la pirámide de Quetzalcóatl.

El extraordinario sentido de planificación de los teotihuacanos ha sido objeto de investigaciones en base a las cuales se han elaborado planos que muestran el desarrollo urbanístico de la ciudad en distintos momentos. Podemos valorar así los criterios que se adoptaron al edificarse en Teotihuacan numerosos palacios, escuelas, mercados y también múltiples casas-habitación para sus numerosos habitantes. Quien desee conocer cómo eran algunas de esas edificaciones, en particular los palacios, puede visitar los restos arqueológicos que se conservan, en algunos casos restaurados. Entre otros, están los de Atetelco (en el suroeste de la ciudad) y los de Tepantitla, a espaldas de la pirámide del sol. En uno y otro sitios se levantan los varios recintos en torno a patios rectangulares. Pinturas, de gran colorido y simbolismo, cubrían los muros de estos edificios. En el caso de Tepantitla debemos recordar el célebre mural que representa la concepción teotihuacana de la vida en el más allá, específicamente en el *Tlalocan* o paraíso de Tláloc.

Religiosidad teotihuacana

De hecho los testimonios acerca de la religiosidad teotihuacana afloran en muchas partes: en los monumentos arquitectónicos, escultura, pinturas murales y cerámica. Permiten ellos conocer las principales deidades objeto de adoración, algunas de las ceremonias rituales, así como la importancia que tenía el sacerdocio. Tláloc, deidad de las aguas celestes, se muestra asociado muchas veces con la serpiente emplumada, Quetzalcóatl. También guarda estrecha relación con la que puede considerarse su compañera, Chalchiuhtlicue, “la del faldellín de jade”, señora de las aguas terrestres. De múltiples formas se vuelven también presentes, en la simbología y arte teotihuacanos, otros dioses cuyo culto habría de perdurar hasta los días de México-Tenochtitlan: Huehuetéotl, “el dios viejo”, la suprema pareja, “nuestra madre, nuestro padre”, simbolizados por el sol y la luna.

Otros vestigios que también han llegado hasta el presente, aunque por desgracia no muy numerosos, dan prueba de que los teotihuacanos desarrollaron una forma de escritura, en buena parte ideográfica y conocieron asimismo sistemas calendáricos. Se sabe que se valieron del *tonalpohualli*, cuenta de los destinos, sistema de 260 días y del cómputo del *xíhvitl*, calendario solar de 365 días.

Formas de organización

En lo que concierne a la organización social, política, económica y religiosa prevalente en Teotihuacan, los mismos vestigios arqueológicos permiten hacer importantes inferencias. Ante todo las ruinas que se conservan del gran centro religioso y de edificaciones destinadas a fines administrativos, palacios, escuelas, mercados, cuarteles y casas-habitación, muestran ya la existencia de complejas estructuras con sistemas de distribución del trabajo. Dando crédito a uno de los textos que hemos citado, cabe pensar que “los señores, los que gobernaban, fueron sabios, los conocedores de las cosas ocultas, los poseedores de la tradición”. Probablemente la autoridad suprema tenía de hecho un doble carácter, a la vez político y religioso. Se ha afirmado así que Teotihuacan fue metrópoli de un gran estado teocrático. Por otra parte, de la muy probable existencia de diferentes estratos sociales, dan testimonio los hallazgos arqueológicos que denotan distintos niveles de vida. Por ejemplo, gracias a las pinturas murales y a las múltiples

figurillas de cerámica, podemos enterarnos de cómo era la indumentaria de quienes parecen ser miembros del sacerdocio y gobierno, mucho más refinada que la de la gran mayoría del pueblo.

Tanto el examen de las célebres “cabecitas-retrato”, como el de algunos restos humanos, cuya procedencia y antigüedad han podido precisarse, llevan a pensar que en Teotihuacan habitaron grupos con rasgos físicos marcadamente distintos. Había unos que recuerdan las fisonomías de los pueblos costeños; otros, en cambio, se asemejan más a los que hoy conocemos como habitantes del altiplano central. Precisamente algunos de estos últimos, que emigraron más tarde hasta distintos lugares de Centroamérica, eran hablantes del náhuatl.

Irradiación y legado culturales de Teotihuacan

Teotihuacan fue cabeza de lo que podría describirse como un imperio. Así se explica el gran esplendor alcanzado por la misma metrópoli que obtenía tributos y toda suerte de productos de apartadas regiones a ella sometidas. Consta, por otra parte, acerca de la gran influencia ejercida por la civilización teotihuacana en sitios muy distantes entre sí, dentro del ámbito mesoamericano y aun fuera de él. Como ejemplo de esto recordaremos la difusión cultural que llegó a penetrar en áreas de las costas del Golfo, Oaxaca y la zona maya.

Haciendo referencia a la rica producción de cerámica del periodo clásico teotihuacano, citaremos hallazgos de sus característicos vasos trípodas, policromados y ricos en simbolismo, que han aparecido en entierros de personajes en múltiples sitios del México antiguo. Caso de particular interés son los vestigios de Kaminaljuyú, en las afueras de la ciudad de Guatemala, considerados por algunos como muestra de la edificación en pequeño de otro Teotihuacan. Finalmente, recordaremos lo ya dicho en este capítulo: los teotihuacanos establecieron también diversas “marcas” o puestos de avanzada en las regiones nortañas. Su influencia llegó así hasta los apartados territorios habitados por los indios Pueblos.

Desde otro punto de vista importa subrayar que la civilización teotihuacana habría de dejar rico legado del que se beneficiaron otras gentes que más tarde florecieron en Mesoamérica y de modo particular en la región del Altiplano central. Entre los elementos y rasgos sobresalientes en esa herencia de cultura pueden mencionarse estos:

La concepción de un sentido urbanístico con grandes edificaciones debidamente planificadas.



La distribución en cuadrantes de los grandes sectores de la ciudad en función de sus ejes viales.

La arquitectura característica de las pirámides, atinadamente orientadas, con sus terrazas superpuestas, paredes en talud y tableros, todo ello coronado por un santuario en la parte más alta, como evocando la idea de los pisos celestes, encima de los cuales está la morada de la divinidad suprema.

Un rico simbolismo religioso, presente en las artes plásticas y en permanente relación con un conjunto de deidades cuya adoración habría de perdurar hasta los tiempos de los mexicas.

La existencia de una escritura ideográfica y el empleo de los dos principales sistemas calendáricos, de 260 y 365 días.

Sistemas de organización social, política y económica que, con apoyo en una mejor tecnología, hicieron posible el florecimiento de una metrópoli y la formación de lo que probablemente se constituyó como una peculiar manera de imperio.

Todo ello y mucho más llegó ciertamente a ser asimilado en grados distintos, por quienes, todavía en el clásico, se establecieron y vivieron en centros tan importantes como los de Cholula y Xochicalco, y más tarde, en Azcapotzalco y Culhuacán, Tula-Xicocotitlan, Tetzaco, los señoríos tlaxcaltecas y México-Tenochtitlan. De hecho, los textos que hemos citado, traducidos del náhuatl, muestran que, contra lo que generalmente han pensado algunos estudiosos, los mexicas del siglo XVI recordaban algo de lo que había sido la grandeza de Teotihuacan.

La decadencia y el completo abandono de la gran metrópoli ocurrieron en la segunda mitad del siglo VII d. C. De ese tiempo datan las huellas de lo que fue tal vez gran incendio y violenta destrucción de una parte de Teotihuacan. Diversas hipótesis se han formulado para tratar de explicar la ruina de esta civilización. Se ha hablado así de alteraciones climáticas, de invasiones procedentes del norte, de conflictos internos, bien sea de índole religiosa, política, social, económica o de la suma de varios de estos factores. Nos abstendremos aquí de entrar en más consideraciones y sólo anticipamos que situaciones semejantes, de decadencia y abandono, habrían de presentarse algún tiempo después en otras regiones de Mesoamérica, cuando en ellas asimismo terminó el florecimiento clásico.

El periodo clásico más allá del Altiplano central

La civilización que tuvo por metrópoli a Teotihuacan se desarrolló en manifiesto contraste con los niveles de cultura prevalentes en las regiones norteñas. Tal florecimiento clásico se había iniciado entre los teotihuacanos antes, al parecer, que en otros lugares de Mesoamérica. Ello ocurrió, según hemos visto, a partir de una época que coincide con los orígenes de la era cristiana. La influencia de la bastante más antigua cultura de las costas del Golfo, había sido factor que fecundó la capacidad de los pobladores del Altiplano.

Ahora bien, sabemos por la arqueología que, al tiempo en que el esplendor clásico era ya atributo de Teotihuacan, se estaban gestando en otros ámbitos de Mesoamérica, transformaciones en muchos aspectos semejantes, aun cuando a la postre tuvieran perfiles propios. En el centro de Veracruz, en la región huasteca, en el área zapoteca y por el rumbo del Pacífico, así como en la zona mayanese hasta lugares muy apartados de Centroamérica, la aparición del clásico estuvo asimismo vinculada con la difusión cultural proveniente del ámbito olmeca.

Los intercambios e influencias culturales entre los habitantes de las vastas regiones de México y Centroamérica fueron así desde hace milenios, factor de gran importancia no siempre valorado adecuadamente. Como vamos a comprobarlo, los contactos, con diversas consecuencias, se acrecentaron a lo largo del clásico en el resto de Mesoamérica. Hemos aludido ya a la irradiación de Teotihuacan hacia las regiones del norte hasta alcanzar a los indios Pueblos. Podemos anticipar ahora que, paralelamente, Teotihuacan propagó también elementos de su cultura hacia el oriente, poniente y sur.

A través de impulsos expansionistas, de intercambio comercial y de otras formas de difusión directa o indirecta, el hecho es que lo teotihuacano penetró en varios momentos en las zonas veracruzana, oaxaqueña y maya. A su vez, los pobladores de dichas regiones dieron lugar a relaciones entre sí e incluso, de diversos modos, hicieron sentir su presencia en la gran metrópoli del Altiplano central. Necesario es, por consiguiente, tener a la vista en nuestro estudio tanto las diferencias en los desarrollos regionales como el dinamismo de los contactos e intercambios. Con un enfoque semejante pasamos ya a ocuparnos de lo más sobresaliente del clásico en tierras de Veracruz y del ámbito huasteco; en el país de los zapotecas y en las regiones que integraron el mundo maya.

La situación cultural en la antigua zona olmeca

Veamos lo que, según parece, ocurrió hacia el siglo I d. C., en la zona limítrofe de Veracruz y Tabasco donde había florecido la alta cultura olmeca. Los descubrimientos arqueológicos muestran que los centros que, durante el preclásico, habían alcanzado allí gran florecimiento y actuado como núcleos de difusión cultural, se encontraban ya en plena decadencia o total abandono. En algunos casos ello había ocurrido desde varios siglos antes de la era cristiana. Para interpretar la situación prevalente se ha dicho que el agotamiento cultural vino a ser lo característico en esa región donde se habían iniciado las grandes transformaciones culturales de Mesoamérica.

A pesar de lo anterior, se han logrado algunos hallazgos dignos de interés. Entre ellos están los vestigios de centros ceremoniales en sitios como Minatitlán, Tierra Blanca y las márgenes del río Tuxpanapan, del último de los cuales procede la extraordinaria escultura en piedra que parece representar a un luchador.

Hemos tratado, por otra parte acerca de la estela C de Tres Zapotes (Veracruz), procedente de la última fase del preclásico superior. La existencia en ella de una inscripción calendárica con la fecha 31 a. C., en términos de la llamada “cuenta larga” —el sistema que habrían de adoptar luego los mayas— ha hecho pensar que debe atribuirse a los olmecas tardíos el origen de tal forma de cómputos. Otro descubrimiento, de tiempos posteriores, es el de la estatuilla de Tuxtla, de estilo que recuerda las creaciones olmecas y que ostenta la fecha 162 d. C., también en función de la cuenta larga.

La estela C y la estatuilla de Tuxtla permiten inferir que, a pesar de la innegable decadencia en que se encontraba la zona de antiguo florecimiento olmeca, siguió habiendo en ella expertos en las medidas del tiempo. Y aunque con certeza no es posible atribuir a éstos el desarrollo del sistema de la cuenta larga, debemos aceptar al menos que el solo hecho de que lo emplearan implicaba no escasos conocimientos. Entre otras cosas, el uso de la cuenta larga presupone la idea de asignar valores a los números en función de su posición. Desde otro punto de vista, tales cómputos calendáricos exigen también servirse del concepto de “carencia de valor numérico”, es decir de algo semejante a lo que hoy entendemos por cero.

La carencia de más amplias investigaciones arqueológicas es obstáculo que impide formarse una imagen adecuada del ulterior desarrollo cultural de esta región. Cabe añadir que existen varias fuentes,

algunas en idioma indígena en las que se alude a los habitantes del país olmeca. Sin embargo, cuanto aportan dichas fuentes versa ya sobre una época considerablemente posterior. Se sitúa ella en los tiempos que siguieron al clásico, por lo que sólo más adelante habremos de tomar en cuenta tales testimonios.

El clásico en la región central de Veracruz

Como podría esperarse, la influencia de la alta cultura olmeca se dejó sentir de múltiples formas en el ámbito de Veracruz y en las zonas vecinas de lo que hoy es el estado de Puebla. Esta amplia región, geográficamente muy variada, incluye una faja costera, tierras bajas, la vertiente y la sierra con grandes alturas, entre ellas la del Cofre de Perote y el Pico de Orizaba, el punto más elevado en territorio mexicano. Muchos son relativamente los ríos —desde el Tuxpan al norte, hasta el de La Antigua, al sur— que cruzan la zona y confieren a buena parte de ella su gran fertilidad.

Totonacapan es el nombre indígena que se da a esta zona. Totonacapan significa “lugar de luz y calor”. Es asimismo lugar donde habitan los totonacas. Algunos investigadores han puesto en duda que, desde la época preclásica y a lo largo del periodo clásico, gentes de lengua totonaca hayan sido los pobladores de la región. Hay, no obstante, algunos indicios en favor de que así haya sido. Entre ellos está una tradición, recogida por el cronista fray Juan de Torquemada, según la cual los totonacas sostenían que, de tiempo atrás, tenían allí su residencia, lo que permitió a algunos de ellos penetrar en el Altiplano central y participar en la edificación de la gran metrópoli de Teotihuacan. Por otra parte consta que, en distintos momentos, hubo asimismo en la zona totonaca gentes de origen nahua-teotihuacano.

Los arqueólogos han dividido en varias fases el florecimiento del clásico en Veracruz. Por nuestra parte consideramos suficiente distinguir aquí entre un clásico temprano (300-650 d. C.) y otro más tardío (650-900 d. C.). De los varios sitios explorados, pueden mencionarse los de Remojadas, Nautla, Yohualichan y el muy importante de El Tajín. Respecto de este último recordaremos que sus edificaciones se yerguen en una superficie que sobrepasa a las setenta y cinco hectáreas. Muchas de sus construcciones fueron objeto de sucesivas transformaciones. Ello ocurrió, por ejemplo, con la célebre pirámide de los nichos que, tal como hoy se conoce, proviene del clásico tardío pero que encierra una estructura más pequeña varios siglos más antigua.

Nuestros conocimientos sobre el desarrollo del clásico en Veracruz continúan siendo bastante limitados. Sin embargo, es posible destacar algunos rasgos característicos en la fisonomía cultural de esta área. Consta que en ella existieron centros ceremoniales importantes, debidamente planificados, algunos probablemente auténticas ciudades. Es asimismo notorio el uso de sistemas calendáricos y de formas de escritura. Elemento de suma importancia, ligado estrechamente al culto religioso, fue el juego de pelota que debió practicarse con gran frecuencia en la región. Las edificaciones para dicho juego suelen hallarse en casi todos los recintos explorados.

Las representaciones de deidades incluyen a Huehuetéotl, “el dios viejo”, a Tláloc, conocido por los totonacas con el nombre de Tajín, y a las características divinidades de la región de la costa, Quetzalcóatl, Serpiente emplumada; Xochipilli, Príncipe de las flores; Xipe Tótec, Nuestro Señor desollado, propiciador de la fertilidad; Tlazoltéotl, diosa del placer, así como el dios Gordo.

Tres tipos de objetos, característicos de la región, parecen haber estado asociados con el ritual del juego de pelota. Se trata de las esculturas en piedra designadas como palmas, yugos y hachas. Los yugos, hechos en forma de U, frecuentemente con finos bajorrelieves, que representan plantas, animales y seres humanos. Los yugos parecen haber sido réplicas de los cinturones usados por los jugadores de pelota. Las palmas, esculturas alargadas, también trabajadas con preciosismo, probablemente fueron ejecutadas para encajarse en los extremos de los yugos. Las hachas votivas, de forma aplanada, fueron, según parece marcadores en los recintos donde se practicaban las competencias. Como habremos de verlo, el estudio de la difusión que llegó a tener este conjunto de producciones “yugo-palma-hacha”, ha permitido establecer varias formas de relación cultural entre distintos grupos mesoamericanos. Más adelante trataremos, por ejemplo, del caso de los pipiles, de origen teotihuacano, que, por haber penetrado y vivido durante algún tiempo en la región del Tajín, hicieron suyos esos elementos culturales.

Otro tipo de creación, típica de un ámbito en particular, dentro de esta región, es la que se conoce como “cerámica de Remojadas”. Tal es el nombre de la localidad, cercana al puerto de Veracruz, en donde han sido más abundantes los hallazgos en cuestión. Se trata de cabezas y en ocasiones figuras completas con sonriente expresión. Las actitudes de estas figurillas, en contraste con las efigies hieráticas tan frecuentes en Mesoamérica, han sido interpretadas como testimonio de la alegría de vivir, propias de los habitantes de esta región de luz y calor.

Difícil sería pretender describir las formas de organización política y social que tuvieron vigencia en el Totonacapan del periodo clásico. La serie de edificaciones del gran centro de El Tajín es ya prueba elocuente de la existencia de eficientes estructuras administrativas. Algunos arqueólogos consideran que, en el clásico temprano El Tajín surgió a modo de retoño o brote secundario de Teotihuacan. La influencia de la gran metrópoli del Altiplano es visible en la cerámica y en la arquitectura. Siglos más tarde, cuando había ocurrido ya el colapso teotihuacano, la cultura de El Tajín mantuvo por bastante tiempo su capacidad de propagarse. En este sentido correspondió a la versión veracruzana de la civilización clásica de Mesoamérica actuar hasta el siglo X d. C., como fuerza de transición con respecto a los pueblos que llegaron a desarrollarse durante el periodo posclásico.

Florecimiento clásico de los huastecos

En un área geográfica vecina de la anterior —norte de Veracruz, sur de Tamaulipas y regiones colindantes de San Luis Potosí e Hidalgo— llegó a consolidarse otra importante forma de desarrollo cultural. Nos referimos al florecimiento clásico de un grupo de filiación lingüística mayense que quedó separado de sus hermanos del sur.

Según parece, desde los tiempos del preclásico inferior, gentes emparentadas de diversas formas con los pueblos mayas meridionales, con los olmecas totonacos, se habían establecido en la zona costera, particularmente en las orillas del río Pánuco. Tales gentes habrían de conocerse mucho más tarde con el nombre de huastecos.

La periodización adoptada en este caso por los arqueólogos permite percibir —de modo parecido al desarrollo cultural del centro de Veracruz— una fase de clásico temprano (300-650 d. C.) y otra posterior (650-900 d. C.) Desafortunadamente las investigaciones realizadas en la zona huasteca han sido aún más escasas. Debido a esto sólo pueden ofrecerse algunas consideraciones de carácter general.

En primer lugar parece ser que, en sus inicios, el clásico huasteco se vio influido tanto por las culturas del sur veracruzano como por la civilización teotihuacana que, hacia el siglo III d. C., había alcanzado ya importantes logros. Esta última influencia es visible en la cerámica, en la elaboración de “figurillas-retratos” y en la arquitectura con la aplicación del talud y los tableros. La propagación de elementos del centro de Veracruz se muestra en los juegos de pelota, los yugos y palmas.

Importantes recintos ceremoniales huastecos de este periodo se yerguen, entre otros sitios en la región del Pánuco, El Ébano, Tampo-soque (Tamaulipas), Tamuín, Tancanhuitz y Huaxcamá (San Luis Potosí), Huilocintla, Castillo de Teayo, y Amatlán de los Reyes (Veracruz), Vinasco (Hidalgo) y Ajalpan (Querétaro).

La existencia de conjuntos planificados de edificaciones, con templos de planta rectangular o circular, tumbas, pinturas murales, lápidas con inscripciones y esculturas preciosamente talladas en piedra, es todo ello testimonio de que los huastecos participaron asimismo de modo sobresaliente en la gran etapa del clásico mesoamericano. A modo de ejemplo del grado de refinamiento que alcanzaron, mencionaremos, entre sus más famosas creaciones, la escultura conocida como del “adolescente huasteco”, sacerdote de Quetzalcóatl; la lápida de Huilocintla con otro guardián de los dioses haciendo penitencia y dejando caer su sangre que bebe el monstruo de la tierra, y la representación en piedra de Ehécatl, deidad del viento, con su gorro cónico, encontrado en Castillo de Teayo, Veracruz.

Seguramente cuando se amplíen y profundicen nuestros conocimientos acerca del periodo clásico entre los huastecos, serán muchas las sorpresas que nos saldrán al paso como testimonio de lo que fue el gran florecimiento de los que cabe describir como “mayas septentrionales”. El papel desempeñado por estos en los tiempos del posclásico siguió siendo bastante significativo. Prueba nos la dan los textos en lengua náhuatl y otros relatos de los cronistas que, de varias formas, se refieren a los huastecos.

Entre otras cosas habrá de ponderarse su sabiduría como supuestos o reales inventores del arte de interpretar los sueños, y de varios sistemas de escritura y cómputos calendáricos. Como tierra fértil y rica en mantenimiento se consideró tradicionalmente a la Huasteca. Reproche a sus habitantes fue tenerlos con frecuencia como gente un tanto libertina, amante de la bebida que embriaga, y poco cuidadosa de la moral en materia de vestido. A su debido tiempo, el pueblo huasteco volverá a hacérsenos así presente, sobre todo en sus ulteriores contactos con los habitantes del Altiplano hasta los días de los mexicas.

El clásico entre los zapotecas

El desarrollo cultural en tierras oaxaqueñas ha sido, por fortuna, objeto de más penetrantes formas de investigación. Esto ha permitido preci-

sar lo más sobresaliente en su trayectoria, así como la serie de influencias que recibió del exterior desde época bastante temprana.

Ya hemos mencionado que, desde cerca de 800 a. C., hubo allí una primera forma de penetración cultural olmeca. Algo más tarde, coincidiendo ya con el preclásico superior, la difusión de otros elementos, también de las costas del Golfo de México, dejó más honda huella entre los zapotecas de Monte Albán y otros sitios de los valles centrales.

Los arqueólogos, que han establecido divisiones o etapas para enmarcar las transformaciones culturales de los zapotecas, adoptaron también en éste caso, un sistema particular de periodización. Difiere éste de las divisiones cronológicas introducidas por otros colegas suyos en relación con desarrollos como los de Teotihuacan, Veracruz o las varias regiones mayenses. Para superar esta divergencia de criterios, es necesario establecer pertinentes correlaciones entre dichos sistemas.

Al tratar de la cultura zapoteca se habla de cinco etapas diferentes. El lapso durante el cual se recibió la influencia procedente del Golfo (700-300 a. C.), se designa como Monte Albán-I, no por estar restringido a ese sólo sitio, sino por ser el más conocido en el ámbito zapotecó. La siguiente fase, nombrada Monte Albán-II (300 a. C.-100 d. C.), coincidió en Oaxaca con los últimos siglos del preclásico superior y el primero de esplendor clásico en Teotihuacan. La importancia de este lapso se deriva de su carácter formativo, tiempo de cambios con otras influencias externas. Estas vinieron de ámbitos culturales de Chiapas y Guatemala. Recordemos lo dicho sobre sitios como Chiapa de Corzo e Izapa, este último en las costas, cerca de la frontera de Guatemala, donde gentes de filiación mayanse habían alcanzado considerable desarrollo desde algunos siglos antes de la era cristiana.

En nuestro estudio —referido al periodo clásico— nos fijaremos en lo que ocurrió a lo largo de las llamadas por los arqueólogos épocas de Monte Albán III-A (200-500 d.C.) y Monte Albán III-B (500-800 d. C.). Integran esos dos subperiodos, en conjunto, casi seis siglos, el tiempo de máximo florecimiento de la civilización en el ámbito zapotecó. Por lo que toca a fases posteriores, las designadas como Monte Albán-IV y V, rebasan ya el periodo clásico y abarcan incluso el momento de la supremacía de otro pueblo: los mixtecos.

Hacia 100 d. C., no sólo en Monte Albán sino también en múltiples lugares de los valles centrales de Oaxaca y más allá de éstos, se acentúan los cambios de signo positivo. También es perceptible otro tipo de influencia, venida ahora de Teotihuacan. Recordemos que allí el clásico (Teotihuacan II) se había iniciado con anterioridad. La irra-

diación teotihuacana se vuelve patente en la cerámica, la arquitectura y el sentido de planificación, adoptado también por los zapotecas. Si bien éstos estaban ya en posesión de descubrimientos tan importantes como la escritura jeroglífica y los cómputos calendáricos, hicieron suyo cuanto de bueno les llegó. Lejos de una sujeción a Teotihuacan, hubo entre ambos pueblos intercambio comercial. Interesante vestigio de esto es el hallazgo en el recinto teotihuacano de una pequeña casa con una tumba y diversas ofrendas, todo ello con características correspondientes a Monte Albán-III.

De la fase Monte Albán III-A (200-500 d. C.) puede decirse que marca el arranque de una evolución cultural propia, más que nunca característica de los zapotecas. Ya desde las épocas anteriores es visible la formación de un estilo propio, tanto en la cerámica —por ejemplo la aparición de las urnas funerarias— como en la arquitectura, no ya sólo en Monte Albán sino en otros lugares. Las urnas zapotecas son vasos con decoración rica en símbolos y con frecuentes representaciones de figuras humanas, deidades y animales. Al decir de algunos especialistas, tales vasos-efigies, o sea las urnas funerarias zapotecas, no tienen igual entre las producciones de Mesoamérica o de cualquier otro sitio. Acerca del uso que se les daba, se sabe que constituían a modo de ofrendas, tanto en algunas tumbas como en los templos.

El estudio de los personajes representados en las urnas, al igual que de las pinturas en el interior de las tumbas ha contribuido al conocimiento de las deidades veneradas por los zapotecas. Lugar prominente ocupaban Cocijo, señor de la lluvia, equivalente al Tláloc del Altiplano; Quetzalcóatl, como serpiente emplumada y como dios del viento; Xipe-Tótec, el señor desollado; Xochipilli, príncipe de las flores; el supremo señor Pije-Tao, cuyo ser probablemente implicaba el desdoblamiento en la pareja creadora, masculino y femenina, Pitao Cozana y Pitao Cochaana.

A lo largo de Monte Albán III-A el sentido de planificación, plenamente asimilado a la tradición zapoteca, había logrado realizaciones como la del gran centro ceremonial de Monte Albán o los de Yagul, Zaachila y Teotitlán, para solo mencionar unos cuantos. Al parecer, como en el caso de Teotihuacan, las formas de organización social, política, económica y religiosa de la nación zapoteca habían logrado gran desarrollo. Al lado de los gobernantes supremos, los jerarcas religiosos y otros muchos dignatarios, se habían constituido grupos cuya vinculación, además de apoyarse en razones de parentesco, dependía asimismo de intereses o actividades en común. Tal sería el caso, por ejemplo, de los artesanos y comerciantes. A las tareas del campo —como en la ma-

yor parte de Mesoamérica— se dedicaba en elevado porcentaje, la llamada gente del pueblo.

Hacia el siglo VI d. C., —Monte Albán III-B— la plenitud del clásico era una realidad entre los zapotecas. Aunque desconocemos si llegó a haber entre ellos una gran confederación o alguna especie de imperio o estado más o menos unificado, consta por la arqueología acerca de su considerable expansión por los cuatro rumbos de lo que hoy es Oaxaca. Contra lo que muchos investigadores habían supuesto, podemos afirmar que algunos de los que se pensaba eran meros centros rituales, o conjuntos de edificaciones con propósitos básicamente religiosos, tuvieron el carácter de ciudades y aun metrópolis. Ello ha podido comprobarse sobre todo en Monte Albán. Allí, hacia el año 700 d. C., las construcciones de carácter religioso y administrativo, en las elevadas plataformas, habían alcanzado su máxima extensión. A la vez, en una serie de terrazas, construidas en las laderas, hay vestigios de más de 2 500 casas-habitación. Ello permite afirmar que, para esas fechas, existía allí una auténtica metrópoli con, por lo menos 25 000 habitantes. En lo que toca a la fuerza de expansión, se ha afirmado también que en los valles centrales de Oaxaca hubo entonces una población tanto o más numerosa que la que al presente vive allí. De hecho las zonas arqueológicas allí localizadas superan al número de pueblos habitados en la actualidad.

Hacia 800 d. C., se inició la decadencia de Monte Albán, prenuncio del fin del clásico entre los zapotecas. A diferencia de lo que ocurrió en Teotihuacan, recintos como los de Monte Albán y otros de Oaxaca, no fueron nunca abandonados del todo. Las gentes que quedaron, eclipsada ya la antigua capacidad creadora, habrían de mezclarse en varios casos, con los grupos dominadores de buena parte de las tierras oaxaqueñas. Nos referimos a los mixtecos cuyo florecimiento ocurrió ya en el periodo posclásico o, como dicen los arqueólogos, en la época Monte Albán-V.

El clásico en el área del occidente de Mesoamérica

Con la expresión “occidente mesoamericano” se designa a un amplio territorio que comprende parte de los actuales estados de Guerrero, Michoacán, Colima, Jalisco, Nayarit y Sinaloa. La geografía de esta vasta extensión presenta rasgos y diferencias regionales de considerable interés. En general puede hablarse de una faja costera, en algunas partes bastante estrecha y en otras más amplia, que contrasta con

las grandes elevaciones de la Sierra Madre Occidental y del Sur. Destacan asimismo extendidas mesetas, varias cuencas lacustres y corrientes fluviales. Entre las cuencas lacustres cabe mencionar las de Cuitzeo, Pátzcuaro y Chapala. Ríos importantes son el Balsas en el extremo sur de la zona; el que forma el sistema Lerma-Santiago; así como los de Culiacán; Mocerito y Sinaloa. A partir del norte de Jalisco, y a lo largo de la llanura costera de Nayarit y Sinaloa hasta el río Culiacán, se extiende lo que algunos investigadores han descrito como “corredor de la costa occidental”. Tal paso o corredor propició desde los tiempos prehispánicos diversas formas de contacto e intercambio cultural.

Hemos mencionado que en diversos lugares de esta zona, desde el periodo preclásico, proliferaron aldeas de agricultores y alfareros. Señalamos también que la irradiación de la alta cultura olmeca se dejó sentir en numerosos sitios, sobre todo de la porción sur de la zona. Pueden recordarse a este propósito los hallazgos, típicamente olmecas, de cerámica y esculturas principalmente en andesita y serpentina, procedentes de Guerrero, y conocidas como de “estilo Mezcala”, ya que muchas se encontraron en las inmediaciones del río de ese nombre. Tan grande ha sido el número de piezas de tipo olmeca localizadas en territorio de Guerrero y de parte de Michoacán que algunos arqueólogos pensaron durante cierto tiempo que la cuna de la alta cultura madre, en vez de situarse en las costas del Golfo, debía buscarse en la región de que estamos tratando. Aunque esta hipótesis ha sido desechada, el solo hecho de que pudiera plantearse como verosímil, es indicio del aprecio en que se han tenido los logros culturales de los antiguos habitantes de la región, especialmente su cerámica y su arte escultórico.

Respecto de lo que ocurrió más tarde —es decir ya en el periodo clásico— en las distintas regiones que integran el occidente de Mesoamérica, debemos confesar que nuestro conocimiento continúa siendo bastante limitado. Ello se debe tanto a la falta de investigaciones arqueológicas más amplias y sistemáticas como a la ausencia de otros testimonios históricos que pudieran arrojar alguna luz. En realidad, de este último tipo de fuentes sólo hay algunas que pueden informarnos sobre la etapa final del posclásico, es decir en los tiempos cercanos ya a la conquista española, cuando florecía el pueblo tarasco o purépecha. En consecuencia, el estudio de lo que fue el periodo clásico en esta amplia zona tiene que circunscribirse a lo poco que se sabe gracias a la arqueología.

De manera general puede afirmarse que el desarrollo del clásico no alcanzó aquí el esplendor que tuvo en otras áreas como la del Alt-

plano central, la de Oaxaca o la del ámbito maya. Es cierto que hubo en el occidente mesoamericano influencias y penetraciones culturales, recibidas a lo largo de este periodo, sobre todo de Teotihuacan. Tales influencias no implicaron, sin embargo, la creación de centros urbanos o de importantes recintos ceremoniales. Se han hallado tan sólo edificaciones relativamente menores de entre las que cabe citar, como muestra, las de El Otero, cerca de Jiquilpan en Michoacán. Hay allí plataformas, un juego de pelota y otros montículos en torno a varias plazas. Otras estructuras han sido exploradas en territorio de Colima, Jalisco y Nayarit. Son de particular interés varias tumbas con cámaras sepulcrales, en las que se ha hallado abundantes y preciosas piezas de cerámica. Tampoco son raras las maquetas de templos, casas y juegos de pelota, indicio que no debe pasarse por alto como testimonio de una arquitectura que, por ejemplo en Colima, incluyó edificaciones con basamentos y escalinatas.

Por otra parte, no se ha descubierto vestigio alguno de existencia de escritura en esta zona. Ésta y las antes mencionadas limitaciones, contrastan con los numerosos y muchas veces extraordinarios hallazgos de piezas de cerámica. Aunque es verdad que en algunas cabe percibir influencias de otras zonas, en especial de Teotihuacan, no hay duda de que la alfarería de occidente tiene personalidad inconfundible. Dado que —a diferencia de otras regiones de Mesoamérica— aquí no se emplearon moldes, cuanto se produjo fue obra que salía individualizada de las manos del alfarero.

Al lado de una gran variedad de vasijas, sobresale el rico conjunto de figuras de plantas, animales, seres humanos e incluso de escenas de la vida diaria, o de ceremonias rituales. De ello hay numerosos ejemplos en la cerámica, finamente pintada, de Nayarit y Jalisco. A su vez, del clásico en Colima pueden recordarse también las representaciones de músicos y bailarines, personajes deformes, guerreros, jefes, ancianos, mujeres realizando diversas tareas, parejas que se hacen el amor, aguadores, cargadores, escultores, tejedores y asimismo las efigies en barro de los propios alfareros.

Acerca de las creencias religiosas de los diversos pobladores de la zona de occidente durante el periodo clásico, es también muy poco lo que hasta ahora se sabe. Cabe citar únicamente hallazgos de representaciones de deidades con los atributos de Huehuetéotl, “el dios viejo”, de la diosa madre y de la divinidad de la lluvia. El culto a los muertos y la idea de una supervivencia en el más allá se nos muestran en las tumbas, bastante frecuentes en la zona. En algunas de ellas, sobre todo en el valle de Colima, junto con otras ofrendas, han aparecido repre-

sentaciones en barro de perrillos, los famosos *xoloitzcuintli*. Su presencia, al lado del muerto, ha sido interpretada a veces en términos de la creencia, vigente en el Altiplano central, de que quienes morían debían ir al más allá acompañados por un perrillo.

En resumen —aun cuando el clásico no alcanzó en esta área el desarrollo que tuvo en otras de Mesoamérica— puede decirse, en cambio, que gracias a la gran variedad de representaciones en su rica cerámica, nos es dado entrever algo de lo que fue el existir cotidiano de quienes allí vivieron. Y no hay que desechar, por otra parte, la posibilidad de nuevos y tal vez reveladores descubrimientos cuando se incrementen las investigaciones arqueológicas en esta tan extensa zona.

El esplendor clásico de los mayas

Fueron probablemente los distintos pueblos de cultura y lenguas mayanses los que alcanzaron, en muchos aspectos, el más elevado desarrollo durante el periodo clásico en Mesoamérica. Como un reconocimiento de su gran capacidad creadora se les ha llegado a atribuir el título de “griegos del Nuevo Mundo”. Al ocuparnos ahora de lo que llegó a ser el florecimiento clásico de los mayas en el extenso ámbito geográfico abarcado por ellos, aunque obviamente nos mantendremos dentro de los límites de la civilización mesoamericana, habremos de rebasar, en cambio, las fronteras de lo que hoy es México. Como vamos a verlo, el esplendor clásico maya se hizo realidad en los actuales estados de Chiapas, Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo, así como en Guatemala, Belice y algunas porciones del occidente de Honduras.

Desde dos puntos de vista puede describirse la gran zona habitada por los mayas. Por una parte cabe hablar de tierras altas y bajas. Por otra se suelen establecer tres divisiones regionales: del sur, del centro y del norte. Aquí tomaremos en cuenta uno y otro criterios.

En la región sur se hallan las tierras altas. Estas, con elevaciones que van de los 400 a más de los 4 000 m, se localizan básicamente a lo largo de la Sierra Madre de Chiapas y de los Andes Centroamericanos y sus estribaciones. Esta gran cadena de montañas, con un cierto número de mesetas, constituye una especie de semicírculos que va del oeste, al sur y sureste. Atributos de las zonas altas son la intermitente actividad de sus volcanes, varias cuencas lacustres, bosques de coníferas, un ciclo de lluvias entre mayo y octubre, un clima que llega a ser bastante frío en invierno.

En la vertiente al Pacífico, esta región abarca también una planicie o faja costera. El interés de la región sur —tanto la costa como las tierras altas— proviene de que allí tuvo lugar un temprano florecimiento, antecedente del esplendor clásico maya. Recordemos, por ejemplo, los logros en sitios como Izapa todavía durante el preclásico. Más tarde, en las tierras altas, donde hasta hoy viven grupos mayas como los tzeltales, tzotziles, quichés, cakchiqueles, mames, kekchís y pokomanes, las transformaciones del clásico sólo parcialmente se dejaron sentir. La región es también digna de atención por haber sido camino de penetración de algunos grupos de idioma náhuatl, procedentes del centro de México en los tiempos que siguieron a la ruina de Teotihuacan.

La región del centro comprende las tierras bajas en la gran cuenca del río Usumacinta con lo que hoy se conoce como departamento del Petén, al norte de Guatemala; las tierras vecinas, desde Tabasco hasta el sur de Campeche y de Quintana Roo; Belice y el occidente de Honduras. Esta región, con salidas al Golfo y al Caribe, se caracteriza por ser en buena parte una sabana o llanura, con sólo algunos montes bajos. También hay en ella varios lagos como los de Petén Itzá e Izabal en Guatemala. Existen en la región extensas superficies cubiertas por selva de tipo tropical. Además del Usumacinta, corren en ella otros ríos como el Lacantún, el Hondo, el Belice y el Motagua. En general, el clima es húmedo y caliente.

En la región central ocurrió el inicio del clásico maya probablemente desde el siglo III d. C. Allí, entre los ancestros de los actuales grupos mayenses —los chontales, choles, lacandones, chortís y mopanes— el desarrollo de esta civilización llegó a sus más altas cimas. Ello es evidente en los grandes centros que allí se edificaron, en el gran número de estelas con inscripciones, en la precisión de los cómputos calendáricos y, en una palabra, en el conjunto de las creaciones descubiertas por los arqueólogos.

Finalmente, la región norte está formada por la mayor parte de la península de Yucatán. En otras palabras, aproximadamente a partir de la laguna de Términos y de la bahía de Chetumal hacia el norte. Desde el punto de vista geográfico esta región se caracteriza por ser una llanura caliza, muy porosa y de escasa elevación. Fuera de los montes o colinas Puuc al noroeste no existe sistema montañoso alguno. Tampoco hay corrientes fluviales. Son de notarse, en cambio, los cenotes, vocablo derivado del maya dzonot, “hondonada, abismo”. Los cenotes son agujeros circulares, a veces bastante profundos, formados por el desmoronamiento de cuevas o fallas subterráneas. En los cenotes aflora el agua de llu-

via filtrada a través de la superficie porosa de la tierra. Por ello, en torno a los cenotes prosperaron muchas veces los centros de población.

Los grupos indígenas que hasta hoy habitan esta región hablan el maya yucateco. Conviene destacar asimismo que en esta porción norte de la gran zona maya la influencia del Altiplano de México se dejó sentir mucho más que en la región central y ello en distintos momentos. Añadiremos que, en tanto que la mayor parte de los establecimientos del ámbito central quedaron abandonados al fin del clásico, muchos subsistieron y aun se renovaron en la región norte.

Fuentes para estudiar la cultura maya

Son relativamente abundantes las fuentes y testimonios que se conservan. No significa ello que su esclarecimiento sea siempre fácil. Primer lugar ocupa el gran conjunto de hallazgos logrados por los arqueólogos. Tales descubrimientos están sobre todo ligados con los múltiples centros o recintos sagrados que han sido objeto de investigación. Para dar una idea del número de estos centros, diremos que son varios centenares los hasta ahora conocidos y de considerable importancia a lo largo del clásico.

De entre la amplia variedad de hallazgos tienen lugar especial las inscripciones en estelas y otros monumentos, e incluso en objetos como determinadas piezas de cerámica. Además de la extraordinaria abundancia de inscripciones, sólo en parte descifradas, consta también de la existencia de libros y códices desde este periodo. En ellos los sacerdotes y sabios consignaban sus conocimientos religiosos, calendáricos, históricos y sobre otros temas. Aunque sólo se conservan tres códices mayas prehispánicos —procedentes del periodo posclásico— conviene hacer en este punto dos consideraciones. Por una parte en esos tres códices, de los que nos ocuparemos más adelante, hay no pocos elementos culturales heredados del periodo clásico por lo que son de interés para el estudio del mismo. Por otra, un descubrimiento arqueológico nos confirma la existencia de libros semejantes desde el periodo que aquí nos interesa. Se trata del hallazgo realizado en El Mirador, Chiapas, de uno de estos manuscritos. Su contenido desgraciadamente no ha podido estudiarse por el estado de solidificación en que se halla, cual si fuera un bloque a modo de ladrillo. Esperemos al menos que, gracias al desarrollo de la técnica, podrá encontrarse algún método que permita bien sea la separación de las diecisiete páginas o capas que contiene o alguna forma de reproducción de lo que en ellas está pintado.

Testimonios, asimismo de gran interés, en ocasiones relacionados con creencias y aun acontecimientos del clásico, son los varios escritos, tardíamente redactados en lenguas mayenses por indígenas que sobrevivieron a la conquista española y que muchas veces preservaron tradiciones de considerable antigüedad. Como ejemplo mencionaremos los libros de *Chilam Balam*, procedentes de Yucatán, Quintana Roo y Campeche, así como el *Popol Vuh* del área guatemalteca. Finalmente son también fuente de información las obras de algunos cronistas españoles del siglo XVI.

La existencia de esta variedad de testimonios, en especial los grandes hallazgos de la arqueología que han abierto el camino para la restauración de los centros mayas, sus edificios, pinturas, estelas, cerámica y otras creaciones, permite entrever algo de lo que fue el esplendor cultural de quienes habitaron esta vasta zona de Mesoamérica.

Los comienzos del clásico maya y la “cuenta larga”

Según parece, los inicios del clásico entre los mayas deben situarse hacia 300 d. C., o un poco antes cuando existen ya en la región central inscripciones calendáricas según el complejo sistema de la “cuenta larga”.

Como ya lo vimos, aunque este sistema comenzó a desarrollarse en el área olmeca (recuérdese la estela C de Tres Zapotes) y también en el preclásico, por el rumbo de Chiapa de Corzo (estela 2, con una fecha equivalente a 36 a. C.), fue en la región central de la zona maya donde alcanzó su mayor perfección. Brevemente diremos que el sistema de la cuenta larga consistía en computar el tiempo inscribiendo, con sus correspondiente número y jeroglífico, los varios ciclos que habían transcurrido. Los ciclos que debían tomarse en cuenta eran estos: *kin* (día); *uinal* (20 días); *tun* (año o suma de 18 uinales = 360 días); *katun* (20 *tunes* o años); *baktun* (20 *katunes* o, computado en días = 144 000).

Los mayas inscribían en sus estelas, en orden decreciente, de arriba a abajo, los distintos ciclos transcurridos, tomando siempre como punto de referencia en sus cómputos una especie de remoto principio de su cronología situado, en términos de nuestro calendario, 3 113 a. C. Tal fecha, al decir de algunos investigadores, era posiblemente la que asignaban los mayas al inicio de la actual edad del mundo y de su nuevo sol. El sistema de la cuenta larga se perfeccionó con la elaboración de fórmulas de ajuste y corrección. Así, gracias a ello, pudo computarse la duración del año astronómico con asombrosa precisión: un diezmilésimo

más cerca que en el caso del calendario gregoriano. Añadiremos, finalmente, que tal sistema era como columna vertebral con la que debían correlacionarse todas las otras formas de medición cronológica.

Entre las inscripciones más antiguas de la región central, expresadas con la precisión de esta cuenta, recordaremos la llamada “placa de Leyden” (por haberse llevado a tal lugar de Holanda), encontrada cerca de Puerto Barrios, en la costa guatemalteca del Caribe. Ostenta ella una fecha correspondiente a 320 d. C. A su vez la estela 9 de Uaxactún, en El Petén (Guatemala), registra un cómputo que equivale al 9 de abril de 328 d. C. En fin debemos citar el hallazgo de la estela 29 de Tikal, también en El Petén, erigida, según su inscripción, en 292 d. C. Obviamente la presencia de tales registros calendáricos, inscritos en estelas de sitios diferentes, implica —como ya lo dijimos— que tanto la cuenta larga como el arte de la escritura mayas se fueron elaborando, tras aceptarse probablemente la influencia de otras áreas culturales mesoamericanas, en tiempos más antiguos, desde la etapa formativa o preclásica.

Los arqueólogos distribuyen el clásico maya en dos épocas: temprana o “Tzacol” (300-600 d. C.) y tardía o “Tepeuh-Puuc” (600-900 d. C.). Veamos a continuación cuáles fueron, durante ambas épocas las más sobresalientes creaciones de los mayas en las distintas regiones que habitaron.

La agricultura y el desarrollo de los mayas

El desarrollo de esta cultura, estuvo condicionado en alto grado por las posibilidades y medios de aprovechamiento de los recursos naturales, en especial de aquellos de los que dependía la subsistencia. De modo general puede decirse que buena parte de las tierras altas y bajas dentro de esta zona lejos estaban de constituir un medio ideal para la agricultura. Los mayas la practicaron, sin embargo, en una forma que hoy se reconoce, cada vez más, como muy adecuada. Nos referimos al llamado sistema de roza que consiste en limpiar o desmontar un área determinada, quemando luego los árboles y yerbas que se han cortado para fertilizar el mismo terreno. Así, en el momento adecuado puede procederse allí a la siembra. Ésta, que será de maíz, calabaza, frijol o chile, podrá repetirse en ese sitio tan sólo durante un cierto número de años. La razón de ello es que la milpa o sementera cultivada varias veces, comienza a cansarse, es decir a ofrecer escaso fruto.



Era necesario buscar entonces otro lugar para iniciar allí de nuevo el proceso de la roza, desmonte y quema.

El sitio que había sido abandonado había producido tal vez por diez años consecutivos en las tierras altas; o por sólo dos en las áreas bajas del centro y norte. Ahora bien, en todos los casos las tierras tenían que descansar para recobrar un cierto grado de fertilidad. Y también en esto había diferencias: en las tierras altas bastaba una interrupción de cinco años; en la región del Petén —la más favorecida desde otros puntos de vista, como el de la abundancia de agua— se requerían de cuatro a siete, y en el norte yucateco —con su superficie caliza— de quince a veinte años. Tal vez estos datos ayuden a comprender tanto la necesaria y frecuente movilidad de los mayas, requeridos a encontrar nuevas tierras de cultivo, como el hecho de que fuera la región central la más propicia para el desarrollo de su cultura.

La región sur

Vimos, al ocuparnos de Teotihuacan, que dicha metrópoli ejerció considerable influencia en sitios como Kaminaljuyú, en la región sur, dentro de las tierras altas de Guatemala. Allí la presencia de gentes portadoras de elementos provenientes del Altiplano mexicano, confirió a los habitantes nativos de origen mayanse atributos que para siempre los distinguieron de sus hermanos de las tierras bajas. Así, por ejemplo, sus centros de culto, y las representaciones de dioses más nos recuerdan los del ámbito teotihuacano que los del mundo maya. Por otra parte, curiosamente, aun cuando en esa región sur, desde fines del preclásico se había introducido una incipiente forma de cómputos al modo de la cuenta larga, con el advenimiento de la influencia de Teotihuacan, dicho sistema quedó en total desuso.

Podemos anticipar, por otra parte, que esta misma región sur, había de ser más tarde objeto de otras formas de penetración. Sus habitantes, algún tiempo después del fin del clásico en Teotihuacan, entrarían en contacto con grupos de pipiles o “nobles” de idioma náhuatl a los que oportunamente volveremos a referirnos.

La región central

Si bien con muchas limitaciones, algo es lo que conocemos sobre la evolución cultural maya en la región central, donde florecieron mu-



chos centros cuyos vestigios dan testimonio del extraordinario esplendor que tuvo allí el periodo clásico. Tan numerosos fueron esos centros que pretender una mera descripción de los principales exigiría un estudio especial. Nos limitaremos, por tanto, a una visión de conjunto que nos ayude a percibir el tipo de cambios y creaciones culturales que allí se produjeron.

Algunas de las que habían sido comunidades de escasa importancia, establecidas en el área del Petén, en la cuenca del Usumacinta o en la del Motagua, en Honduras, empezaron a transformarse. Su desarrollo se vio influido por la aplicación de las técnicas agrícolas a las que nos hemos ya referido. El aumento de población se volvió cada vez más notorio. Cabe pensar que se fueron consolidando más complejas formas de organización social, política, económica y religiosa. El grupo de los nobles, al que pertenecían los sacerdotes, gobernantes, sabios y jefes guerreros, ejercía ya gran prepotencia sobre la masa del pueblo dedicado sobre todo a las labores agrícolas. En tal contexto cultural, las influencias procedentes del exterior —sobre todo el área de Izapa y región de Veracruz-Tabasco— iban a ser factor de fecundación que fructificó al fin en creaciones que cuentan entre las más notables de Mesoamérica.

Imaginemos a vuelo de pájaro, lo que era la gran superficie de tierras bajas, cubiertas en gran parte por selva tropical. Sobre todo en las inmediaciones de los ríos o de algunos lagos, abundaban ya las extensiones desmontadas para dar lugar a la agricultura. En tanto que muchas de ellas eran objeto de cultivo, otras, agotada su fertilidad, descansaban durante un cierto número de años. En las inmediaciones de los grandes conjuntos de tierras taladas en la selva comienzan ya a surgir las edificaciones de los centros mayas. Están formados éstos por construcciones debidamente planificadas que incluyen distintos basamentos, estructuras piramidales con templos y santuarios, palacios, juegos de pelota, todo ello en torno a plazas y calzadas. Allí se celebraban las fiestas y ceremonias rituales, de acuerdo siempre con las medidas del tiempo. Allí residían los guardianes de los templos y palacios y también, al menos por lapsos determinados, los más altos dignatarios, sacerdotes, jefes guerreros y gobernantes. En los alrededores inmediatos, solía haber otras edificaciones frecuentemente residencia de nobles mientras que en un contorno más amplio estaban las chozas de materiales perecederos, tal vez en pequeños agrupamientos, donde vivía la gente del pueblo.

Una imagen como ésta debieron ofrecer —con sus variantes locales— los centros mayas de los que hoy conocemos las ruinas en aban-

dono o la moderna restauración de sus vestigios. Recordemos a Tikal, la fundación más importante en el Petén, que llegó a tener los templos y pirámides más elevados en todo el ámbito maya. En Tikal, como ya lo dijimos, se ha descubierto la estela maya de fecha más antigua: 292 d. C. A no dudar este gran centro alcanzó considerable influencia en una vasta región. Muchas fueron las estelas que allí se erigieron. Las inscripciones son asimismo frecuentes en altares, dinteles y en otros elementos arquitectónicos.

Se ha discutido si puede o no adjudicarse a centros como éste el atributo de haber sido una auténtica ciudad. La mayoría de los arqueólogos rechaza tal designación. Por nuestra parte pensamos que, en realidad, fundaciones o establecimientos como el de Tikal no difieren tan radicalmente, como se supone, de lo que se entiende por una ciudad. ¿No están constituidas éstas, incluso en la actualidad, por un centro donde se yerguen las edificaciones de carácter religioso y civil, que no son obviamente lugar de residencia de la mayoría de la población que, a su vez, vive en torno o en las afueras, a veces en lugares bastante alejados y aun con cierta dispersión?

Dentro del área del Petén hubo otros centros también con extraordinario florecimiento. Entre ellos sobresale Uaxactún, al norte de Tikal. Ambos ejercieron, desde el clásico temprano, notoria influencia en otros lugares dentro de la región central y también de la noroesteña, o sea en la porción septentrional de Yucatán. Citaremos el caso de Kalahmul en Campeche, el recinto maya donde se ha descubierto el mayor número de estelas con inscripciones. Interesante indicio de contactos e intercambios son los caminos, o sacbé que se construyeron en esta región probablemente desde el clásico tardío. Algunos de esos caminos conectaban a Uaxactún con otros centros del Petén y aun de fuera de éste.

Pasando ahora al área del río Motagua, en la zona fronteriza entre Guatemala y Honduras, encontramos los importantes centros de Copán y Quiriguá. Sin atenuar las semejanzas que cabe percibir entre estos y otros del mundo maya, pueden destacarse también algunas significativas diferencias. Ni en Copán ni en Quiriguá, que probablemente fue una ciudad dependiente de la anterior, se edificaron pirámides o templos tan elevados como los de Tikal. Las construcciones, generalmente hechas con piedras finamente talladas, hacen pensar que sus arquitectos se preocuparon por lograr, en cambio, espacios interiores más amplios. En Copán y Quiriguá son numerosas las esculturas, con representaciones de personajes y deidades que aparecen incorporadas a las estelas. En Copán hay asimismo extraordinaria riqueza de ins-

cripciones. Recordemos la escalera que conduce a la llamada Acrópolis, cuyos sesenta y tres peldaños están cubiertos por textos jeroglíficos.

En relación con Copán añadiremos que fue allí donde probablemente las medidas del tiempo alcanzaron su máximo desarrollo. El estudio de varias inscripciones ha llevado a precisar que, hacia 682 d. C., en Copán se había avanzado considerablemente en las mediciones de los ciclos de la luna. Algo posterior es la inscripción con base en la cual conocemos la duración que se asignó allí al año solar. Los sabios de Copán, cuyas efigies se recuerdan probablemente en los bajorrelieves de un altar, acertaron en sus cálculos en un diezmilésimo más que el sistema gregoriano que hasta hoy nos rige.

Otra área, también con múltiples vestigios arqueológicos, dentro de la región central, es la cuenca del río Usumacinta en territorio de Guatemala, Chiapas y Tabasco. Entre los principales centros sobresalen —en las márgenes del río— Yaxchilán (Chiapas); Piedras Negras (Guatemala) y, algo más alejados, Bonampak, Palenque y Toniná. Es interesante destacar que algunas estelas y dinteles, tanto de Yaxchilán como de Piedras Negras, ostentan elementos de procedencia teotihuacana, entre otras cosas efigies de Tláloc y representaciones del signo del año, al modo del Altiplano en el periodo clásico. Aun cuando mucho queda aún por explorarse en esta área, bastante es lo que han revelado ya los trabajos realizados en Piedras Negras, Palenque y Bonampak y en menor grado en Yaxchilán. El estudio de varios bajorrelieves con figuras humanas, que aparecen al lado de inscripciones en dinteles de este último sitio, ha permitido conocer los nombres y actuaciones de algunos principales jefes. Como un ejemplo diremos que consta así de la existencia de los miembros de una especie de dinastía, llamada de “los jaguares”, que participó en diversas guerras de conquista hacia mediados del siglo VIII d. C.

Palenque es muestra elocuente de lo que llegó a alcanzar el refinamiento cultural de los mayas. Entre sus edificaciones, construidas a mediados del siglo VII d. C., destacan el Palacio, los templos del Sol, de la Cruz, de la Foliada y de las Inscripciones. En el interior de este último fue donde se halló la célebre “cripta del sarcófago” con el entierro de un noble palencano, muerto hacia principios del siglo VIII d. C. El arte de Palenque es rico en representaciones de diversos personajes y de él se ha dicho que constituye testimonio de auténtico sentido humanista maya. El máximo florecimiento de este centro debe situarse en el clásico tardío. De hecho sus inscripciones ostentan fechas que corresponden a tal época.

Bonampak, aunque es un centro mucho menor, tiene el atractivo de sus pinturas murales, que cuentan entre las más extraordinarias y mejor conservadas del mundo maya. En ellas, al igual que en varias estelas y bajorrelieves de otros lugares, sobresalen escenas guerreras e imágenes de lo que era la suerte de los vencidos. La existencia de estos testimonios ha desvanecido la hipótesis, gratuitamente formulada antes, de que los mayas del clásico fueran un pueblo pacífico. A la par que hay indicios de que hubo entre algunas ciudades mayas ciertas formas de confederación, consta que no escasearon los enfrentamientos bélicos y los intentos de imposición del más fuerte.

La región norte

Hemos mencionado tan sólo algunos de los centros más importantes en la región central. De parecida forma atenderemos ahora a los que se fundaron en el ámbito yucateco por excelencia. Respecto de estos centros prevaleció por mucho tiempo la creencia de que se trataba de establecimientos considerablemente más tardíos. Llegó a hablarse —aplicando ingenuamente una periodización semejante a la adoptada para el antiguo Egipto—, de un supuesto “viejo imperio”, que había florecido en las ciudades de la región central, y de un “nuevo imperio”, en el que, tras el abandono de dichas ciudades, surgieron nuevas fundaciones en el norte yucateco.

Con apoyo en la arqueología podemos afirmar ahora que, incluso desde el clásico temprano, hubo ya establecimientos de cierta importancia en el extremo norte de la península. Tal es el caso de los centros de Dzibilchaltún, situado a unos cuantos kilómetros al sur del puerto de Progreso; de Acanceh, cerca de Mérida, y de Cobá, hacia las costas del Caribe. Sin embargo, en tanto que ulteriores exploraciones ofrezcan mayores noticias sobre la primera época del clásico en esta área, parece pertinente circunscribirse a lo que conocemos respecto de la época tardía —a partir del año 600 d. C.— cuando el esplendor clásico fue allí más visible.

Al tratar de esta región distinguen los arqueólogos algunas subáreas. Hablan así de la de Río Bec, que colinda con el extremo norte del Petén. En ella hay numerosos centros, entre los que destacan los de Becan, Río Bec, y Xpuhil. Por sus características. Los centros del ámbito de Río Bec recuerdan, aunque con menores proporciones, a los del Petén.

Al noroeste de esta subárea está la de los Chenes, en territorio de Campeche. Sus centros se distinguen por la decoración bastante re-

cargada que ostentan sus templos. Mencionaremos como muestra, a Hochob y Santa Rosa.

Subárea de gran interés es la designada con el nombre de *Puuc*, “sierra” en lengua maya, que se localiza en las cercanías de las únicas elevaciones que hay en la península. Allí se edificaron recintos de gran importancia que, a diferencia de lo que sucedió con los de la región central, habrían de tener vida y pujanza permanentes hasta los tiempos de la conquista española. Entre los principales están Uxmal, Labná, Kabah y Sayil. Considerado como centro fuera de la subárea Puuc, pero vinculado a ella, floreció Chichén-Itzá.

El estilo Puuc ostenta marcada fisonomía en la cerámica, la arquitectura y otras formas de creación. Comparando, por ejemplo, las edificaciones Puuc con las de Tikal, tanto los templos como los palacios, encontramos que, a diferencia de la metrópoli del Petén, predomina ahora la línea horizontal. Las construcciones Puuc casi nunca alcanzan considerable elevación. Entre los motivos ornamentales más frecuentes están las grecas escalonadas. Las columnas proliferan, muchas veces sin tener una auténtica función, es decir a modo de adorno. El dios de la lluvia, el Chaac de los mayas, así como serpientes estilizadas, suelen aparecer en los frisos de templos y palacios. Como muestras de esta arquitectura mencionaremos el llamado “Cuadrángulo de las Monjas”, o sea el gran Palacio de Uxmal, formado por cuatro edificios rectangulares en torno a un patio interior. Asimismo obras maestras, también en Uxmal, son el Palacio del Gobernador y las Pirámides del Adivino; la llamada “Casa de la estera enrollada” en Kabah y el célebre arco de Labná, así como los palacios que pueden contemplarse allí mismo y en Sayil.

Acerca de Chichén-Itzá, cuya vida habría de mantenerse y enriquecerse también hasta los días de la conquista española, hay que decir que tuvo edificaciones influidas por el estilo Puuc. Entre ellas están el llamado Templo de los Tres Dinteles y la Casa Colorada. Si la práctica de erigir estelas con inscripciones calendáricas ha de considerarse como elemento característico del periodo clásico, añadiremos que en Chichén-Itzá se tallaron estas formas de escultura hasta casi fines del siglo IX d. C. Con apoyo en posteriores testimonios escritos en lengua maya sabemos también que menos de un siglo después, hacia 987 d. C., se dejó sentir allí la presencia de invasores procedentes, en última instancia, de la región del Altiplano central de México. Cuanto entonces ocurrió rebasa ya los límites del periodo clásico.

Creaciones más sobresalientes de los mayas

Antes de referirnos a la decadencia y final del clásico entre los mayas y en general en Mesoamérica, enumeraremos, a modo de resumen, los principales logros de esta cultura. Su desarrollo sería incomprensible si olvidáramos la realidad de una compleja organización económica, social y política. Cabe pensar en la existencia, entre los mayas, de estratos sociales y de formas de trabajo especializado. Aunque no parece que deba seguirse aceptando la hipótesis de una forma de gobierno estrictamente teocrática, en la que el sacerdocio tuviera el poder en exclusiva, no por ello ha de negarse la gran importancia que debió tener el aspecto religioso en la vida de los mayas. Prueba de ello la dan las múltiples representaciones de deidades en la cerámica, escultura, pintura y arquitectura. Sabemos además que el calendario maya regía, con un enfoque eminentemente religioso, todos los momentos en la existencia de la comunidad.

Por lo que toca a los dioses adorados por los mayas del periodo clásico, el estudio de gran número de inscripciones permite conocer a los más importantes y también lo que parece haber sido el núcleo de su pensamiento en relación con el universo. Deidad muchas veces representada, casi seguramente objeto de gran veneración, era el llamado más tarde por los mayas yucatecos Kinich Ahau, “señor del ojo solar”, el ser que gobierna el sol, el día, las edades cósmicas y, en una palabra, el tiempo. En los códices Kinich Ahau se identifica muchas veces con Itzamná, deidad suprema, a la que se atribuyen sabiduría y distintas creaciones. A su vez Itzamná formaba una pareja con la diosa Ix Chel, patrona de las artes, la medicina y los partos. Esta diosa femenina era invocada de múltiples formas, como diosa de la luna, Ix Ch’up; como joven señora de la tierra y con otros varios títulos. Según parece, hubo también entre los mayas —como fue el caso de otros pueblos de Mesoamérica— la creencia de que todo procedía, en última instancia de un supremo dios con rostro masculino y femenino, pareja que engendra y concibe la realidad del universo.

Otros dioses, presentes en la simbología y objeto de intenso culto, eran Chaac, el dios de la lluvia, equivalente a Tláloc del Altiplano; Ek Chuah, protector de los mercaderes; Yum Kimil, dios de los muertos; Yum Kaax, señor de las sementeras y del maíz, así como los cuatro Bakabes que sostenían al mundo en los cuatro rumbos del mismo.

La tierra, que así recibía apoyo, se concebía como dividida en cuatro grandes sectores, orientados hacia los distintos rumbos del universo.



Arriba se extendían los trece pisos celestes, con sus correspondientes deidades; abajo los nueve pisos inferiores con sus propios dioses, representados, según parece, entre otros sitios, en la cripta del sarcófago de Palenque.

Papel de suma importancia se concedía a los cómputos calendáricos. En función de las medidas del tiempo normaban los mayas su propia existencia. Así podían conocer la llegada de las fechas propicias, las fiestas donde se celebraban los distintos rituales religiosos, los tiempos de siembra y también los destinos de cada uno de los seres humanos.

Más allá de lo estrictamente religioso, pero siempre en relación con ello, la cultura del periodo clásico logró expresiones extraordinarias como algunas de las ya mencionadas al hablar de los principales centros de las distintas regiones. A modo de síntesis recordaremos que entre las creaciones de mayor interés —visibles hasta hoy en los recintos explorados y restaurados por los arqueólogos y también en algunos museos— están las de su arquitectura, escultura, incluyendo las estelas, pintura mural, tallado de piedras preciosas, rica cerámica, conocimientos astronómicos, calendáricos, visión del mundo y desarrollo de un sistema de escritura hasta hoy sólo en pequeña parte descifrado.

El fin del periodo clásico

Como hemos visto, el desarrollo clásico principió en la zona maya hasta el siglo III d. C., es decir algún tiempo después que en otras regiones de Mesoamérica. Recordemos que el inicio de las grandes transformaciones había ocurrido en Teotihuacan desde los comienzos de la era cristiana y en Monte Albán desde fines del siglo I d. C. Ahora bien, en la duración de este periodo de gran florecimiento en Mesoamérica ocurrió algo semejante: Teotihuacan quedó abandonada hacia 650 d. C.; Monte Albán cayó en franca decadencia hacia 800 d. C., en tanto que el colapso de los centros mayas no ocurrió sino hasta entrado ya el siglo X.

A modo de indicador de los comienzos del clásico maya se ha tenido la erección de las primeras estelas con inscripciones calendáricas según el sistema de la cuenta larga. Paralelamente, la interrupción definitiva de dicha práctica y el olvido de esa forma de tan precisos cómputos del tiempo se han considerado como síntoma que marca el término de este periodo de esplendor. Gracias al estudio de las inscripciones, sabemos que paulatinamente, entre los años 800 y 928 d. C., se dejó de erigir estelas en los distintos recintos, tanto de la región central como del norte yucateco.

El acabamiento del clásico significó en muchos lugares el total abandono de los antiguos centros o ciudades. De manera semejante a lo que, siglos antes, había ocurrido en Teotihuacan, todas las fundaciones que habían florecido en la región maya central (cuenca del Usumacinta, el Petén, cuenca del Motagua...), una tras otra, como obedeciendo a un destino inexorable, quedaron deshabitadas y en vías de convertirse en ruinas. Menos dramático fue el final del clásico en otros sitios de las regiones sur y norte del mundo maya. Aun cuando en ellas lograron sobrevivir antiguos establecimientos, la existencia de los mismos se alteró hondamente. La arqueología ha encontrado allí indicios de franca decadencia. Otros hallazgos y el testimonio de algunas fuentes escritas revelan la presencia de grupos, de un modo o de otro invasores, algunos venidos desde el Altiplano central de México.

Al ocuparnos del fin del clásico en Teotihuacan tocamos ya el tema de las posibles causas de la desintegración que allí se produjo. Obviamente, también respecto de lo que ocurrió en la zona del Golfo, en Oaxaca, y en particular en el ámbito maya, cabría formular preguntas semejantes y aún más amplias, en cuanto referibles al conjunto de crisis que determinaron el acabamiento de este esplendor cultural en toda Mesoamérica. Nuestra intención no es, sin embargo, aventurarnos en nuevos intentos de explicación. Preferimos recordar tan sólo lo que han propuesto algunos investigadores para dar lugar, en seguida, a una última reflexión crítica.

A juicio de algunos, el colapso del clásico pudo haberse iniciado ante la incapacidad de satisfacer las demandas de una población creciente, que sólo disponía de limitadas técnicas agrícolas y, en general, de no evolucionadas formas de producción. Hipótesis, hasta cierto punto opuesta, es la que postula la aparición de una serie de epidemias que fueron diezmando a los habitantes de los centros clásicos. Que haya habido, por otra parte, alteraciones y aun enfrentamientos entre distintos sectores de la sociedad o antagonismos de índole religiosa o presiones procedentes del exterior, son otras tantas formulaciones, aisladas o combinadas, concebidas una y otra vez en busca de la deseada respuesta.

Por encima de tales hipótesis sabemos con certeza que, entre mediados del siglo VII y fines del IX, la civilización clásica de Mesoamérica, en sus distintas variantes, entró en honda crisis y, en ámbitos determinados, en vías de total desintegración. Por otra parte, debemos añadir que procesos históricos hasta cierto punto semejantes nos son conocidos a la luz de la historia universal. Cabe recordar la ruina de civilizaciones como las de Egipto y Mesopotamia, la del valle del río Indo o, para aducir otro ejemplo más cercano, la del imperio y cul-



tura que llegaron a forjar los romanos. Para comprender los antecedentes y causas de lo que ocurrió en casos como estos se dispone muchas veces de fuentes escritas.

Respecto del periodo clásico en Mesoamérica han llegado hasta nosotros sobre todo vestigios arqueológicos. En el caso de la zona maya contamos además con el conjunto de sus inscripciones. Si al fin se logra descifrar esa escritura, será quizás posible leer algunos textos, incluidos en las estelas más tardías o en otros monumentos, y encontrar allí tal vez más de un testimonio acerca de lo que entonces ocurría. Eventualmente alguno de esos testimonios o la suma o confrontación de varios, dará la clave para esclarecer lo que hasta hoy se nos muestra como un enigma. En tanto que el requerido desciframiento pueda convertirse en realidad, sólo nos resta afirmar que sabemos al menos que el fin del clásico no significó a la postre la muerte de la alta cultura y la civilización en Mesoamérica. La prueba nos la dará cuanto vamos a estudiar en relación ya con el periodo posclásico.

4. EL POSCLÁSICO TEMPRANO: SIGLOS X-XII. ANTECEDENTES, GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS TOLTECAS

Como en el caso de los periodos anteriores, también en el posclásico cabe distinguir épocas distintas. Se habla así de un posclásico temprano (siglos X-XII) y de uno reciente (siglo XII hasta 1521). En este último —según veremos— cabe señalar un lapso o etapa de transición, que designaremos con el nombre de posclásico medio, entre 1200 y 1325.

Al estudiar hoy las realidades culturales a lo largo de la primera de estas etapas, habremos de atender de manera especial a la prepotencia y nueva forma de irradiación que alcanzaron entonces en Mesoamérica los habitantes del Altiplano central. Sin embargo, no por ello perdaremos de vista el desarrollo cultural de otros grupos en las diferentes regiones de Mesoamérica, y aun de fuera de ella, específicamente en el norte de México.

Dado que en el área central de Mesoamérica el periodo clásico se aproximó a su fin hacia mediados del siglo VII, será necesario volver la atención a lo que allí ocurrió tras la desintegración teotihuacana, es decir a lo largo de los siglos VIII y IX. Durante ese lapso, que antecede todavía al posclásico, alcanzaron considerable significación —según habremos de verlo— los centros de Cholula, Xochicalco y, hacia el rumbo veracruzano, El Tajín.

Rasgos más sobresalientes del posclásico

Consideramos pertinente destacar desde luego algunos rasgos y elementos que justifican por qué se habla de la iniciación de un periodo diferente. Un primer factor, muy importante, fue la penetración en Mesoamérica de distintos grupos a partir sobre todo del colapso teotihuacano. Casi seguramente hubo numerosos enfrentamientos entre los recién llegados y los habitantes de comunidades sedentarias donde, en diversos grados, subsistían las instituciones de alta cultura. Se iniciaron así nuevos procesos de aculturación y fusión étnica y lingüística.

Entre las consecuencias de lo anterior deben destacarse los ulteriores movimientos y reacomodos de pueblos no ya sólo en la región central sino en buena parte de Mesoamérica. Como ejemplo, mencionaremos el caso de grupos de origen teotihuacano que emigraron entonces a diversos sitios del sur de Veracruz, Chiapas, Guatemala, El Salvador y Nicaragua. A lo largo del posclásico, especialmente de su época temprana, los desplazamientos, reacomodos, procesos de aculturación y, en una palabra, las migraciones se sucedieron una y otra vez. Podemos decir que fueron fenómeno característico de los siglos que nos ocupan.

Otro rasgo del posclásico lo tenemos en el surgimiento de fuerzas unificadoras. Así a la par que ocurrían los cambios y reacomodos, nuevos factores de unificación hicieron posibles el nacimiento y consolidación de señoríos, estados poderosos y aun auténticos imperios. Tal fue el caso de lo que sucedió, primeramente, con Cholula, Xochicalco y El Tajín. Más tarde la unificación culminó a través de la nación tolteca en el área central; de la llamada “Liga de Mayapán”, en el norte yucateco, y de algunos señoríos, como el de Achiutla-Tilantongo, en el ámbito mixteco de Oaxaca. En tiempos posteriores —dentro ya del posclásico tardío— se sitúan los procesos de formación de nuevos estados, como el de Azcapotzalco y, finalmente, de lo que llegó a ser una peculiar forma de imperio, la creación política de los mexicas.

Atributo también del posclásico, comprensible en función de los cambios que hemos mencionado, fue un creciente militarismo. Vimos ya que es hipótesis gratuita suponer ausencia de guerras y enfrentamientos a lo largo del clásico. Así, sin caer en una falsa contraposición de lo que ocurrió en estos dos periodos, pensamos que hay base suficiente para afirmar que mayor importancia reclamaron ahora los asuntos bélicos y consiguientemente los caudillos militares.

La supervivencia de algunos señoríos que habían florecido en el clásico, y la aparición de nuevos estados, propiciaron el desarrollo de

formas tal vez más eficientes de organización política, social y económica. Entre otras cosas, el proceso de urbanización —la creación de pueblos y ciudades— pasó a convertirse en otro elemento característico del posclásico. Tanto en el Altiplano central, como en las costas del Golfo, en el área de Oaxaca y en la zona maya, paralelamente con el incremento demográfico, surgieron comunidades mejor organizadas, nuevos pueblos y ciudades. Culminaciones de tal proceso parecen haber sido Mayapan, en la región yucateca; Mitla y Zaachila en Oaxaca y, sobre todo, México-Tenochtitlan, en el Altiplano. Consta que los habitantes de tales centros estaban divididos en clases sociales. Al lado de los nobles y de la gente del pueblo en general, llegaron a tener papel de grande importancia grupos como los de los artesanos y mercaderes. Gracias a estos últimos se mantenía contacto e intercambio con lugares a veces muy apartados. También por obra de los mercaderes confluían a los centros urbanos toda clase de materias primas que más tarde eran allí elaboradas.

La introducción de la metalurgia es otro elemento que debe destacarse. Ello ocurrió como consecuencia de un lento proceso de difusión, por la vía de Centroamérica pero originado en el ámbito de las altas culturas andinas de América del Sur. Si bien, desde el periodo clásico hay indicios de algunas formas de explotación minera para la obtención de elementos como el cinabrio, en rigor la metalurgia no llegó a conocerse sino hasta el posclásico. Gracias a ella se enriqueció un tanto el instrumental técnico y sobre todo se produjeron, elaborados con metales preciosos, objetos suntuarios en provecho del culto religioso y del esplendor de la nobleza.

Entre los rasgos que suelen adjudicarse como característicos del posclásico, hay, finalmente, otro cuyo sentido debemos ponderar. Se ha dicho que es precisamente esta época la que se merece el calificativo de histórica. Como prueba se aduce que los testimonios de que disponemos —códices o libros de pinturas, textos indígenas en diversas lenguas, preservados antes por la tradición oral y relatos de cronistas posteriores— hacen referencia fundamentalmente a acontecimientos de los siglos del posclásico.

Por nuestra parte no pensamos que, por ello, se justifique circunscribir al posclásico el carácter de tiempo histórico. Recordemos que, al menos desde las últimas fases del preclásico, en áreas influidas por la cultura olmeca, y después con mucha mayor abundancia durante el clásico, sobre todo en la zona maya, hay testimonios históricos escritos. Las miles de inscripciones que se conocen incluyen muchas veces referencias calendáricas precisas a propósito de determinados acontecimien-

tos. El hecho de que muchas de esas inscripciones no hayan podido ser descifradas de manera completa no las priva de su carácter histórico. A mayor abundancia pueden citarse también distintos bajorrelieves —representación de personajes— que aparecen al lado de inscripciones, en dinteles y otros monumentos mayas, y que han permitido conocer los nombres y actuaciones de algunos principales señores de sitios como Yaxchilán.

Si no consideramos, por tanto, como rasgo exclusivo del posclásico la existencia de testimonios genuinamente históricos, reconocemos, en cambio, que son ciertamente más abundantes los que de él han llegado hasta nosotros, tal vez por la obvia razón de su mayor cercanía en el tiempo. Esto ha permitido —en el caso de este último periodo— estudiar con mucho mayor detalle los distintos acontecimientos y ofrecer múltiples noticias sobre personajes determinados, incluyendo, en ocasiones, testimonios específicos sobre sus producciones literarias y formas de pensamiento.

Tras habernos ocupado de las características principales del posclásico, nos fijaremos ya en la que era la situación prevaleciente, en el ámbito central, tras la desintegración de la metrópoli teotihuacana.

La región central en los siglos VIII y IX

No pocos grupos de origen teotihuacano subsistieron en diversos lugares del Valle de México y de fuera de él. Testimonio de esto nos lo da, entre otras cosas, la que se conoce como cerámica “Coyotlatelco”, por haberse encontrado primero en tal sitio, cerca de la ya abandonada Teotihuacan. Tanto esta cerámica, de color rojo sobre fondo amarillento, como las figurillas del mismo estilo Coyotlatelco, fueron espontánea evolución de lo que se produjo durante la última etapa de existencia teotihuacana. Este tipo de objetos ha sido descubierto entre las producciones propias de centros como Azcapotzalco, Oztotícpac, Coyoacán y Culhuacán.

Consta, por otra parte, que la ciudad y gran núcleo de atracción religiosa de Cholula se mantuvo bajo un gobierno integrado por teotihuacanos hasta principios del siglo IX. Allí durante el clásico, se habían edificado numerosos templos, así como las primeras estructuras que, superpuestas, fueron anticipo de la gran pirámide consagrada al culto de la serpiente emplumada. Ahora bien en las fronteras norteñas del antiguo estado teotihuacano la presión de distintos grupos continuaba siendo cada vez más intensa. Por otra parte, desde el rumbo del norte de



Oaxaca, de las tierras menos elevadas del sur de Puebla y del ámbito meridional de Veracruz, avanzaban también otras gentes que a la postre habrían de adueñarse de Cholula tras expulsar de allí a los teotihuacanos.

Los invasores —de diversas filiaciones lingüísticas, principalmente mixtecos y popolocas— se asentaron al fin en Cholula y allí imperaron desde 800 hasta cerca de 1 200. Por considerárseles procedentes en buena parte de la región que habían habitado los creadores de la antigua cultura olmeca, se designa al conjunto de estas gentes con el nombre de “olmecas tardíos” u “olmecas-xicalancas”, en razón de que su origen estaba hacia el rumbo de Xicalanco, en tierras de Tabasco. Entre los principales logros culturales que pueden atribuírseles están la última estructura de la principal pirámide cholulteca que se convirtió así en el monumento más grande del continente americano; el crecimiento planificado de la ciudad, así como su rica y finamente producida cerámica policromada con muchos diseños que recuerdan las pinturas de los códices mixtecos. Cabe añadir que estos olmecas tardíos, señores de Cholula, llegaron a ejercer vasta influencia y a dominar casi toda la altiplanicie de Puebla-Tlaxcala, diversos lugares del centro de Veracruz y otros de Oaxaca.

El establecimiento “olmeca tardío” en Cholula significó nuevo proceso de migración para los teotihuacanos allí residentes. Muchos de ellos penetraron entonces en tierras totonacas, por la zona de El Tajín, para continuar después hacia el rumbo de Los Tuxtlas, al sur de Veracruz. Grupos de estos antiguos teotihuacanos —conocidos ya con el nombre de *pipiltin* (“pipiles” o nobles)— prosiguiendo su marcha, alcanzaron el sur de Chiapas y varios sitios de Guatemala, El Salvador, Nicaragua y aun la península de Nicoya en la actual Costa Rica. La lengua que hablaban los pipiles era el náhuat. El hecho de que procedieran ellos, en última instancia, de Teotihuacan, ha dado mayor fundamento a la tesis de que por lo menos una parte de los antiguos pobladores de la Ciudad de los Dioses fueron de filiación lingüística nahua.

La cultura de los pipiles se había enriquecido con algunos elementos adquiridos por ellos durante su estancia entre las gentes de la zona de El Tajín. Nos referimos a su adopción y manufactura de objetos ceremoniales de los que ya tratamos en el capítulo anterior: las célebres “palmas”, “yugos” y hachas”. Tanto es así, que con base en la difusión de tales creaciones, han precisado los arqueólogos la ruta de dispersión y los asentamientos pipiles. En varios sitios, dentro ya de la región sur del mundo maya, cuando en ella perduraba aún el periodo clásico (hacia mediados del siglo IX y aún tal vez antes), ha podido detectarse así la presencia pipil. Ella está además atestiguada por al-

gunas producciones de cerámica de inspiración teotihuacana y más todavía por representaciones de dioses con características del Altiplano central como Xipe Tótec, el señor desollado; Ehécatl; el dios del viento, Tláloc, y Huehuetéotl, el dios viejo.

Ejemplos de lo anterior lo ofrecen varios sitios explorados en Santa Lucía Cotzumalhuapa y en sus alrededores, en la vertiente guatemalteca del Pacífico. Aun cuando es posible que, por la vía del comercio, algunos de tales elementos de la cultura teotihuacana hubieran llegado antes de la penetración pipil, hay prueba de que ésta ejerció allí honda influencia. Cosa parecida ocurrió a lo largo de la faja costera hasta Nicoya en Costa Rica.

De gran interés es añadir que la cultura nahua-pipil —circundada por grupos mayas y por otros como los de filiación chibcha en la frontera sur de Mesoamérica— perduró hasta los tiempos de la conquista española. De ello se conservan importantes testimonios que provienen ya del siglo XVI. Gracias a los mismos conocemos que los pipiles tuvieron centros ceremoniales; conservaron el calendario de 365 días y siguieron adorando a los mismos dioses que habían guiado en su marcha a sus ancestros.

El caso de las culturas de El Tajín y Xochicalco

Hemos tratado ya de las características de la zona de alta cultura de El Tajín durante el periodo clásico. Tenemos que añadir ahora que tanto ella como la que —según veremos— floreció en Xochicalco (Morelos), merecen ser descritas como núcleos de transición entre los tiempos del clásico y el posclásico.

Por lo que toca a El Tajín, con sus numerosos centros subordinados en los estados de Veracruz y parte de Puebla, la supervivencia se logró no obstante que allí ocurrieron también penetraciones y reacomodos de distintos pueblos. Al parecer, desde fines del siglo VII, llegaron oleadas de gentes descritas como “chichimecas”, en el sentido de menos desarrolladas culturalmente. Estos nuevos pobladores se mezclaron con los ya de antiguo establecidos y configuraron la fisonomía de la nación totonaca. Algo más tarde, la presencia de los pipiles, salidos de Cholula, hacia el año 800, fue nuevo factor de intercambio cultural en la región de El tajín.

Por la arqueología se sabe que, entre esa última fecha y la de 1 200, los totonacas dieron amplia prueba de su capacidad creadora como arquitectos, escultores, pintores y alfareros. Su impulso expansionista

los llevó, por otra parte, a someter vastos territorios del centro de Veracruz y áreas vecinas, así como a influir en el desarrollo cultural de muchos pueblos, entre ellos los pipiles, los olmecas tardíos, los de distintos señoríos huastecos y mixtecos, los de Xochicalco y los que, finalmente habrían de fundar la metrópoli de Tula.

Cabe anticipar —respecto del destino de los totonacas durante el posclásico tardío—, es decir más allá del año 1200 que se produjeron entre ellos considerable fragmentación política y debilitamiento en su desarrollo cultural. Ello hizo al fin posible que muchos señoríos totonacas sucumbieran en el siglo XV ante el gran poderío mexica y pasaran a convertirse en tributarios de México-Tenochtitlan. Tal fue lo que ocurrió en los conocidos centros de Cempoala, Quiahuiztlan, Mizantla, Papantla y otros.

Semejante hasta cierto punto, si bien con capacidad de expansión e influencia mucho menores, es el caso de Xochicalco. Situado en el actual estado de Morelos, a unos 40 km de Cuernavaca, este importante centro se edificó sobre las varias terrazas escalonadas construidas en un cerro. En su parte más alta se levantó el recinto sagrado por excelencia que llegó a tener a la vez probablemente el carácter de una fortaleza. La evolución cultural de Xochicalco, a través de distintas fases, arranca del periodo preclásico. En lo que toca a la etapa de transición (siglos VII-X) que aquí estudiamos, fue ésta precisamente la de su máximo esplendor. La arqueología ha revelado que allí se recibieron y asimilaron influencias de regiones tanto cercanas como muy alejadas, sobre todo tipo de mayanse, zapoteca, teotihuacano y de El Tajín.

Entre los edificios más importantes de Xochicalco, varios de ellos restaurados, destacan la pirámide de la serpiente emplumada, el llamado Palacio, el templo de las estelas, el juego de pelota, así como varias estructuras, pirámides truncas, basamentos de santuarios. Tanto la pirámide de la serpiente emplumada como las tres estelas que se descubrieron más tarde en Xochicalco dan testimonio de lo que se ha dicho sobre influencias procedentes del exterior. En los costados en talud de la pirámide, además de los bajorrelieves que representan las serpientes ondulantes y con penachos en la cabeza, así como figuras de personajes sentados, de aspecto mayanse, hay asimismo diversos signos calendáricos y otros de nombre de lugar. Entre los primeros sobresalen los que se hallan del lado izquierdo de la escalinata: una mano parece correlacionar allí al jeroglífico del año 9-Casa con la fecha del día 11- Mono, en tanto que otra mano se fija en un signo calendárico, probablemente de estilo zapoteca, acompañado del numeral 1.

Además de otros jeroglíficos en la pirámide, hay en las estelas distintos signos calendáricos en asociación con las efigies de dioses como Quetzalcóatl, Tláloc, Tlahuizcalpantecuhtli, “el señor de la estrella del alba”, y Xólotl, deidad relacionada con la estrella vespertina. Algunos de esos signos calendáricos denotan clara influencia de Teotihuacan. Ejemplo de ello lo ofrece la estela 1 con el signo descrito como “ojo de reptil”. En la estela 3, en cambio, aparece una banda de signos celestes con elementos de los jeroglíficos mayas del mes Pop y del día Kan. A su vez en la estela 2 el jeroglífico del cerro se representa al modo zapoteca. Debe destacarse además la presencia de otros signos de días, con sus correspondientes numerales, semejantes a los que fueron después de uso común en el ámbito de los distintos pueblos de idioma náhuatl. Tenemos en ello un indicador de la influencia cultural que irradió Xochicalco sobre todo en el área central.

Aun cuando queda mucho por esclarecer acerca del papel que desempeñó Xochicalco en esta época de transición, algo es ya lo que puede expresarse al respecto. Primeramente es muy verosímil que los fundadores de este centro-fortaleza fueran gente de idioma náhuatl. En segundo lugar cabe afirmar que Xochicalco tuvo el privilegio de ser sitio de confluencias culturales muy distintas. Corroboran esto los descubrimientos que allí se han hecho de elementos de procedencia teotihuacana, mayanese, zapoteca y de El Tajín. Finalmente hay asimismo indicios de que, durante esta época de transición y de esplendor de Xochicalco, hubo incremento en la población que vivía en torno al centro religioso.

Precisamente correspondió a esos habitantes ejercer influencia cultural sobre los distintos grupos cuya penetración y asentamiento se iniciaban ya en varios lugares del Valle de México y regiones vecinas. De modo especial ello ocurrió en relación con los toltecas, es decir los fundadores de la ciudad de Tula, en el actual estado de Hidalgo. En este sentido tiene validez la afirmación de que, antes de entrar en decadencia Xochicalco, fue puente cultural entre el clásico y el posclásico.

El ámbito norteño y el origen de los toltecas

Descrita la situación que prevalecía durante los siglos IX-X en la región del Altiplano central, veamos ahora lo que ocurría más allá de las fronteras norteñas de Mesoamérica. En el capítulo III, antes de hablar del esplendor teotihuacano volvimos la mirada hacia los principales grupos que, desde el último milenio a. C., habían ido asentándose



en las regiones del norte. Tratamos así de las distintas gentes de filiación uto-azteca: del caso particular de los llamados indios Pueblos; de los hablantes de lenguas de la familia hokana, así como de otros, entre ellos los conocidos como pame-otomangues. Interesa ahora destacar qué formas de evolución cultural se produjeron luego entre esos varios grupos hasta llegar al momento que aquí estudiamos. Asimismo importa valorar en qué grado esos cambios pudieron afectar las realidades culturales en la frontera norte de Mesoamérica.

Consideremos el caso de las gentes de filiación lingüística uto-azteca que se habían establecidos en distintos lugares de Arizona, Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Durango, Nayarit, Jalisco y en otros varios sitios, dentro de la región central. En primer lugar señalaremos que hubo innegable desarrollo en algunas de esas comunidades, sobre todo desde la época del mayor florecimiento clásico teotihuacano. Los arqueólogos han aducido pruebas de la influencia ejercida por la gran metrópoli del Altiplano en áreas de establecimientos uto-azteca, en el norte de Michoacán y Colima, en distintos cacicazgos o señoríos de Jalisco y Nayarit, en territorio de Sinaloa y aun en algunos sitios de Sonora. Tal influencia se tradujo en la adopción de algunos estilos en la cerámica; de mejores técnicas agrícolas; de conceptos relacionados con la edificación de basamentos o estructuras en incipientes centros ceremoniales y, entre otras cosas más, en la aceptación del culto de deidades adoradas por los teotihuacanos.

Desde luego esas formas de irradiación cultural no alcanzaron a la totalidad de los grupos de filiación uto-azteca. Algunos —como por ejemplo los tarahumaras— mantuvieron, con escasos cambios, sus patrones tradicionales de existencia. Continuaron viviendo en cuevas y en chozas de materiales perecederos, en asentamientos sumamente dispersos. Aunque practicaban ya ciertas formas de agricultura, no dejaban de buscar, como antes, su sustento en la caza y en la recolección.

Nos fijaremos ahora en la situación de los llamados indios Pueblos, habitantes de territorios del sur de Utah y Colorado y distintos lugares de Arizona, Nuevo México y norte de Chihuahua. En el capítulo III, mencionamos la existencia de varias formas de tradición cultural que llegaron allí a influirse mutuamente. Fueron de hecho los portadores de la tradición cultural Anasazi, que se había originado en el sur de Utah y Colorado, los que a la postre hicieron posibles los mejores logros en el florecimiento de los Pueblos. Coincidiendo con el clásico en Teotihuacan, los de tradición Anasazi vivían ya en pueblos debidamente planificados. En ellos destacaba la estructura circular, para fines ceremoniales, conocida como gran Kiva. Elementos dignos tam-

bién de mención fueron las más refinadas creaciones de su cerámica, el empleo del algodón, así como la domesticación del guajolote o pavo.

Todavía hasta el año 1000 d. C., no se había consumado la más amplia difusión de esos y otros elementos de cultura Anasazi en otras regiones de Nuevo México, Arizona y Chihuahua. Algún tiempo después, coincidiendo con el posclásico mesoamericano, también allí llegarían a florecer nuevas comunidades establecidas al modo característico de los Pueblos. En cambio, desde antes se había iniciado un proceso de asimilación de elementos materiales y aun de tradiciones religiosas originadas en el ámbito teotihuacano. A no dudarlo, esa difusión había sido lenta, favorecida probablemente por los que describimos en el capítulo III como puestos de avanzada o “marcas” mesoamericanas en distintos sitios del norte. Aun cuando las investigaciones arqueológicas en relación con esto siguen siendo muy limitadas, hay indicios para pensar que esas formas de influencia y contacto indirectos se fortalecieron a lo largo del posclásico. De hecho en el lapso comprendido entre 1300 y 1450, a pesar de una contracción en el área territorial ocupada por los Pueblos, hubo —como en el sitio de Casas Grandes, Chihuahua— un mayor acercamiento con respecto al ámbito de influencia nortea mesoamericana. Recordemos, en este contexto, que, si probablemente, ya desde el clásico, se inició la ocupación de lugares como los de La Quemada y Chalchihuites en Zacatecas, dichos centros alcanzaron mayor desarrollo en tiempos posteriores.

Enfocaremos, finalmente, nuestra atención hacia los grupos de filiación hokana y los pertenecientes al tronco macro-otomangue. Los primeros, como recordaremos, habitaban distintas porciones del noroeste (sur de Alta California, gran parte de Baja California, y algunos lugares de Arizona y Sonora), así como, en el noreste, algunas áreas de Coahuila, Texas, Nuevo León y Tamaulipas. De todos ellos diremos en pocas palabras, que continuaron siendo ejemplo de mínimo desarrollo cultural. Sus formas de vida de vagabundeo, como cazadores y recolectores, se mantuvieron casi sin cambio alguno hasta los tiempos de la Colonia.

Al referirnos a quienes —designados con el nombre de chichimecas— poblaban amplias regiones a partir de las fronteras nortea mesoamericanas, es necesario establecer desde luego una distinción. Por una parte deben mencionarse los hablantes de lenguas del tronco macro-otomangue, emparentados con los núcleos otomíes que vivían en muchos lugares de Mesoamérica. Buen número de estos chichimecas otomangues se nos presentan en las fuentes como bárbaros que no practicaban la agricultura; como bandas ignorantes de todos los

refinamientos de la alta cultura. Por otra parte, muy diferentes eran las formas de comportamiento de las que, conocidos también como chichimecas, descendían al parecer de gentes que —emigradas de la región central de Mesoamérica— habían penetrado durante el periodo clásico en las llanuras del norte.

No pocos de estos últimos, que más tarde se harían acreedores al título de tolteca-chichimecas, fueron los que —tras la desintegración teotihuacana— iniciaron su irrupción y retorno a lo que era propiamente Mesoamérica. A no dudarlo, su anterior convivencia con gentes otomangues, con otros grupos uto-aztecas y aun tal vez con algunos hokanos, había influido en sus formas de vida. Sin embargo, tanto lo que acerca de ellos nos dicen las fuentes escritas como lo que se sabe por la arqueología, lleva a afirmar que esos toltecas-chichimecas, de idioma náhuatl, no eran realmente bárbaros ni primitivos. Si prestamos atención a un texto en náhuatl, recogido por los informantes de fray Bernardino de Sahagún, quizás encontraremos en él elementos que ayudarán a comprender mejor lo que entonces ocurrió. Dice así el texto:

Todos éstos se llamaban a sí mismos chichimecas. Todos así se jactaban de la *chichimecáyotl* (naturaleza y conjunto de los chichimecas), porque habían marchado a las tierras chichimecas, al norte, allí habían ido a vivir. En realidad ahora regresaban ellos de la tierra chichimeca, de las grandes llanuras, de la casa de los dardos, del norte, la región de los muertos...

Esos distintos pueblos nahuatlacas se llamaban chichimecas porque vinieron a regresar, desde allá, desde la tierra chichimeca. Se dice que retornaron de Chicomóztoc, “el lugar de las Siete Cuevas”... Los toltecas se nombraban también chichimecas...

Si en verdad se trató de un regreso, no resulta ya tan difícil comprender que pueblos, tenidos antes como de poco desarrollo cultural, llegaran a transformarse en breve lapso en comunidades sedentarias, anticipo del poderoso reino cuya metrópoli fue Tula, en el actual estado de Hidalgo. En ese proceso de entrada en Mesoamérica participaron también otros pueblos. Tal fue probablemente el caso de algunas gentes de filiación otomangue. Ahora bien, cuantos así entraron o regresaron se vieron a la postre influidos por quienes habitaban en reducidos o en grandes centros como Cholula y Xochicalco donde pervivían muchos elementos de la civilización teotihuacana. De este modo, a través de nuevos contactos e intercambios culturales, y a veces también de enfrentamientos, se inició el periodo posclásico en la historia del México prehispánico.

Mixcóatl, Quetzalcóatl y la fundación de Tula

Al estudiar los orígenes y el ulterior florecimiento de la metrópoli tolteca, dispondremos ya —por vez primera en la historia mesoamericana— de un conjunto de documentos escritos en lengua indígena que, a su modo, relatan lo que entonces ocurrió. Es verosímil que, entre las miles de inscripciones que se conocen del área mayanense, haya algunas cuyo contenido se refiera asimismo a los antecedentes, fundación e historia en general de uno o varios centros determinados. Sin embargo, en tanto que siga sin descifrarse la mayor parte de los jeroglíficos de dichas inscripciones o de los tres códices mayas hasta hoy conocidos, tendremos que aceptar que es la región del Altiplano central —a partir de este periodo— la que ofrece más abundantes testimonios históricos, comprensibles, y dignos de tomarse en cuenta al estudiar los hallazgos de la arqueología.

Es cierto que muchas veces los textos en náhuatl que han llegado hasta nosotros aparecen como fusión de historia y leyenda. Particularmente los relatos que versan sobre épocas bastante alejadas —por ejemplo, la de los toltecas— son ricos en mitos que tiñen de símbolos el acontecer de los seres humanos. Sin embargo, esto último no priva de valor a tales testimonios. A través de ellos cabe percibir la interpretación que hizo el hombre mesoamericano de aquello que, para él mismo, constituía su herencia de historia y cultura.

Quetzalcóatl, “Nuestro príncipe”, el nacido en una fecha 1-Caña, es figura central en los textos referentes a Tollan (Tula) y los toltecas. No debemos olvidar, sin embargo, que la antigua simbología religiosa —a partir por lo menos de Teotihuacan— aludía de múltiples formas al culto de una deidad, Serpiente emplumada, cuyo nombre en náhuatl fue Quetzalcóatl. Compleja debió ser desde entonces, y continuó siéndolo, la naturaleza del dios Quetzalcóatl, identificado a veces por los sacerdotes y sabios con el supremo ser dual “Nuestra madre, nuestro padre, el inventor de los hombres”, el poderoso y sabio por encima de todos.

Ahora bien, cual si se tratara, de un reflejo de esa divinidad, se afirma que el Quetzalcóatl que vivió en Tula como sacerdote y gobernante supremo, fue también sabio y bueno, inventor de las artes y de elevadas doctrinas religiosas, forjador, finalmente, de la *tolteciyotl*, el conjunto de las grandes creaciones de los toltecas.

Madre de Quetzalcóatl había sido la señora Chimalma, mujer del célebre chichimeca Mixcóatl. Éste, según los viejos relatos, procedía

de las llanuras del norte tal vez de la región de Zacatecas. Así, al decir de los *Anales de Cuauhtitlan*:

Quando los chichimecas irrumpieron, los guiaba Mixcóatl, Los cuatrocientos Mixcoas (sus seguidores) vinieron a salir por las nueve colinas, las nueve llanuras...

Su entrada en territorio de Mesoamérica hacia los primeros años del siglo X, no estuvo exenta de peligros. Entre otras cosas —en términos míticos— se nos dice que Mixcóatl tuvo que enfrentarse con la diosa Itzapálotl, “Mariposa de obsidiana”, la deidad guerrera de rostro femenino. Según el texto que continuamos citando:

Sobre Mixcóatl y su gente cayó Itzapálotl. Devoró y dio fin a los cuatrocientos Mixcoas. Tan sólo Iztac Mixcóatl, “el Mixcóatl blanco”, escapó de sus manos y se metió dentro de una biznaga. Itzapálotl arremetió entonces contra la biznaga. Mixcóatl salió de ella y flechó en seguida repetidas veces a la diosa.

Invocó luego a los cuatrocientos Mixcoas. Volvieron estos a erguirse. Volvieron a vivir. Luego siguieron flechado a Itzapálotl. Cuando ésta murió, la quemaron. Los mixcoas, con sus cenizas, se empolvieron y se pintaron alrededor de los ojos... (Hicieron suyos los atributos y destinos que eran antes de la diosa).

Mixcóatl y su gente incursionaron, según parece, por el valle de Toluca. Estuvieron también cerca de Acolman y Teotihuacan. Por un tiempo se establecieron luego en el cerro de la Estrella, al sur de los lagos. Desde allí volvieron, en afán de conquista, hacia el rumbo del norte, donde más tarde se fundaría la ciudad de Tollan (Tula). Tuvieron que someter allí a grupos de otomíes que habitaban esa región. Los chichimecas de Mixcóatl no rehuyeron al parecer las posibles mezclas o uniones con la población otomiana. Por algún tiempo más continuaron sus correrías. La influencia de Cholula y Xochicalco, de diversas maneras, se dejó sentir sobre ellos. Según algunas leyendas tardías, fue precisamente no muy lejos de Xochicalco, en un año 1-Caña (947 d. C.), cuando Chimalma, la mujer de Mixcóatl, dio a luz a su hijo, el futuro nuevo guía de los tolteca-chichimecas. Al decir de varios textos, ese niño, “Nuestro príncipe, Quetzalcóatl”, fue engendrado portentosamente, sin que en ello participara Mixcóatl.

Según la fuente que hemos citado antes, los *Anales de Cuauhtitlán*, poco tiempo después murió Mixcóatl. Esto dio ocasión de que Ihuitímal, otro jefe chichimeca, seguido por una facción del pueblo, se adueñara

del mando supremo. En esas circunstancias, quienes reconocían en Quetzalcóatl niño la legítima sucesión de Mixcóatl, optaron por ocultar al príncipe, temerosos del usurpador Ihuitímal.

Siendo ya joven, Quetzalcóatl marchó a la región de Tulancingo. Allí permaneció cuatro años. En ese lugar edificó una casa de tablones donde solía dedicarse a la penitencia y la meditación. Desde Tulancingo pasó más tarde a Cuextlan, la región de los huastecos. Para ello hubo de vadear un río. Allí edificó un puente de piedras. En un año 5-Casa (977 d. C.), muerto ya el usurpador Ihuitímal, un grupo de tolteca-chichimecas fue a buscar a Quetzalcóatl, en Tulancingo, para que se convirtiera en su sacerdote y gobernante supremo.

Quetzalcóatl hizo su entrada en la ciudad que, a partir de entonces, se llamó Tollan-Xicocotitlan. La palabra *Tollan* significa literalmente “lugar donde abundan tulares o carrizales”. A modo de metáfora, *Tollan* adquirió el sentido de “sitio donde hay agua y abunda la vegetación: lugar propicio al poblamiento humano”. De aquí se derivó, finalmente, su significado de “ciudad”. En los textos indígenas se habla así, por ejemplo, acerca de Tollan-Teotihuacan, la ciudad de Teotihuacan o de Tollan-Culhuacan, la ciudad de Culhuacan. Por tanto, decir Tollan-Xicocotitlan equivale a mencionar “la ciudad junto al Xicoco”, nombre este último de un cerro cercano. Tollan-Xicocotitlan se edificó en parte del valle surcado por el río que hasta hoy lleva el nombre de Tula. El núcleo principal de construcciones se yergue en una especie de promontorio, más fácilmente defendible, gracias a la hondonada a través de la cual corre el río, que parcialmente circunda a la ciudad.

El establecimiento de Quetzalcóatl en Tula-Xicocotitlan marcó el momento en que se inició el esplendor del nuevo centro. Elementos culturales de procedencias muy distintas pronto se dejaron sentir allí. Subsistían algo del legado teotihuacano a la par que rasgos y tradiciones chichimecas. Xochicalco, Cholula, El Tajín y aun algunos centros de la región huasteca y de otros rumbos hicieron aportaciones, directa o indirectamente, a la carga de cultura que no pocos relatos nos describen como creación o descubrimiento exclusivos de los toltecas-chichimecas, en última instancia, frutos de la sabiduría de Quetzalcóatl.

Por lo que toca a los habitantes de Tollan, debemos destacar que los hubo de varios orígenes distintos. Recordemos la presencia, ya mencionada, de algunos grupos de lengua otomí. Sobre ellos se impuso el poderío de quienes habían penetrado guiados por Mixcóatl, los tolteca-chichimecas, de lengua náhuatl. Finalmente, allí convivió también un tercer elemento, designado en algunas fuentes con el nombre de nonoalcas o tolteca-nonoalcas. En opinión de algunos estudiosos, los

nonoalcas habían venido a Tula para hacerse cargo de la construcción de algunos de los templos y edificios. Los nonoalcas, procedían del rumbo de las costas del Golfo. Al parecer se trataba de grupos de filiación étnica mazateca que se habían visto influidos por los pipiles de origen teotihuacano.

Las grandes realizaciones de Quetzalcóatl en Tollan

Desde dos puntos de vista podemos estudiar lo que fue el esplendor de Tollan. El primero tiene como apoyo a los textos en náhuatl que han llegado hasta nosotros. El segundo se deriva de los descubrimientos alcanzados por los arqueólogos. Nuestro propósito supone, desde luego, aprovechar ambas posibilidades de comprensión.

Veamos lo que dicen los textos indígenas. Establecido ya Quetzalcóatl en Tollan —así hablan los relatos— inició luego sus creaciones. Edificó cuatro grandes palacios, orientados hacia los distintos rumbos del mundo, pirámides y santuarios cuyas ruinas conocieron las gentes nahuas de tiempos posteriores. A modo de ejemplo de los textos, recordación de la grandeza de Tula, citaremos uno del *Códice Matritense*:

Porque en verdad allí, en Tollan estuvieron viviendo, porque allí residieron los toltecas, muchas son la huellas que allí quedan de sus obras. Dejaron lo que hasta hoy allí está, lo que puede verse, las columnas no concluidas en forma de serpiente, con sus cabezas que descansan en el suelo, y arriba su cola y sus cascabeles... También se ven allí los templos y pirámides toltecas, y restos de sus vasijas, tazones toltecas, ollas y jarros toltecas, que muchas veces se descubren en la tierra. Joyas toltecas, pulseras, jades y turquesas preciosas, se encuentran allí enterradas...

Objetos como éstos, que con frecuencia descubrían en Tollan los nahuas de épocas posteriores, obrando a modo de espontáneos arqueólogos, les salían también al paso en otros muchos lugares donde habían habitado los toltecas:

Esas huellas de los toltecas no sólo aparecen en Tollan-Xicocotitlan, sino que por otras partes pueden encontrarse; lo que fue su alfarería, sus ollas, las piedras para machacar, sus figuras de barro, sus pulseras. Por todas partes pueden descubrirse, por todas partes se muestran, porque los toltecas en verdad se dispersaron y anduvieron en muchos sitios.

Y ponderando luego lo que era la *toltecáyotl*, el conjunto de creaciones toltecas, la preciada herencia de cultura, se insiste una y otra vez en el papel que en todo ello había tenido el sacerdote Quetzalcóatl:

Los toltecas eran sabios. El conjunto de sus artes, su sabiduría, todo procedía de Quetzalcóatl... Los toltecas eran muy ricos, muy felices nunca tenían pobreza ni tristeza... Eran experimentados. Tenían por costumbre dialogar con su propio corazón... Conocían experimentalmente las estrellas, les dieron sus nombres. Conocían su influjo; sabían bien cómo marcha el cielo, cómo da vueltas...

Estos toltecas, como se dice, eran nahuas, en modo alguno eran bárbaros. Se llamaban también habitantes antiguos. Eran ricos, porque su destreza pronto los hacía hallar riqueza. Por eso se dice ahora de quien pronto descubre riqueza: es hijo de Quetzalcóatl y Quetzalcóatl es su príncipe. Así era el ser y la vida de los toltecas.

Ahora bien, tratando ya de las creencias religiosas, reiteran los textos que el sacerdote Quetzalcóatl se empeñaba por mantener en su pureza el culto tradicional. Específicamente se atribuye a él la formulación de una especie de doctrina acerca del supremo dios dual, *Ometéotl*, “el que es nuestra madre, nuestro padre”. Según los *Anales de Cuauhtitlán*:

Quetzalcóatl invocaba, tenía por su dios a quien está en el interior del cielo: a la del faldellín de estrellas, que es también el que hace lucir las cosas. El supremo dios dual es señora de nuestra carne, señor de nuestra carne; la que está vestida de negro el que está vestido de rojo... Hacía allá dirigía sus plegarias Quetzalcóatl, así se sabía, hacia el *Omeyocan*, lugar de la dualidad, que está más allá de los nueve pisos celestes.

La suprema divinidad dual, a la que aluden otros muchos testimonios en náhuatl e incluso algunos del mundo mayanese, fue tema del pensamiento teológico de no pocos sabios y sacerdotes de Mesoamérica. Por su parte Quetzalcóatl que insistía en mantener la pureza de culto, tuvo que hacer frente a quienes se empeñaban en introducir otros ritos, en particular el de los sacrificios humanos. Surgieron hondas discordias que, como veremos, habrían de afectar la existencia de Tollan-Xicocotitlan. Antes, sin embargo, de estudiar lo que al fin se tradujo en una primera gran decadencia de Tollan, con la partida de Quetzalcóatl hacia el oriente, consideramos necesario tomar asimismo en cuenta la imagen que, gracias a la arqueología, tenemos hoy de la metrópoli tolteca.

Los vestigios arqueológicos de Tollan

Aunque el conjunto principal de edificaciones —que ha sido objeto de más intensa investigación— no cubre una superficie muy grande, hay, en la misma zona, otros muchos vestigios que confirman que Tollan fue centro de considerable importancia. El núcleo principal está debidamente planificado en función de una gran plaza en cuyo centro hubo un pequeño adoratorio. Al oriente se levanta el que se conoce como “Edificio C”, pirámide a la que se ha atribuido el carácter de “templo del sol”. Al poniente, de la plaza hay un juego de pelota edificado en época posterior. En el costado norte destaca la construcción que puede considerarse como más suntuosa. Es esta la pirámide dedicada al dios Quetzalcóatl en su advocación de Tlahuizcalpantecuhtli, “Señor de la aurora”. Con una planta cuadrada de unos 40 metros por lado, la pirámide se compone de cinco cuerpos escalonados. Los costados de estos —como en el caso de Teotihuacan— terminan en talud y limitan en su parte superior con tableros verticales.

Taludes y tableros estuvieron recubiertos por lápidas talladas y con bajorrelieves. En las que se conservan, aparecen águilas y zopilotes reales que devoran corazones y también rostros que emergen de las fauces de serpientes emplumadas, símbolos del dios Quetzalcóatl. En la parte superior de los tableros hay jaguares y coyotes que se asemejan a los de algunos murales en palacios de Teotihuacan.

En lo más alto de esta pirámide hubo un santuario con su recinto interior. A la entrada de éste había dos columnas de serpientes emplumadas, tal como las describen los antiguos textos en náhuatl, con sus cabezas en el suelo y en la parte superior el remate de sus cuerpos con cascabeles. La techumbre del primer recinto estaba sostenida por cuatro grandes figuras de guerreros que, con sus armas e insignias, se describen a veces como “atlantes de Tula”.

La pirámide de Tlahuizcalpantecuhtli, señor de la aurora, fue edificada en varias etapas. Durante la última se le adicionó, frente a la plaza, un gran vestíbulo o pórtico, con techumbre almenada que estuvo sostenida por tres hileras de catorce columnas. Este gran pórtico fue, según habremos de verlo, modelo del que más tarde se construyó en el Templo de los Guerreros de Chichén-Itzá.

Además de estas edificaciones, cabe mencionar los restos de lo que se conoce como “Palacio quemado”, situado al lado izquierdo de la pirámide de Quetzalcóatl. Varias eran las habitaciones de este palacio, dispuestas en torno a tres patios. Recordemos también la existen-

cia de un segundo juego de pelota, situado al norte de la pirámide de Tlahuizcalpantecuhtli.

Al suroeste de la zona arqueológica se sitúan los vestigios del que se ha llamado “Palacio tolteca”. Entre otras edificaciones, que nos muestran que Tollan no fue un centro pequeño, existe también un templo de planta circular, en su parte central, y una sección rectangular de cada lado, consagrado probablemente a Ehécatl, el dios del viento. Tanto este santuario, como los vestigios de habitaciones cercanas y otros numerosos montículos, que hasta ahora no han sido objeto de investigación sistemática, mueven a pensar que, en torno al centro ceremonial, debió haber una población bastante numerosa. Además del supremo gobernante, miembros de la nobleza, sacerdotes, funcionarios, artífices y guerreros, en las afueras vivía la gente del pueblo en chozas de materiales perecederos.

La arqueología confirma, por otra parte, que durante el florecimiento de Tollan la alta cultura mesoamericana alcanzó su expansión máxima por el rumbo del norte. Así, la influencia tolteca se dejó sentir hasta el río Soto la Marina en Tamaulipas, más allá de la región de La Quemada y Chalchihuites, en Zacatecas, llegando hasta Durango y algunos sitios de Chihuahua y rebasando, en el noroeste, los límites del actual Estado de Sinaloa.

Las dos decadencias de Tollan-Xicocotitlan

Según varios relatos indígenas, hacia fines del siglo X, el sacerdote Quetzalcóatl, se vio forzado a abandonar la metrópoli a cuyo florecimiento había consagrado su existencia. La decadencia de Tollan se relaciona con esta partida de Quetzalcóatl hacia el oriente. Al parecer, había tenido él que hacer frente a extraños forasteros llegados con el propósito de hacerle sucumbir. Los que así actuaron en contra de Quetzalcóatl eran, según los textos, hechiceros, seguidores del culto de Tezcatlipoca, “el espejo que ahuma”, que en diversos mitos aparece como dios contrario a la deidad de nombre también Quetzalcóatl.

Insisten los textos en que el supremo dios Quetzalcóatl se oponía a los sacrificios humanos. En cambio, los secuaces de Tezcatlipoca buscaban la propagación de este rito. Los relatos nos muestran a los hechiceros ejerciendo presión en el sacerdote Quetzalcóatl. Al fin, con dolo, logran que el señor de los toltecas se embriague y transgreda las normas que se había impuesto.

Cantos de gran fuerza épica son los textos donde se relata lo que en seguida ocurrió. En estado de embriaguez, Quetzalcóatl cohabitó con la princesa Quetzalpétatl. Los hechiceros realizaron entonces varios portentos que trajeron consigo la muerte de muchos toltecas y la desolación en Tollan. El desenlace de ese enfrentamiento fue que el sacerdote abandonara su metrópoli. Con palabras que continúan siendo fusión de historia y leyenda, se habla de su partida, su paso por Cholula, su cruce de la cordillera y de la montaña del Señor de la niebla —el actual Pico de Orizaba— hasta alcanzar la orilla del mar, por el oriente, en busca de *Tlillan*, *Tlapallan*, el lugar del color negro y rojo, el país de la sabiduría. La marcha de Quetzalcóatl, que pronto iba a reaparecer en tierras del mundo mayanese, marcó la primera gran decadencia de Tollan, anticipo de lo que fue más tarde su ruina definitiva. Por lo que toca a los toltecas, muchos abandonaron también entonces su ciudad y llegaron a apartadas regiones. De su presencia en sitios de Oaxaca, Yucatán y Guatemala, hablaremos más tarde.

Tras la salida de Quetzalcóatl, hubo al parecer, varios gobernantes en Tollan que pudieron mantener la prepotencia de la antigua metrópoli durante casi otra centuria, hasta fines del siglo XI. En el año 9-Co-nejo (1098) entró en escena Huémac, el último de los señores toltecas. Durante su largo reinado subsistió en gran parte el área de dominación tolteca. Mas, como había ocurrido antes en tiempos de Quetzalcóatl, los textos indígenas vuelven a hablar de portentos y perturbaciones. Entre otras cosas hubo grandes aflicciones y muertes por causa del hambre. El relato mítico nos dice que esa desgracia se abatió sobre el pueblo tolteca como un castigo de los dioses de la lluvia. Estos se habían aparecido a Huémac y lo habían invitado a competir en el juego de pelota. Huémac apostó allí sus jades y plumas de quetzal. Los dioses de la lluvia, ofrecieron lo mismo en caso de pérdida. Realizado el juego, Huémac salió vencedor. Los dioses de la lluvia, en vez de jades y plumas de quetzal, pretendieron darle mazorcas de maíz. El señor de los toltecas se enojó y exigió que los dioses le entregaran jades y plumas finas. Con tal desdén se atrajo su ira. Recibió los jades y las plumas pero también cuatro años de sequía.

Otras calamidades ocurrieron luego. Entre ellas, hubo un serio enfrentamiento de los toltecas-chichimecas y los toltecas-nonohualcas. Estos últimos, según vimos, habían venido a Tollan para participar en el trabajo de las edificaciones y a la postre se habían quedado allí en forma permanente. Lo que primero comenzó como un disgusto, terminó como abierta rebelión de los toltecas-nonohualcas. Huémac tomó entonces la determinación de abandonar Tollan en busca de la cueva

de Cincalco en Chapultepec. Ello ocurrió, según parece, en una fecha calendárica 1-Pedernal que se ha correlacionado con 1156. Huémac murió en Chapultepec algunos años después.

De diversas formas los documentos indígenas mencionan la ruina definitiva de la metrópoli. Los *Anales de Cuauhtitlán* dicen: “Entonces se acabaron los años de los toltecas...” Por su parte otra obra, también en náhuatl, la *Historia tolteca-chichimeca*, asienta: “En seguida, en la noche, ocultaron todas sus pertenencias, lo que había sido de Quetzalcóatl, todo lo guardaron. Luego empezaron a salir de Tollan...”

La segunda decadencia de la ciudad y su total abandono, trajeron consigo la más completa dispersión de los toltecas y, a la vez, facilitaron la penetración, por el norte, de nuevas oleadas de chichimecas. Algunos toltecas permanecieron refugiados en distintos sitios del Valle de México, otros marcharon rumbo a Cholula. Allí fueron sometidos por los olmeca-xicalancas hasta que, un siglo después, lograron sobreponerse a ellos y adueñarse de esa ciudad sagrada. La dispersión tolteca dejó también honda huella en tierras de Michoacán, Guerrero, Oaxaca, Veracruz, Tabasco y, de modo especial, en varios lugares del área maya. Al parecer, en algunos casos los emigrantes, de esta segunda dispersión, fueron a sumarse a los descendientes de grupos, también de estirpe tolteca, que habían salido siglo y medio antes, al tiempo de la huida de Quetzalcóatl.

En contraste con lo que significó esta nueva difusión de la influencia tolteca, otros pueblos comenzaron a penetrar por el rumbo de la metrópoli abandonada. El panorama político y cultural de Mesoamérica estaba a punto de alterarse de nuevo. Con razón, al dividir en épocas distintas al periodo posclásico, se ha fijado, —a partir de la ruina de Tollan— el término de la fase o etapa temprana (siglos X-XII). Poco más de tres centurias de evolución autónoma quedaban ya sólo al hombre de Mesoamérica. Antes, sin embargo, de ocuparnos de los últimos tiempos de su desarrollo, hasta llegar a la conquista española, debemos atender a lo que ocurría, desde el siglo X, en otros ámbitos del México antiguo.

Zapotecas y mixtecas de Oaxaca

Según vimos en el capítulo IV, hacia 800 d. C., con la decadencia de Monte Albán, concluyó en Oaxaca el periodo clásico. Sin embargo, a diferencia de lo que había ocurrido en Teotihuacan y también más tar-

de en la región central del mundo maya, el término del clásico entre los zapotecas no trajo consigo total abandono de sus ciudades y centros.

Así durante la fase Monte Albán IV (de 800 a 1200 d. C.), en lo que fue la gran metrópoli zapoteca y en otros sitios como Cuilapan y Yagul quedaron núcleos de población, entregados sobre todo a tareas como la agricultura que hacían posible su subsistencia. A la vez se desarrolló entonces un limitado proceso de expansión de los zapotecas con un nuevo florecimiento sobre todo en Zaachila y Mitla. Este último centro, conocido en lengua zapoteca con el nombre de Liobaá, “lugar de los muertos”, era residencia, en sus varios palacios, de las más altas jerarquías del sacerdocio. Al decir del cronista fray Francisco de Burgoa, en Mitla existía un gran subterráneo donde se daba sepultura a los restos de los gobernantes y señores. Cabe suponer que, por esta práctica, adquirió este centro la designación de “lugar de los muertos”.

No obstante que, en lugares como los mencionados, y más hacia el oriente en el istmo de Tehuantepec, diversas comunidades zapotecas preservaron mucho de su antigua cultura, otro fue el grupo que, dentro del periodo posclásico, habría de ejercer nueva forma de prepotencia. Los mixtecas habían penetrado en tierras oaxaqueñas desde muchos siglos antes. Al parecer, estaban emparentados con los llamados “olmecas huixtotin” o “salineros”, que moraban en territorio veracruzano. Desde el punto de vista de las leyendas y mitos de los propios mixtecas, cabe recordar que afirmaban tener su origen en el pueblo conocido más tarde con el nombre náhuatl, de Apoala, donde hay abundancia de agua, no muy lejos de Nochixtlán. La más antigua designación de ese lugar en idioma mixteco, Yutatnoho, significa “río de donde salieron los señores”. Al decir de las crónicas, “los dichos señores que salieron de Apoala se habían hecho cuatro partes y se dividieron de tal suerte que se apoderaron de toda la Mixteca...”

El país de los mixtecas —aunque comprende también zonas de altura media e incluso de costa en el Pacífico— es en su mayor parte montañoso. Como su nombre lo indica, *Mixtlan*, es “lugar de nubes y neblinas”, en los estrechos valles y en las alturas de la Sierra Madre. Se habla de la “Mixteca alta”, la más extensa, en la que florecieron, desde fines del siglo VII d. C., señoríos muy importantes como los de Tilantongo, Teozacualco, Cuixtlahuaca y Tlaxiaco. La “Mixteca Baja” se sitúa al oeste y al norte de la anterior, con pueblos como Ejutla y Zoquiapan. En la “Mixteca de la costa” se erigió el antiguo señorío de Tutupec.

Gracias al estudio de los varios códices mixtecos prehispánicos que se conservan, ha sido posible reconstruir las dinastías de varios pequeños reinos a partir de mediados del siglo VII d. C. Tal es el caso de

los códices, de contenido fundamentalmente histórico y que en buena parte han sido descifrados por don Alfonso Caso, conocidos hoy, en función de los lugares donde se preservan o de sus antiguos poseedores, con los siguientes nombres: *Vindobonense* (o de Viena), *Bodley*, *Nuttall*, *Colombino*, *Selden*, *Becker I y II*.

Desde la primera decadencia de Tollan se dejó sentir en el área mixteca la influencia de grupos toltecas. Varias veces se produjeron, entre toltecas y mixtecas, alianzas matrimoniales. Como una muestra de lo que acerca de Tollan pensaban los mixtecas, citaremos en resumen la lectura que hizo Alfonso Caso de una parte del *Códice Bodley*:

El señor, de nombre calendárico 8-Venado, extiende sus dominios desde Tilantongo por amplia zona de la Mixteca, e incluso hacia el sur, en territorio de los zapotecas. A su vez el señor 4-Viento, serpiente de Fuego, nacido hacia 1040, actúa como enemigo del señor 8-Venado. Buscando apoyo, 4-Viento emprende una peregrinación a Tollan. Ello ocurre hacia 1067. El señor de Tollan que según las fuentes nahuas es conocido —actuando como sacerdote, perfora la nariz, pone la nariguera a 4-Viento y lo hace *teuhtli*, es decir señor. 4-Viento recibe las insignias de su rango, entre ellas, un báculo de Quetzalcóatl.

Los mixtecas, descendiendo de los altos valles, penetraron en lugares que habían sido posesión permanente de los zapotecas. En algunos casos hubo guerras de conquista. En otros se concertaron nuevas alianzas matrimoniales. De un modo u otro, así se efectuó la penetración mixteca en sitios como Cuilapan, Yagul, Monte Albán y Tlacolula. Esto explica por qué hallazgos arqueológicos tan ricos y famosos como el tesoro de la llamada “tumba 7 de Monte Albán” se consideren como producciones mixtecas. Entre las joyas que allí se encontraron —y que son muestra extraordinaria de la orfebrería mixteca— destacan unos pendientes con efigies del dios solar y de Quetzalcóatl, un collar de cuentas de oro y doble orla de cascabeles, así como los pectorales con la máscara del dios de la fecundidad, Xipe-Tótec, la figura de Mictlantecuhtli, dios de los muertos y aquel cuya placa superior representa un juego de pelota, con tres placas más en las que se evocan los planos distintos del mundo.

La cultura de los mixtecas, que convivieron con las gentes de estirpe zapoteca, influyó a la postre en otras regiones de Mesoamérica. Sus códices, por ejemplo, fueron una especie de modelo de los que habrían de elaborar los escribanos, después de la ruina de Tula, en distintos lugares del Valle de México, Cabe recordar además que, ya en el siglo XIV, hubo algunos grupos de ascendencia tolteca-mixteca, nombrados con la voz náhuatl *tlailotlaque* “los regresados”, que fueron a

establecerse en el Valle de México donde comunicaron a distintas gentes chichimecas valiosos elementos de la alta cultura.

Si bien no se han encontrado grandes conjuntos arquitectónicos ni producciones plásticas, como esculturas, de considerable magnitud, no deja de ser cierto que los mixtecas se distinguieron en el campo del arte. Prueba de ello la dan el preciosismo de su cerámica policromada, la riqueza de su orfebrería, el tallado en madera, hueso y jade y la pintura de los códices donde la maestría en la composición logró escenas de extraordinario dinamismo, sobre fondos de vivos colores que hacen resaltar las distintas figuras y glifos.

Adelantándonos ahora en la historia de mixtecas y zapotecas —o sea mencionando ya lo que ocurrió hasta la consumación de la última época del posclásico— diremos que de la región del Altiplano central vino al fin la fuerza que alteró su propio florecimiento. El afán expansionista de los mexicas llegó a hacerse presente hasta más allá de Tehuantepec. Y aunque la nación mexica no alcanzó a imponerse de manera absoluta entre mixtecos y zapotecas, el hecho es que, al tiempo de la conquista española, la prepotencia mexica era una realidad en buena parte de las tierras oaxaqueñas.

Los mayas del área yucateca

En la zona mayanse, según vimos, el periodo clásico concluyó entrado ya el siglo X. Mas el fin de esa etapa de esplendor no tuvo las mismas consecuencias en las distintas regiones habitadas por los mayas. En tanto que no pocos de los recintos del norte yucateco, o del ámbito sureño de las tierras altas, subsistieron de diversas formas, los establecimientos, ciertamente extraordinarios, de la región central quedaron para siempre abandonados. Ello explica que, al tratar ahora del periodo posclásico, circunscribamos la atención a los hechos que tuvieron lugar en las dos regiones primeramente mencionadas.

Respecto del área yucateca sabemos —gracias al testimonio de las crónicas, corroborado por la arqueología— que entre los años 980 y 1000, hubo una penetración de grupos procedentes, en última instancia, del Altiplano de México. Venían estos capitaneados por un personaje de nombre Kukulcán, en maya yucateco, vocablo equivalente al náhuatl Quetzalcóatl, Serpiente emplumada. Al parecer, participaron en la invasión otras gentes que habían vivido, de tiempo atrás, hacia Champotón, en la costa de Campeche. Tales gentes, influidas desde antes por la cultura del Altiplano, llegaron a conocerse como los itzáes.

Muy pronto un importante centro —cuyo antiguo nombre Uuci-Abnal “siete arbustos”, fue cambiado por el de Chichén-Itzá, “Pozo de los itzáes”— cayó en poder de los invasores. Según la crónica de fray Diego de Landa:

Es opinión entre los indios que, con los itzáes que poblaron Chichén-Itzá, reinó un gran señor llamado Kukulcán y que muestra ser esto verdad el edificio que se llama Kukulcán (la pirámide de “El Castillo” en Chichén). Y dicen que entró por la parte del poniente y difieren en si entró antes o después de los itzáes o con ellos. Y dicen que fue bien dispuesto y que no tenía mujer ni hijos...

A su vez el texto en maya del *Chilam Balam de Chumayel*, hablando en tono profético de lo que tendrá que ocurrir en la fecha del *katún* o cuenta de veinte años que lleve el signo calendárico 4-*Ahau*, 4-Señor, recuerda que Kukulcán había penetrado con los itzáes en Chichén. He aquí la profecía del retorno mítico o repetición de lo que antes había sucedido:

“Katún 4-Ahau: se establece en Chichén-Itzá. Los itzáes allí penetrarán... Kukulcán volverá por segunda vez...”

Cabe recordar aquí, teniendo presente el antiguo 4-*Ahau* (hacia 987) al que alude la profecía citada, que a su vez las correlaciones calendáricas de los testimonios en náhuatl permiten sostener que la partida de Quetzalcóatl de Tollan había tenido lugar precisamente algún tiempo antes de que concluyera el siglo X d. C. En consecuencia —más allá de cuanto hay de legendario en los textos— creemos que puede aceptarse como hecho histórico la penetración en tierras yucatecas de grupos vinculados con la cultura que había florecido en Tollan-Xicocotitlan.

Por otra parte, de entre los itzáes —además de los que asimismo se asentaron en Chichén— hubo algunos que se instalaron en sitios como Motul e Izamal. Otros fundaron después la ciudad de Mayapán. Un grupo, venido más tarde, portador también de elementos culturales toltecas, el de los tutul-xiu, se apoderó del lugar donde durante el clásico, se había edificado Uxmal.

Quienes así dominaron buena parte del norte de la península, formaron luego, con los señores de Chichén y Uxmal, la que se conoce como “liga de Mayapán”, aunque realmente tuviera por cabeza a Chichén-Itzá. Tal confederación habría de durar, según el libro de *Chilam Balam de Chumayel*, casi doscientos años o sea hasta fines del siglo XII: “Desde que se estableció Ah Suytok, señor tutul-xiu en Uxmal, diez veintenas de años reinaron en compañía de los señores de Chichén Itzá y Mayapán.”

La arqueología, como ya lo hemos dicho, corrobora el hecho de la penetración y predominio de esas gentes portadoras de elementos de cultura tolteca. En la arquitectura, por ejemplo, contrastando con las edificaciones mayas del clásico, cuyo techo de bóveda falsa sólo alcanzaba a cubrir espacios muy reducidos, la influencia tolteca hizo posible techar ámbitos interiores mucho más amplios. Muestra de esto la ofrece la galería que circunda en parte, con sus múltiples columnas, al que se conoce como “templo de los guerreros” en Chichén. Modelo de esta edificación lo dio la muy semejante del templo de Tlahuizcalpantecuhtli (Señor de la aurora) en Tollan.

Elementos, que también denotan influencia tolteca, son las plataformas conocidas como *tzompantli*, destinadas a sostener con sus arzones los cráneos de los sacrificados. Deben mencionarse también las ya mucho más frecuentes representaciones de la serpiente emplumada, entre ellas las que, a modo de columnas, como en Tollan, ostentan la cabeza en el suelo y el resto del cuerpo en alto. Citaremos, finalmente, los juegos de pelota que, como los del Altiplano, se construyeron cerrando con muros los extremos. Tanto el gran juego de pelota de Chichén como la última estructura de la pirámide de “El Castillo” en honor de Kukulcán, además de incluir representaciones y otros elementos de inspiración tolteca, cuentan entre los mejores logros del posclásico maya.

Correspondió también a este periodo haberse edificado en el ámbito mayanse —probablemente con inspiración del Altiplano— lo que, más allá de cualquier alegato, debe considerarse como una auténtica ciudad. Nos referimos a la metrópoli de Mayapán que, además de su centro ceremonial y administrativo, llegó a tener, dentro de sus murañas —según lo comprueba la arqueología— más de tres mil casas habitación.

Aunque los invasores, con el paso del tiempo, acabaron por mezclarse con la población mayanse, su influencia quedó para siempre en campos como el de las creencias y ritos religiosos. Por ejemplo, Chac, el dios de la lluvia, vio enriquecidos o modificados sus atributos en relación con los de Tláloc. El culto a la deidad solar exigió aumento en el número de víctimas, sacrificadas probablemente con el mismo propósito que en el Altiplano: fortalecer la existencia de quien era tenido como supremo dador de la vida.

Para el estudio del pensamiento religioso, las fiestas y ceremonias que mantenían vigencia en esta época son de valor inapreciable los tres códices mayas que se conservan. Se conocen estos, en función de las ciudades donde hoy se hallan, como códices de *Dresde* (en Alema-

nia), de París y de Madrid. El aprovechamiento completo de estas fuentes al igual que el de las inscripciones del periodo clásico, dependerá desde luego del pleno desciframiento de la escritura jeroglífica maya.

Cambio importante, fue asimismo la adopción de una forma de cómputo calendárico, mucho menos compleja y también menos precisa, que la del “sistema de la cuenta larga”. Se trata de la llamada “cuenta de los katunes” (periodos de veinte años, cada uno de 360 días) que comprendía 13 katunes, designados con el nombre de su último día, acompañado de su correspondiente número: Katún 1-Ahau, katún 2-Ahau, etcétera. Este sistema, llamado por los especialistas “de la cuenta corta”, abarcaba, en un ciclo completo, cerca de 256 años. Al concluir “una rueda” o ciclo de 13 katunes, se iniciaba otra. En los libros de *Chilam Balam* abundan las profecías para cada katún. En ocasiones, según vimos en el caso de Kukulcán, se anunciaba el retorno o reiteración de lo que había ocurrido en un ciclo anterior o incluso en otros más alejados.

Además de la cuenta o rueda de los katunes, mantuvieron su vigencia el cómputo de 365 días, conocido como *haab*, equivalente al del *x̄huitl* del Altiplano y el de carácter adivinatorio, de 260 días, el *tzolkin*, semejante al *tonalpohualli*, conocido desde el clásico.

También en esta misma época —como había ocurrido en la zona de Oaxaca— se trabajaron ya el oro en aleación natural con el cobre y el cobre nativo. Numerosos objetos de estos metales han podido rescatarse de sitios como el célebre cenote de Chichén-Itzá.

Al lapso de mayor pujanza dentro de este periodo o sea el de “la liga de Mayapán” (posclásico temprano), siguieron años de enfrentamientos causados por discordias y ambiciones. Los gobernantes de Mayapán se impusieron al fin, de manera violenta, sobre sus antiguos aliados. Los textos indígenas hablan de los que fueron casi 250 años de tiranía ejercida por los de Mayapán, hasta que, hacia 1441, estalló incontenible rebelión. La muerte que recibieron los gobernantes y nobles de Mayapán, puso término no sólo a su tiranía sino a cualquier otro intento unificador de los distintos señoríos de la península. Estos habrían de subsistir hasta los días de la conquista española sin alcanzar forma alguna de ulterior esplendor.

Los mayas de las tierras altas

Según vimos, en la que fue región sureña del mundo mayanense —a lo largo de la Sierra Madre de Chiapas y de los Andes Centroamericanos y sus estribaciones— convivieron desde los primeros siglos del clási-

co grupos de lengua y cultura maya con gentes que estaban en posesión de elementos originados en la altiplanicie mexicana. Floreció así, por ejemplo, con una fisonomía más teotihuacana que mayanese, el centro de Kaminaljuyú, no lejos de la actual ciudad de Guatemala. Más tarde la penetración de los pipiles, a la que también nos hemos referido, reforzó en algunos aspectos la ya antigua vinculación con el centro de Mesoamérica. Por todo esto ha podido afirmarse que la región de las tierras altas fue de hecho la menos característicamente maya.

La arqueología muestra además que, en las tierras altas, la arquitectura y, en general los centros de población guardaban pocas semejanzas con los de las otras regiones del mundo maya. En las edificaciones no se empleó aquí, por ejemplo, la falsa bóveda, característica de los mayas. Los centros ceremoniales, por otra parte, incluían a veces basamentos semicirculares sobre los que se levantaron templos al dios del viento como en la altiplanicie mexicana. Finalmente, en su conjunto, los centros de las tierras altas, si por algo sobresalen, es por su notorio aspecto defensivo, como contruidos por gentes habituadas a las empresas bélicas. Desde otro punto de vista, recordaremos que en ninguno de estos recintos se erigieron estelas con inscripciones calendáricas o de otra índole.

A la luz de todo esto se comprenderá que el ocaso del clásico en las tierras altas tuvo realmente poca significación, ya que no pudo perderse allí lo que en realidad nunca se había poseído. Cabe hablar, sin embargo, de alteraciones, parecidas a las que ocurrieron en el norte yucateco, poco tiempo después de iniciado el periodo posclásico. Las crónicas y otros textos que, primero por tradición oral y después por escrito, han llegado hasta nosotros en lenguas mayanese de esta región hablan asimismo de la entrada de gentes venidas de Tulan o Tulapan. Esos invasores habían tenido como guía supremo al llamado en quiché y cakchiquel Cucumatz, o Cuchulchán en tzotzil de Chiapas, vocablos equivalentes al de Kukulcán entre los mayas yucatecos.

Los hallazgos arqueológicos coinciden mostrando la importancia que tuvo esta nueva penetración de hombres del Altiplano. Pueden mencionarse las exploraciones en Iximché, la capital cakchiquel, Gumarcaaj (Utatlán), la metrópoli quiché, y Mixco Viejo, el centro de los pokomames. En todos estos sitios la influencia cultural tolteca aparece de múltiples formas. Volviendo a los textos indígenas, el conocido como *Título de los señores de Totonicapán*, de procedencia cakchiquel, es elocuente al respecto:

“Los sabios, los nahuales, los jefes y caudillos... vinieron de allá de donde sale el sol, del lugar llamado Pa Tulan...”

Y al hablar del origen de la autoridad y el saber, se reitera la vinculación con Tollan y el señor Cucumatz (Quetzalcóatl), designado también como Nácxit. Así, por ejemplo, en el *Popol Vuh* de los quichés se dice:

Legaron allá, al oriente, cuando fueron a recibir la investidura del reino. Y este era el nombre del señor, rey del oriente, a donde llegaron... el señor Nácxit, el único juez supremo de todos los reinos... el que acabó de darles las insignias de grandeza... las pinturas de Tulan, aquello en que ponían sus historias.

El gran respeto y aun veneración que se expresan en los textos al mencionar a Cucumatz o a Tulan se debieron probablemente a que —como en el caso de Yucatán— la nobleza gobernante se sentía vinculada por linaje con los antiguos invasores de origen tolteca. Estos, según parece, habían venido, entrado ya el siglo XI, desde el rumbo del oriente, partiendo de las costas del Golfo de México y siguiendo el curso del Usumacinta hasta llegar a las actuales fronteras de Chiapas y Guatemala.

La ulterior dispersión de tales invasores y su asentamiento entre distintos grupos mayas, trajo consigo, como había ocurrido también en Yucatán, la mezcla de sangres y el fortalecimiento de algunos antiguos señoríos mayenses. Así se formó con el paso del tiempo, un estado particularmente poderoso, el de la nación quiché, en parte toltequizada, y que perduró casi hasta los mismos años en que ocurrió la gran rebelión contra Mayapán en la península o sea hacia 1441.

Los textos que hemos citado y otros, como los *Anales de los cakchiqueles*, describen las formas de organización política y social, las creencias religiosas y las costumbres prevalentes en esta época de considerable influencia cultural de origen tolteca. Por otra parte, hablan asimismo de la serie de luchas que hubo luego entre los pequeños señoríos por afanes de predominio en el ámbito guatemalteco y chiapaneco de las tierras altas hasta los días de la conquista española.

Debemos añadir, a modo de conclusión, que es de gran interés para los especialistas disponer de la documentación aludida en lenguas como el quiché y cakchiquel. Ella ha permitido establecer comparaciones con los textos en náhuatl del Altiplano. Aun cuando queda mucho por precisar, consta al menos que entre unas y otras fuentes existen grandes afinidades. Si bien algunas —como las referentes al culto dado a dioses como Quetzalcóatl o Xipe Tótec, el señor desollado— se debieron a la influencia tolteca, otras parecen denotar tradiciones más



antiguas con semejanzas que provienen del legado en común de la civilización mesoamericana.

5. EL POSCLÁSICO MEDIO: 1200-1325. NUEVAS CRISIS CULTURALES Y REACOMODOS DE PUEBLOS

El completo abandono de Tollan-Xicocotitlan, acaecido, según hemos visto, hacia la segunda mitad del siglo XII, produjo grandes alteraciones no sólo en la altiplanicie central sino en la mayor parte de Mesoamérica y aun en algunas regiones de fuera de ella, en el ámbito norteño. Ya hemos mencionado la penetración de emigrantes de cultura tolteca en territorios de Michoacán, Guerrero, Oaxaca, Veracruz y Tabasco. Con mayor detenimiento nos hemos referido a la entrada de algunos de esos grupos en la región yucateca y en las tierras altas del mundo mayaense.

Así como tuvo grandes repercusiones el colapso de Tollan en distintos rumbos de Mesoamérica, consta también que, desprotegidas ya las fronteras norteñas de la zona de alta cultura, se desarrolló una nueva época de invasiones, cambios culturales y reacomodos de pueblos. A nuestro parece el inicio de tales acontecimientos —dentro del posclásico— justifica introducir aquí una división cronológica. La época anterior, el posclásico temprano, concluyó poco después de la ruina de Tollan. Fase de transición es esta de la que ahora vamos a ocuparnos. Descrita como época de crisis y reacomodos entre 1200 y 1325, la designamos con el nombre de posclásico medio. Época postrera en la evolución cultural autónoma de Mesoamérica es la del posclásico tardío, 1325-1521, cuando tuvieron lugar el asentamiento definitivo, los procesos de superación y el extraordinario esplendor de los mexicas o aztecas.

Al estudiar ahora lo más sobresaliente en el posclásico medio, nos fijaremos, como paso inicial, en la situación que prevalecía, a principios del siglo XIII, tanto que la altiplanicie central como en las regiones norteñas de la frontera mesoamericana.

Altiplanicie y tierras norteñas después de la ruina de Tollan

A pesar de todo, en no pocos sitios del Valle de México y áreas vecinas pudieron subsistir algunos toltecas. Documentos indígenas como el llamado *Códice Xólotl*, nos muestran gráficamente a algunas familias

que se quedaron en lugares como Chapultepec, en tanto que grupos mayores revitalizaron antiguos señoríos, entre ellos el de Culhuacán. Por otra parte, según lo referimos ya, hubo también toltecas que pasaron a Cholula, donde quedaron sometidos a los olmeca-xicalancas que allí imperaban. Tal estado de sujeción en Cholula habría de prolongarse cerca de un siglo hasta que, hacia 1292, los antiguos toltecas se adueñaron por completo de esa ciudad, gran centro de culto a Quetzalcóatl. Así, unas veces en pequeños agrupamientos y otras fortaleciendo antiguas fundaciones que habían tenido considerable importancia, el elemento cultural tolteca lejos estuvo de desaparecer de la Altiplanicie central.

Lo que sí ocurrió, en cambio, fue que los límites norteños de la alta cultura mesoamericana, tras el abandono de Tollan, se contrajeron muy considerablemente. Significa esto que la amenaza de posibles invasiones procedentes del norte se tornó más cercana y a la vez más inminente.

Como lo vimos en capítulos anteriores, desde el sur de Texas y en parte de Tamaulipas, Zacatecas, San Luis Potosí y regiones vecinas, seguían viviendo bandas de recolectores y cazadores de distintas filiaciones lingüísticas. En tanto que hacia el norte prevalecían los de idiomas hokanos, en el centro-norte moraban, entre otros, los llamados chichimecas de idioma pame. A estos últimos pertenecían varios de los grupos que muy pronto iban a irrumpir en el Valle de México.

Además de esos invasores, que se contaban en el conjunto de las bandas de recolectores y cazadores, hubo otros grupos cuya entrada ocurrió también por ese tiempo. Gracias a varios códices y crónicas sabemos que las alteraciones que se habían producido en la zona central afectaron asimismo a algunos conglomerados de idioma náhuatl, pobladores de distintos lugares en las llanuras del norte, a modo de avanzadas de la civilización mesoamericana. De acuerdo con varios relatos, la patria original de esas tribus nahuatlacas se hallaba en el norte y se conocía con los nombres míticos de Aztlán, “el lugar de las garzas” y Chicomóztoc, “el sitio de las siete cuevas”. Mucho han discutido los especialistas con el fin de precisar geográficamente la ubicación de tales sitios. Lo único cierto es que las recordaciones legendarias sitúan a Aztlán y Chicomóztoc en el ámbito de las regiones norteñas.

Las diferencias culturales entre estos grupos de lengua náhuatl y las bandas de recolectores y cazadores de filiación lingüística pame, eran ciertamente muy grandes. Los primeros, no sólo habían practicado ya la agricultura y eran asimismo dueños de diversas técnicas como las requeridas para la fabricación de cerámica, sino que, en sus for-

mas de organización, costumbres y creencias religiosas, tenían considerable afinidad con las gentes de alta cultura mesoamericana, en particular con las que, de tiempo atrás, habían habitado la altiplanicie. Tales grupos nahuatlacas, cuya peregrinación hacia el Valle de México, se inició en el siglo XII, eran portadores de una cultura que constituía versión decaída de rasgos y elementos que, en el Altiplano, en cambio, habían continuado enriqueciéndose. Desde otro punto de vista, podrían también compararse los niveles culturales de esos antiguos pobladores de Chicomóztoc con lo que conocemos acerca de otros grupos, de filiación lingüística uto-azteca, que incluso habían llegado a formar señoríos en varios lugares de Colima, Jalisco y Nayarit.

Las gentes a las que nos estamos refiriendo son las conocidas tradicionalmente como “las siete tribus nahuatlacas”. Aunque no siempre coinciden códigos y crónicas en los nombres de dichas tribus, damos a continuación los que más frecuentemente aparecen: tepanecas, acolhuas, chinampanecas (o xochimilcas), chalcas, tlatepotzcas (que incluía a los tlaxcaltecas, huexotzincas y otros), tlahuicas y mexicas. Después de largo peregrinar, las varias tribus nahuatlacas, de manera independiente y sucesiva, entraron en la región de los lagos del Valle de México desde los comienzos del siglo XIII. Por su parte, las hordas chichimecas —capitaneadas por su jefe de nombre Xólotl— habrían de acercarse a Tula hacia 1244, para penetrar al norte del mismo valle algunos años después.

Ni la arqueología ni otras fuentes han precisado hasta ahora si los desplazamientos de las tribus nahuatlacas y de las bandas de pames chichimecas, afectaron la estabilidad de otras comunidades hablantes de idiomas uto-aztecas, cual sería el caso de los coras, huicholes, tephuanos y otros. Ignoramos asimismo si los dichos desplazamientos pudieron provocar algunas consecuencias en ámbitos más apartados como el de los grupos hokanos de Tamaulipas o el de los indios Pueblos en Chihuahua, Arizona y Nuevo México.

Respecto de estos últimos consta que también se dejaron sentir entre ellos por esta época perturbaciones y crisis que fueron causa del abandono de algunos de sus antiguos establecimientos. Además, poco después —verosímelmente entrado ya el siglo XIV— hubo también en la zona habitada por los Pueblos una serie de invasiones. Los que entonces irrumpieron allí fueron los apaches, designación que incluye diversas parcialidades, entre ellas las de los navajos. Los apaches eran miembros de la familia atapascana y procedían de la región de las Grandes Llanuras en lo que actualmente son los Estados Unidos. La entrada de los apaches, nómadas, cazadores y recolectores, modificó

hondamente el panorama cultural en el sur de Arizona y Nuevo México, así como en parte de Chihuahua y Sonora. Si bien los apaches llegaron a enriquecer sus formas de vida con elementos como la práctica de la agricultura y las técnicas de los tejidos, adquiridas a través de sus contactos con los Pueblos, su establecimiento definitivo en la región fue ocasión permanente de conflictos. Síntoma del carácter independiente de los apaches y de su actitud agresiva, que hizo posible su supervivencia, fue que jamás llegaron a ser absorbidos cultural o políticamente ni por los indios Pueblos ni más tarde por los conquistadores y colonizadores españoles.

Descrita así la situación que prevalecía en la altiplanicie y, más allá, en las tierras norteñas, después de la ruina de Tollan, trataremos ya de la irrupción misma de las bandas chichimecas, capitaneadas por Xólotl, así como de los procesos de contacto y cambios culturales que se desarrollaron en el Valle de México.

Los chichimecas de Xólotl y sus descendientes

La penetración —hacia mediados del siglo XIII— de las hordas capitaneadas por Xólotl volvió patentes los grandes contrastes que había entre los pueblos sedentarios, creadores de centros urbanos, y los belicosos inmigrantes, señores de la flecha y el arco. Al decir de los *Anales de Cuauhtitlán*: “Eran estos chichimecas que vivían como cazadores, que se vestían con pieles de animales y que comían tunas grandes, cactus, maíz silvestre...” Los descendientes de los toltecas, de los que quedaban unos pocos en la región de los lagos, hablaban el idioma náhuatl que, en menos de dos siglos iba a ser el idioma más difundido en Mesoamérica, los invasores se expresaban, en cambio, en lenguas del tronco macro-otomangue, como el pame.

A tres códices, elaborados más tarde en Tetzaco, y que llevan los nombres de *Xólotl*, *Plotzín* y *Quinatzin*, así como a los escritos de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, debemos sobre todo la información que nos permite conocer lo que entonces ocurrió. En la primera lámina del *Códice Xólotl* aparece el caudillo del mismo nombre, acompañado de su hijo Nopaltzin, contemplando desde la cima de un monte la superficie del Valle de México en busca de lugares de asentamiento. Tras permanecer algún tiempo en el sitio que, en su honor, se llamó Xóloc, se hizo establecimiento definitivo en Tenayuca. Allí, donde existían ya desde antes vestigios de edificaciones toltecas, se organizó la que Ixtlilxóchitl solemnemente llama “corte de los chichimecas”.

El príncipe Nopaltzin y otros hicieron desde allí algunas incursiones a lugares como Culhuacán y Cholula. Poco a poco las gentes de Xólotl adquirieron una imagen de lo que habían sido y eran las tierras que ahora iban a poblar. La zona de los lagos era en verdad atractiva. Además de las posibilidades de la pesca, las montañas cercanas ofrecían, mucho más que las llanuras del norte, abundancia de caza. Los vestigios de cultivo y lo que quedaba de antiguas chinampas y de sistemas de irrigación —todo ello representado en el *Códice Xólotl*— interesaba menos a los chichimecas.

Debemos señalar aquí que, por este mismo tiempo, o sea durante el último tercio del siglo XIII, algunas de las tribus nahuatlacas, procedentes de Chicomóztoc, había consumado también su entrada por diversos rumbos del Valle de México. Entre los primeros en llegar estuvieron los xochimilcas, así como los que luego fueron a establecerse por el rumbo de Chalco y los que más tarde se conocieron con los nombres de tepanecas y acolhuas. Hubo desde luego numerosos contactos, intercambios culturales y enfrentamientos entre miembros de estas tribus, por una parte, y grupos de los chichimecas de Xólotl y descendientes de los antiguos toltecas, por otra. A la postre, con intervención de Xólotl, entonces muy anciano, varios de los distintos inmigrantes se establecieron ya en lugares determinados. Los tepanecas quedaron al norte y comenzaron a fundirse con los antiguos habitantes de Azcapotzalco, que eran, a su vez, mezcla de gentes de origen teotihuacano, otomí y tolteca. Una rama de los chichimecas, conocida como la de los oto-mazahuas, fijó su residencia al norte, en Xaltocan. Por el rumbo del oriente, en Coatlichan, se asentó la tribu de los acolhuas. Nopaltzin, el hijo y sucesor de Xólotl, se quedó en Tenayuca, casado con una princesa culhuacana, de estirpe tolteca. En el caso de las tribus chalcas y xochimilcas, debemos añadir que, al mezclarse en los sitios de los que derivaron sus nombres, con sobrevivientes de filiación tolteca, contribuyeron a un nuevo desarrollo en los correspondientes lugares.

La historia, hasta mediados del siglo XIV, puede resumirse diciendo que consistió en una serie de procesos de cambio cultural cuyo término fue la transformación en civilizados de las antiguas hordas seminómadas. A Nopaltzin, que murió hacia 1315, lo sucedió Tlotzin, el primer jefe chichimeca mestizo, tolteca ya por línea materna. Fundó éste un señorío, no muy lejos de Coatlichan, en Tlatzallan-Tlalanóztoc. La influencia que recibió, en particular de un sacerdote chalca de origen tolteca, fue factor decisivo en los cambios que luego se produjeron. Según las noticias que proporciona el código que lleva el nombre de *Tlotzin*, éste, gracias al sacerdote chalca, aprendió la lengua náhuatl,

gustó ya de manjares como el atole y los tamales, alimento clásico de las gentes civilizadas de Mesoamérica. También él, como su padre, escogió por esposa a una mujer de linaje tolteca, Pachxochitzin, oriunda de Chalco. Con el propósito de mejorar las formas de vida de su pueblo, se empeñó luego Tlotzin en introducir la agricultura.

Sucesor del anterior fue su hijo Quinatzin. Éste, desde algunos años antes de la muerte de su padre, había fundado su propio señorío en Tetzco. A la postre el sitio de Tlatzallan-Tlalanóztoc —fallecido ya Tlotzin— quedó subordinado a Tetzco. Lo que era aún incipiente poblado, iba a convertirse en importante ciudad donde culminaría el proceso de transformaciones culturales de los chichimecas y florecería de nuevo la herencia tolteca. El cronista Ixtlilxóchitl describe así lo que ocurría en Tetzco.

Si Tlotzin tuvo muy particular cuidado de que se cultivase la tierra, fue con más ventajas el que tuvo Quinatzin en tiempo de su imperio, compeliendo a los chichimecas no tan sólo a ello, sino a que poblasen y edificasen ciudades, sacándolos de su rústica y silvestre vivienda, siguiendo el orden y estilo de los toltecas...

Hubo ciertamente algunos descontentos que no quisieron aceptar las tareas de la agricultura. De ellos sabemos que fueron al fin expulsados de Tetzco. Como en compensación, Quinatzin propició la llegada de otros inmigrantes, los llamados *tlailotlaques*, “los regresados” y *chimalpanecas*, los “de la región de los escudos”, entre quienes abundaban artifices y sabios. Los tlailotlaques enseñaron a los chichimecas de Tetzco el arte de pintar y escribir historias en los códices. Los chimalpanecas introdujeron a su vez diversas técnicas. Las prácticas y creencias religiosas de origen tolteca comenzaron a ocupar entonces el lugar de los más simples ritos chichimecas. En vez de adorar tan sólo al sol y a la tierra, sacrificándoles aves y serpientes, los nuevos cultos se dirigieron ya a deidades como Quetzalcóatl, Tláloc, Xipe-Tótec y la diosa Tlazoltéotl.

Techotlala, hijo de Quinatzin, gobernó en Tetzco a partir de 1357. A él correspondió consumir el largo proceso de transformación de los chichimecas. Acertadamente expresa Alva Ixtlilxóchitl que “ya en esta sazón los chichimecas estaban muy interpolados con los de la nación tolteca”, Lo que más tarde ocurrió en Tetzco, en tiempos del rey, llamado asimismo Ixtlilxóchitl, hijo de Techotlala y padre del célebre Nezahualcóyotl, rebasa con creces la época de que aquí estamos tratando. Por el momento diremos en resumen que, asentados en Tetzco los descendientes de Xólotl, tras asimilar múltiples elementos de la

alta cultura mesoamericana, con razón podían ufanarse autonombrándose ya “toltecas-chichimecas”.

Establecimiento y desarrollo de otros señoríos en la región central

Mencionamos la formación, en la zona norte del valle, del señorío de Xaltocan, poblado por grupos oto-mazahuas. Acerca del mismo diremos tan sólo que también allí se desarrollaron, aunque con menor intensidad que en Tetzoco, procesos de cambio cultural. Xaltocan adquirió, además, considerable prepotencia política. Pudo así expandirse hasta abarcar, desde el rumbo de San Cristóbal Ecatepec hasta una parte del valle del Mezquital en el actual Estado de Hidalgo.

Por su parte los tepanecas de Azcapotzalco, donde, como se ha dicho, vivían gentes de orígenes muy distintos, iniciaron la etapa de su verdadero florecimiento hacia principios del siglo XIV, cuando tuvieron por gobernante supremo al señor Acolnahuacatzin. Este actuó ya hostilmente con otros descendientes de Xólotl que habían permanecido en Tenayuca y asimismo tuvo enfrentamientos con los habitantes de Culhuacán. Consecuencia de esto último fue que sitios como Coyoacán, así como una parte considerable del interior de los lagos, precisamente donde se hallaban las islas que más tarde se llamaron Tenochtitlan y Tlatelolco, cayeron bajo el dominio de Azcapotzalco. Al sucesor de Acolnahuacatzin habría de corresponder —según lo veremos en el capítulo siguiente— ensanchar al máximo su territorio, aun a costa de la existencia misma de otros señoríos como los de Xaltocan y Tetzoco.

Los chalcas y los xochimilcas continuaron asimilando la cultura de los más antiguos residentes de origen tolteca. La existencia de los señoríos de Chalco y Xochimilco, como entidades independientes, iba, sin embargo, a verse muy pronto amenazada por los designios de culhuacanos y tepanecas.

De los tlahuicas, que pasaron a situarse en lo que hoy es el Estado de Morelos, dando origen al señorío de Cuauhnáhuac (Cuernavaca), anticiparemos que, como fue el caso de otras tribus nahuatlacas, su supervivencia en libertad pronto cayó en peligro. Los tepanecas de Azcapotzalco se adueñarían al fin de esa región.

Veamos ahora cuál fue el destino de los que genéricamente designan las fuentes como tlatepotzcas. Abarcó este nombre a los grupos que fueron a situarse a espaldas de las montañas, es decir más allá del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. Algunos de éstos, acercándose a la ciudad de Cholula, se convirtieron en auxiliares de las gentes toltecas que,

como vimos, se impusieron allí a los olmecas huixtotin, que habían sido dueños de ese gran centro desde el siglo IX. Los tlátepōtzcas que así colaboraron con los toltecas, fueron recompensados con una concesión de tierras, dentro también de lo que hoy es el Estado de Puebla, al sur de su moderna capital. Surgieron así los señoríos de Cuauh-tinchan y Totomihuacan, y, paralelamente, el de Huexotzinco. Tan grande llegó a ser el desarrollo, especialmente del último, que a la postre —a mediados del siglo XIV—, los huexotzincas pudieron extender sus dominios hasta incluir en ellos a la metrópoli cholulteca.

Miembros también de los contingentes tlátepōtzcas fueron los tlaxcaltecas. Entrados éstos en el Valle de México desde principios del siglo XIII, se habían asentado en Poyauhtlan, no lejos del señorío de Coatlichan. Tras un enfrentamiento con los habitantes de dicho lugar, los tlaxcaltecas continuaron su marcha hasta llegar a tierras del Estado que lleva su nombre. Aproximadamente desde 1340 se inició el proceso de fundación de las cuatro cabeceras tlaxcaltecas. Fueron éstas las de Tepetícpac, Ocotelulco, Tizatlan y Quiahuiztlan.

De este modo la serie de penetraciones, crisis y reacomodos de pueblos, iniciados desde fines del siglo XII, fueron dando lugar a la consolidación de nuevos centros, varios de los cuales se convirtieron en importantes focos de cultura.

Se inició en el Valle de México y regiones vecinas una nueva etapa cultural que se ha comparado con el casi contemporáneo temprano renacimiento italiano, cuando florecían también en el Viejo Mundo numerosas ciudades-estados de creciente esplendor. Al decir de un texto en náhuatl, incluido en el *Códice Matritense*:

Entonces adquirieron vigor
nuevos señoríos, principados, gobiernos.
Y los príncipes, señores y jefes,
gobernaron, establecieron ciudades.
Hicieron crecer, extendieron, aumentaron sus ciudades.

Algunas de esas ciudades, cabecera de señoríos, pretendieron, una y otra vez, el predominio absoluto sobre la región del valle y sus alrededores. Como habremos de verlo en el capítulo siguiente, correspondió a Azcapotzalco ejercer supremacía por largo tiempo. Ahora bien en este escenario político de la región de los lagos, hacia mediados del siglo XIII, hizo su aparición el último grupo nahuatlaca venido también del norte, los mexicas o aztecas, portadores de atributos en función de los cuales realizarían su destino. A su propia conciencia de ser

un pueblo predestinado, y a su fuerza de voluntad indomeñable se debió que, antes de dos siglos, se convirtieran los mexicas en amos supremos de buena parte de Mesoamérica.

Peregrinación de los mexicas

Aztlán, es decir el sitio donde moraban los aztecas o mexicas antes de iniciar su marcha, según las representaciones de algunos códices era una isla en medio de una laguna. Los mexicas vivían allí siendo tributarios de los que se nombraban aztlanecas. Grandes eran sus penalidades en ese lugar. Al fin, su protector, el dios Huitzilopochtli, se compadeció de ellos. Su determinación fue que partieran de allí para establecerse en la tierra que les tenía destinada. El mismo había ido a contemplar la que debía ser nueva patria de su pueblo. En el pensamiento divino existía ya la ciudad que los mexicas habrían de edificar en medio de los lagos, en el corazón de Anáhuac. Estas fueron las palabras de Huitzilopochtli, según la crónica en náhuatl del indígena Cristóbal del Castillo:

Así es, ya he ido a ver el lugar bueno, conveniente... Se extiende allí un muy grande espejo de agua. Allí se produce lo que vosotros necesitáis, nada se echa allí a perder. No quiero que aquí os hagan perder. Así os haré regalo de esa tierra. Allí os haré famosos en verdad entre todas las gentes. Ciertamente no habrá lugar habitado donde vosotros no alcancéis fama...

Huitzilopochtli determinó la marcha de los mexicas, en un año, de su calendario 1-Pedernal. Tal fecha estaba consagrada precisamente al dios Huitzilopochtli. Algunos, que han querido relacionar esta recordación mítico-calendárica con la cronología del mundo europeo, señalan que dicho año 1-Pedernal correspondió al de 1111 d. C. Suponen otros que la partida desde Aztlán ocurrió un ciclo de 52 años después, en 1163 d. C. A ciencia cierta tan sólo sabemos que la peregrinación se prolongó por largo tiempo. Los escribanos mexicas de los códices o libros de años, tratando de esclarecer su propio pasado, dejaron el siguiente relato que recogió Bernardino de Sahagún en el *Códice Matritense*:

Los mexicas, según la tradición, vinieron hacia acá los últimos, desde la tierra de los chichimecas, desde las grandes llanuras... Cuánto tiempo anduvieron en las llanuras, ya nadie lo sabe... Los mexicas comenzaron a venir hacia acá. Existían, están pintados, se nombran en lengua

náhuatl, los lugares por donde pasaron. Al venir, cuando fueron siguiendo su camino, no se les recibía en parte alguna. Por todas partes eran repudiados, nadie conocía su rostro. Por todas parte les decían: ¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde venís?

En contraparte, los mismos textos reiteran la confianza del pueblo que, a lo largo de su marcha, sabía que su dios venía hablando a los sacerdotes, señalándoles el camino: Yo os iré sirviendo de guía —decía Huitzilopochtli— yo os mostraré el camino.

La ruta de la peregrinación ha sido objeto de diversos estudios. Se ha buscado precisarla geográficamente, hasta donde ello es posible, con base en los códices y otros testimonios. Lugar prominente ocupa, entre esas fuentes, la que se conoce como *Tira de la Peregrinación* cuyo original se conserva en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología en México. Otros documentos, también de suma importancia en este asunto, son los códices que ostentan las designaciones siguientes: *Azcatitlan, Mexicano, Vaticano A, Telleriano-Remensis, Mapa Sigüenza, Códice Ramírez*, así como los testimonios en náhuatl de los informantes de Sahagún, *los Anales de Tlatelolco, Anales de Cuauhtitlán*, y la *Crónica mexicana* de Tezozómoc.

Con apoyo en esas y otras fuentes cabe afirmar que los mexicas, después de varios años de andar, entraron en tierras de Michoacán. Allí, en las riberas del lago de Pátzcuaro, hubo una discordia entre ellos. El resultado fue que algunos se quedaron en esa región para siempre. Al decir de los mexicas de tiempos posteriores, las gentes que permanecieron en Pátzcuaro fueron precisamente los ancestros de los purépechas o tarascos. Aunque esta afirmación es sin duda legendaria, cabe percibir, a través de ella, un velado deseo de los habitantes de Tenochtitlan de vincularse de algún modo con el pueblo tarasco por el que experimentaban admiración y respeto. Recordemos que el prestigio en la guerra —tan buscado por los mexicas— fue en alto grado atributo de los tarascos. Consta que rechazaron ellos con éxito los varios intentos de absorción, emprendidos por los mexicas en los días de su esplendor, en la segunda mitad del siglo XV.

La marcha de los seguidores de Huitzilopochtli se prosiguió más allá de Michoacán. Entrando al parecer por el rumbo de Toluca, llegaron a Malinalco. Nueva ocasión de discordia dio allí una hechicera que se decía hermana de Huitzilopochtli. Su nombre era Malinalxóchitl. Irritados los sacerdotes por las frecuentes intromisiones de la hechicera, consultaron a Huitzilopochtli sobre lo que debían hacer. El dios dispuso que Malinalxóchitl quedara abandonada en Malinalco.

En medio de las discrepancias en los relatos, es posible afirmar que los mexicas se dirigieron luego a Coatepec, por el rumbo de Tula. En Coatepec, tuvieron ocasión de encender, por vez primera, el fuego nuevo, al inicio de un ciclo de 52 años. Más adelante se detuvieron en otros varios lugares. Entre ellos estuvieron Atlitlalaquían, Tlemaco, Apazco, Zumpango, Xaltocan, Ecatepec, Pantitlan y, por fin Chapultepec. A este último, posesión entonces de los tepanecas de Azcapotzalco, llegaron, según parece, hacia 1280. Allí permanecieron cerca de veinte años. Durante ese lapso tuvieron que hacer frente a distintas formas de agresión. De un lado los tepanecas se empeñaban en expulsarlos de lo que era parte de sus dominios. De otro, un hijo de la hechicera Malinalxóchitl, el llamado Cópil, trataba asimismo de destruir a quienes habían abandonado a su madre.

Los sacerdotes mexicas Tenochtli y Cuauhtlequetzqui hicieron frente a los asedios de Cópil. En el enfrentamiento Cópil perdió la vida. Por disposición de Huitzilopochtli, el corazón del agresor fue arrojado en el lago. Tenochtli, el sacerdote, tuvo entonces una visión profética. Contempló cómo del corazón de Cópil brotaba un tunal y encima de él se erguía un águila. La visión de Tenochtli, portento y presagio a la vez, lo llevó a proclamar ya el destino de la metrópoli mexica: “Ésta será nuestra fama, en tanto que permanezca el mundo, así durará el renombre, la gloria, de México-Tenochtitlan”.

La estancia en Chapultepec concluyó de manera violenta. Los tepanecas asediaron a los mexicas y los obligaron a salir. En 1299 pasaron estos a Culhuacán, el antiguo centro de origen tolteca. Pidieron entonces al señor culhuacano les concediera algún sitio para establecerse en él. La respuesta fue enviarlos a la región pedregosa de Tizapán, por el rumbo de San Ángel, al sur de la actual ciudad de México. El propósito oculto era que las serpientes ponzoñosas, abundantes en esa región, acabaran con ese pueblo de rostro desconocido, los indeseables mexicas. Los relatos en náhuatl refieren que, en vez de morir picados por las serpientes, los mexicas les dieron muerte y las asaron para comérselas. En contacto con la gente de Culhuacán, y violando restricciones, los mexicas empezaron a buscar mujeres entre las hijas de sus vecinos. Así fueron emparentando con quienes eran de estirpe tolteca. Después de haber servido de múltiples formas a Culhuacán, participando a veces como auxiliares en sus campañas bélicas, los mexicas hubieron de cumplir, hacia 1323, un nuevo designio de Huitzilopochtli. Les ordenó éste que pidieran al señor de Culhuacán les concediera a una hija suya, doncella, para convertirla en personificación de la diosa Yaocíhuatl, “mujer guerrera”. El gobernante accedió a la

petición. Pero el designio de Huitzilopochtli no era conservar la vida de la doncella sino disponer su inmediato sacrificio. Estalló entonces la ira de los culhuacanos que expulsaron a los mexicas de Tizapán. Tras de pasar por Iztapalapa y otros sitios, los mexicas se adentraron en el lago y, precisamente, en un año 2-Casa, 1325 —según la versión tradicionalmente aceptada— encontraron en el islote de México-Tenochtitlan la señal prometida por su dios Huitzilopochtli y corroborada por la profecía del sacerdote Tenochtli: el águila sobre el tunal, devorando una serpiente. De los varios textos que refieren la realización del portento, citaremos el que conservó el cronista Chimalpahin:

En el año 2-Casa (1325)
llegaron los mexicas
en medio de los cañaverales,
en medio de los tulares,
vinieron a poner término,
con grandes trabajos
vinieron a merecer tierras.
En el dicho año 2-Casa
llegaron a Tenochtitlan,
allí donde crecía
el nopal sobre la piedra,
encima del cual se erguía el águila,
estaba devorando una serpiente.
Allí llegaron entonces.
Por esto se llama ahora
Tenochtitlan Cuauhtli itlacuayan:
donde está el águila que devora
en el nopal sobre la piedra.

Así ocurrió el establecimiento definitivo de los mexicas en el lugar donde iban a edificar la capital de su imperio. Ingenuo sería suponer que este acontecimiento puso ya término a las crisis y enfrentamientos que, por lo contrario, siguieron configurando, por cerca de un siglo más, la realidad política y cultural de la altiplanicie. Sin embargo, pensamos que la fundación de México-Tenochtitlan, a modo de símbolo, puede tenerse como el momento de arranque de una última época en la trayectoria autónoma de Mesoamérica. Cuanto padecieron y alcanzaron los mexicas, a partir de 1325, tuvo al fin resonancia y a veces grandes consecuencias en buena parte de Mesoamérica. El papel de los seguidores de Huitzilopochtli fue cada día más importante y



decisivo, hasta el año de 1521, cuando, con la caída de Tenochtitlan, se sentenció a muerte todo desarrollo cultural autónomo de las sociedades indígenas en los cuatro rumbos del territorio mexicano.

6. EL POSCLÁSICO TARDÍO 1325-1521

Iniciamos con una reflexión este último capítulo en nuestro largo recorrido a través de la historia indígena de México. Hemos visto cómo, desde los últimos tiempos del preclásico, y sobre todo a partir del esplendor clásico, se definió una gran frontera cultural entre los grupos que participaban en la civilización mesoamericana y aquellos otros que, con diferentes grados de desarrollo, vivían fuera de ella en el septentrión del país. El principio de las grandes transformaciones, que culminaron con la formación de la alta cultura y la civilización mesoamericanas, había ocurrido en la zona costera del Golfo de México, cerca de los límites de Veracruz y Tabasco, es decir en el área olmeca. La irradiación ejercida por los olmecas hizo posibles, siglos después, las aportaciones de la gran metrópoli teotihuacana, de otros centros en los ámbitos de Veracruz y Oaxaca y del extraordinario conjunto de ciudades mayas.

Ahora bien, reconociendo que el arranque de la civilización mesoamericana tuvo lugar en las costas del Golfo, nos encontramos con un conjunto de realidades, de tiempos posteriores, que parecen conferir específicamente a otra región de Mesoamérica el carácter de nuevo foco de irradiación cultural casi nunca interrumpida. La zona a que nos referimos es la altiplanicie central. Los grandes centros, que sucesivamente florecieron en ella desde el periodo clásico, de un modo o de otro propagaron su cultura e influyeron por los cuatro rumbos de Mesoamérica y asimismo en las tierras norteñas. No significa esto que neguemos o pretendamos disminuir la capacidad de difusión cultural de los pueblos de Oaxaca, de Veracruz y del mundo mayanense, a lo largo del clásico o del posclásico. Nuestra afirmación implica tan sólo que sobresale como atributo de los grandes centros del Altiplano, durante sus respectivas épocas de florecimiento, haber influido más que ningunos otros en la gran mayoría de gentes establecidas en otras regiones de Mesoamérica.

Irradiación de los grandes centros de la altiplanicie

Recordemos el caso de Teotihuacan. Allí, antes que en otro sitio —a partir del siglo I d. C.— se inició el esplendor del clásico. Allí existió la primera gran metrópoli que hubo en Mesoamérica. La intensa irradiación cultural de ésta se dejó sentir por el ámbito de Veracruz, en tierras del occidente, entre los zapotecas de Oaxaca, en sitios como Kaminaljuyú y en otros del área maya. Más tarde, la herencia de Teotihuacan se recibió asimismo en Cholula, Xochicalco, El Tajín, Azcapotzalco y Culhuacán. Los teotihuacanos habían ensanchado las fronteras de la civilización hacia el norte. En el extremo sur de Mesoamérica influyeron también a través de los emigrantes pipiles, en Chiapas, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y la península de Nicoya en Costa Rica. En resumen, ningún otro centro o metrópoli del clásico alcanzó a hacer sentir su presencia, tan honda y ampliamente en el mundo mesoamericano, como Teotihuacan.

En forma hasta cierto punto parecida, correspondió a Tollan-Xicotitlan ser principal núcleo de irradiación durante los primeros siglos del posclásico. Entonces avanzó la influencia de Mesoamérica por el norte. Lo tolteca dejó también su huella en muchos lugares del centro y del rumbo de occidente, así como de Tamaulipas, Veracruz y Oaxaca. Por otra parte a partir de la que llamamos primera decadencia de Tollan, cuando ocurrió la salida de Quetzalcóatl, la penetración cultural tolteca se volvió realidad en Tabasco, Campeche, el norte de Yucatán y en las tierras altas de Guatemala. Testimonio que debe tomarse en cuenta lo ofrecen a este respecto, los textos en varias lenguas mayenses en las que se proclama que la investidura del poder procedía siempre de Tollan.

Finalmente, como un último eslabón, tras las crisis y reacomodos de pueblos en el posclásico medio, surgen nuevos afanes de prepotencia en el ámbito de la altiplanicie. Como vamos a verlo, los descendientes de Xólotl y los tepanecas de Azcapotzalco fueron por un tiempo actores empeñados en restaurar el antiguo poderío tolteca-chichimeca. Otro pueblo, sin embargo, hizo al fin realidad tales pretensiones. Durante el último siglo antes de la conquista española, correspondió precisamente a los mexicas ejercer, desde México-Tenochtitlan, nueva forma de predominio en diversos lugares de Mesoamérica.

Debemos aceptar, desde luego, que no fue siempre igual el tipo de influencia que sucesivamente tuvieron Teotihuacan, Tollan y México-Tenochtitlan en el resto de Mesoamérica. La difusión mantenida por

Teotihuacan destacó sobre todo como transmisión de elementos culturales: concepción urbanística, arquitectura, simbolismo religioso, escultura y cerámica. También de índole cultural pero ya con ciertos rasgos militaristas y de penetración violenta, se definió el papel de los toltecas, con la idea —reconocida incluso en apartadas regiones— de que la investidura del poder procedía de Tollan. Abiertamente de prepotencia política y en alto grado de móviles económicos, fue la actitud de México-Tenochtitlan en Mesoamérica. Los ejércitos y mercaderes mexicas propiciaban e imponían relaciones de sujeción —fijando, por ejemplo, cargas tributarias— con pueblos que habitaban a veces regiones sumamente apartadas.

Por encima de diferencias, se nos muestra así, como un hecho en la historia indígena, la extraordinaria capacidad de los grandes centros del Altiplano para influir y ejercer sucesivamente diversas formas de predominio en otras zonas de Mesoamérica. Ante esta realidad cabría formularse una serie de preguntas. Entre ellas nos plantearemos tan sólo la siguiente: ¿esta especie de prepotencia del Altiplano, que imponía lo propio y adquiría de los otros lo que necesitaba, puede considerarse como un antecedente en las tendencias centralizantes desde la metrópoli, capital del México moderno?

En el presente capítulo vamos a estudiar precisamente cómo se formó y culminó el gran poderío de los mexicas. Ello, desde luego, nos llevará también a inquirir en las distintas situaciones en que se encontraban sus principales vecinos contemporáneos en Mesoamérica. El que nuestra atención se concentre sobre todo en la evolución cultural de la nación azteca se explica por el papel decisivo que, como ya dijimos, llegó a desempeñar.

La situación política en el Valle de México

Para valorar lo que significó el ya descrito asentamiento, en 1325, de los seguidores de Huitzilopochtli en Tenochtitlan, debemos formarnos una imagen de la situación en que se encontraban los reinos y señoríos que florecían en las riberas de los lagos. Tres eran entonces los reinos —Azcapotzalco, Culhuacán y Coatlichan— que sobresalían por encima de todos.

Azcapotzalco continuaba gobernado por el tepaneca Acolnahuacatzin que sistemáticamente proseguía sus guerras de conquista. Dado que los mexicas, al establecerse en Tenochtitlan, habían quedado dentro de los límites de los tepanecas, tuvieron no sólo que pagar tributos

a Azcapotzalco sino participar también en muchas de sus empresas bélicas.

Al sur de los dominios de Azcapotzalco, en un territorio en que habían vivido los mexicas hasta que pasaron a Tenochtitlan, continuaba existiendo el antiguo reino de Culhuacán. Aunque perduraba allí la antipatía en contra de los mexicas, como consecuencia de la última actuación de éstos —sacrificio de la princesa culhuacana— había también mejores formas de vinculación con ellos, en especial a través de no pocos enlaces matrimoniales. Cuando más tarde, hacia 1367, Culhuacán fue conquistado por los tepanecas de Azcapotzalco, iba a brotar en los mexicas la idea de que correspondía a ellos heredar sus realidades política y cultural, derivadas de los toltecas. Por eso los mexicas habrían de obtener de los culhuacanos que les asignaran a un príncipe para que, como rey o *Tlatoani*, fuera a gobernar en Tenochtitlan.

Coatlichan, en las riberas orientales del lago de Tetzco, era el otro de los reinos más importantes en el momento que nos ocupa. Gobernaba allí Acolmiztli que asimismo promovía la expansión de sus dominios. El señorío de Tetzco, al norte de Coatlichan, era uno de sus tributarios.

Situados en medio de estas entidades políticas y en contacto también con otros señoríos como Xochimilco, Mízquic, Cuitláhuac, Chimalhuacan y Chalco, los mexicas continuaban obedeciendo a los sacerdotes y jefes que habían sido sus guías en la peregrinación. Entre ellos cabe recordar aquí a Tenochtli. Los *Anales de Cuauhtitlán* nos dicen escuetamente que: “Entonces tuvo principio México-Tenochtitlan. Sólo unas cuantas chozas fueron construidas en medio de los carrizales que había en el lugar”. Construcción principal, aunque todavía muy modesta, fue la del templo en honor de Huitzilopochtli. Cuando ésta se concluyó, el dios, a través de sus sacerdotes, expresó nueva profecía: “Escuchad —dijo— estableceos haced partición, fundad señoríos por los cuatro rumbos del mundo...”

Los primeros tiempos de Tenochtitlan

Entendido el mandato de Huitzilopochtli como profecía, fue apuntamiento a lo que llegaría a ser el poderío mexica. En un sentido más inmediato señalaba el modo como debía distribuirse el poblado en cuatro sectores, a la manera de los cuadrantes cósmicos representados en los códices. Al noreste quedó *Atzacualco*, “donde está la compuerta del agua”, sede más tarde del barrio colonial de San Sebastián. El no-

roeste se erigió *Cuepopan*, “donde abren sus corolas las flores”, el futuro barrio de Santa María la Redonda. Al sureste *Teopan*, “en el lugar del dios”, que posteriormente se llamó Barrio de San Pablo. Finalmente, al suroeste estuvo *Moyotla*, “en el lugar de los moscos”, el barrio de San Juan, en los días de la Nueva España.

Estos cuatro sectores originales fueron el núcleo de la ciudad que más tarde creció ganando tierra al lago. Esto se logró por medio de las célebres chinampas, sementeras que se construían a modo de arazones con varas y carrizos en donde se amontonaba la tierra y el cieno del lago. A la postre las chinampas quedaban unidas al islote, divididas a veces entre sí por canales.

Organizadas las cuatro grandes divisiones, se instalaron los dioses propios de los varios *calpulli* o sea de los distintos linajes que vivían allí. Según algunos cronistas, pocos años después de la fundación de Tenochtitlan algunos de los mexicas, por discordias internas, decidieron abandonar la ciudad. Ocurrió ello en un año 1-Casa, 1337. La consecuencia fue que se formara, como población gemela, la que se denominó Tlatelolco, en un islote más pequeño, al norte de Tenochtitlan, en donde, desde tiempos más antiguos, se habían asentado otros grupos, anteriores a los de estirpe mexica. A partir de entonces quienes quedaron en Tenochtitlan insistían en darse a conocer como mexica-tenochcas.

Los seguidores de Huitzilopochtli continuaban trabajando con todas sus fuerzas por mejorar su ciudad, en tanto que seguían pagando tributos a los tepanecas de Azcapotzalco, sirviéndolos asimismo sobre todo en las guerras que frecuentemente tenían con otros pueblos. Al decir de varias fuentes, en 1363, cuando comenzó a humear el volcán Popocatepetl, tuvo lugar la muerte del antiguo caudillo Tenochtli. Por ese tiempo falleció también Acolnahuacatzin, el señor tepaneca. Como sucesor de este último se entronizó entonces Tezozómoc, durante cuyo reinado habría de expandirse más que nunca el poderío de Azcapotzalco.

Contando con el refuerzo de los mexica, Tezozómoc obtuvo pronto dos victorias en extremo significativas. La primera fue la que se trajo en el sometimiento de Culhuacán y la segunda en la ocupación del señorío de Tenayuca. Los mexicas, desde la muerte de Tenochtli, habían manifestado ya su propósito de tener un *tlatoani* o rey, imitando en esto a los otros pueblos que, como los antiguos toltecas, los culhuacanos y tepanecas, así se gobernaban. Un grupo de mexicas prominentes se dirigió a Culhuacán que, aunque estaba ya sometida a Azcapotzalco, conservaba a sus propios gobernantes. Manifestados sus deseos de que se les concediera al llamado Itzpapálotl Acamapichtli para que fuera primer *tlatoani* en Tenochtitlan, el señor culhuacano,

tras larga deliberación, accedió al fin a la demanda. Su respuesta, según la *Crónica Mexicáyotl* fue la siguiente:

Que gobierne Acamapichtli a la gente del pueblo, a los que son siervos de *Tloque Nahuaque*, “el Dueño del cerca y del junto”, que es *Yohuali*, *Ehécatl*, Noche, Viento, que gobierne a los siervos de Yaotzin Tezca-
tlipoca y del sacerdote Huitzilopochtli.

Acamapichtli, primer tlatoani mexica

Hacia 1376 tuvo Tenochtitlan su primer rey de prosapia tolteca, Acamapichtli. Los mexicas eran conscientes, sin embargo, de que era aún muy adversa su situación. Durante el reinado de Acamapichtli, que abarcó veintiún años, la ciudad continuó mejorando. Pudo construirse un nuevo templo, tampoco no muy suntuoso, en honor de Huitzilopochtli. El rostro de los mexicas iba dándose a conocer. Se seguían pagando tributos a Tezozómoc de Azcapotzalco, y la juventud se ejercitaba en la guerra, luchando al lado de los tepanecas. Entre otras cosas, Acamapichtli logró, en favor de Azcapotzalco, las conquistas de Xochimilco, Mízquic, Cuitláhuac y Cuauhnáhuac.

Tezozómoc, por su parte, había iniciado también su penetración en la zona de las riberas orientales de los lagos. Así, hacia 1375, había sometido al señorío de Chimalhuacán-Atenco. El antiguo reino de Coatlichan se hallaba entonces en decadencia. En su lugar, como estado principal de esa región, quedó en definitiva Tetzco, cuyo gobernante supremo era a la sazón Techotlala, del que ya hemos hecho mención. El pujante reino de Azcapotzalco, cuyos afanes de predominio lo habían llevado ya a abarcar una parte de lo que hoy es el Estado de Guerrero, iba a promover a su vez la absorción de Tetzco.

Hacia 1396, murió Acamapichtli. El y otros culhuacanos, establecidos también en Tenochtitlan, habían dado origen, a través de uniones matrimoniales con las hijas de los mexicas, a una nueva forma de nobleza, con la que también se habían identificado no pocos de los antiguos principales de Tenochtitlan. Comenzó así a existir la clase de los *pipiltin*, los nobles, con atributos y privilegios que les conferían una situación muy distinta de la que correspondía a la gente común, los hombres del pueblo o *macehualtin*.

El gobierno de Huitzilíhuítl

Sucesor de Acamapichtli, fue Huitzilíhuítl. Casado éste con una hija de Tezozómoc de Azcapotzalco, su parentesco se tradujo en la reducción de algunas cargas y tributos. Como muestra de un cambio de actitud en Tezozómoc, recordaremos lo que en una ocasión pudo obtener Huitzilíhuítl. Valiéndose de un hijo suyo, Chimalpopoca, nieto del señor tepaneca, logró que este último consintiera en la construcción de un primer acueducto para traer agua de Chapultepec a Tenochtitlan. La aceptación del viejo Tezozómoc, provocó, sin embargo, el disgusto de algunos tepanecas, entre ellos el de su hijo, el príncipe Maxtlaton. El odio de éste hacia los mexicas había de aumentar y, años más tarde, contó entre las causas de una guerra que puso en peligro la existencia misma de Tenochtitlan.

Huitzilíhuítl, gracias a un matrimonio posterior, obtuvo otros beneficios para su pueblo. Desposado con la hija del señor de Cuauh-náhuac —que por cierto era también tributario de Azcapotzalco— pudo traer a Tenochtitlan algunos productos de la llamada “tierra caliente”, entre otros el algodón, en beneficio sobre todo de la nobleza.

Los mexicas, guiados por Huitzilíhuítl, siguieron participando, al lado de Azcapotzalco, en muchas acciones bélicas. Por el norte, las conquistas abarcaron hasta el señorío de Xaltocan. Finalmente, en 1418 —con ayuda de los mexicas— los tepanecas consumaron su máxima ambición que era sojuzgar a Tetzoco. Ello ocurrió después de que por disposición de Tezozómoc se había dado muerte a traición al señor tetzcocano Ixtlilxóchitl, padre del príncipe Nezahualcóyotl.

Tezozómoc, ya de edad muy avanzada, veía con condescendencia al pueblo gobernado por Huitzilíhuítl. Nuevas transformaciones habían ocurrido en Tenochtitlan. El culto a los dioses y en particular a Huitzilopochtli florecía allí como nunca antes. Las incipientes escuelas, *telpuchcalli*, “casas de jóvenes” y *calmécac* o centros de enseñanza superior, recibían cada vez mayor número de niños. También el mercado, con productos traídos de lugares apartados, empezaba a dar señales de prosperidad.

Años de crisis para Tenochtitlan

Momentos de gran crisis siguieron a la muerte de Huitzilíhuítl ocurrida hacia 1417. Chimalpopoca fue elegido entonces como tercer *tlatoani*.



Pocos años después fallecía el anciano señor de Azcapotzalco. Maxtlaton, el enemigo de los mexicas, se adueñó del trono tepaneca. Entre sus propósitos figuraba detener cuanto antes el desarrollo de Tenochtitlan e incluso acabar con lo que ahora llamaríamos identidad nacional de los mexicas.

Maxtlaton logró dar muerte a Chimalpopoca en 1426. Ello y el temor de un inminente ataque de Maxtlaton produjeron suma conmoción en Tenochtitlan. La *Crónica Mexicáyotl* nos dice: “Mucho se afligían los mexicas cuando se les decía que lo tepanecas de Maxtlaton los harían perecer, los rodearían en son de guerra”.

Sólo la presencia de varios hombres excepcionales permite comprender cómo la nación mexica superó entonces el peligro y se encaminó al logro de su propia grandeza. Nos referimos al nuevo *tlatonani* Itzcóatl, hijo del señor Acamapichtli, a Motecuhzoma Ilhuicaminatzin, vástago de Huitzilíhuitl y a otro descendiente de este último, el que llegaría a ser sabio consejero, Tlacaélel. También la alianza con Nezahualcóyotl, que se esforzaba por liberar a Tetzcoco, contribuyó grandemente a alcanzar lo que parecía imposible: la victoria sobre Azcapotzalco. En el año 1-Pedernal, 1428, como dice lacónicamente la *Crónica Mexicáyotl*, “fueron conquistados los de Azcapotzalco”.

Los ejércitos azteca y tetzcocano no sólo derrotaron a las tropas tepanecas sino que persiguieron también a Maxtlaton hasta Coyoacán a donde había ido a refugiarse. Allí, una vez más, contra lo que hubiera podido preverse, los antiguos dominados, salieron victoriosos. El triunfo alcanzado se completó con la ocupación de distintos señoríos que habían sido dominados por los tepanecas. Tal fue el caso, entre otros, de Xochimilco y Tetzcoco. La liberación de Tetzcoco y la consolidación de la plena independencia de México-Tenochtitlan, marcaron el comienzo de lo que iba a ser el último siglo de esplendor para el Pueblo del Sol. Pronto iba a constituirse una triple alianza entre Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan, este último a modo de “estado pelele”, en sustitución de Azcapotzalco. El nuevo equilibrio en la región central facilitaría sobre todo la expansión de los mexicas, tanto a través del comercio como de las guerras de conquista. Estas se concebirían en función del pensamiento religioso de quienes se sentían pueblo escogido de Huitzilopochtli.

Visión místico-guerrera del mundo

Según la creencia de muchos pueblos de Mesoamérica, el mundo había existido de manera intermitente a través de varias edades o *soles*. En cada caso, después de un periodo de luz y de vida, había habido un cataclismo. Se sucedieron así las edades o soles de tierra, viento, fuego y agua. La edad presente, quinta de la serie —como lo vimos en el capítulo tercero— había comenzado en Teotihuacan, cuando los dioses, reunidos junto al fogón divino, crearon un nuevo sol, llamado de movimiento. En esta quinta edad vivió ya Quetzalcóatl en Tollan. Era este también el sol bajo el cual el pueblo mexica debía desarrollar su historia.

Ahora bien, este quinto sol, al igual que los anteriores, habría de terminar un día. Esta idea, para otros motivo de angustia, fue para los mexicas raíz de su propia visión místico-guerrera del mundo. Pensaron ellos que había también una forma de posponer indefinidamente el cataclismo final. Si los dioses se habían sacrificado en Teotihuacan para que el sol se moviera y existieran los hombres, de igual modo, con el sacrificio de los humanos, con su sangre, podían fortalecer la vida del sol. Multiplicando los sacrificios de hombres, cuyo corazón había que ofrecer al sol, identificado ya con Huitzilopochtli, éste, lejos de desfallecer, mantendría henchida de luz la edad presente, los tiempos históricos, el ámbito de prepotencia de la nación mexica.

Los ideales de conquista que bullían en Tenochtitlan, recibieron así su justificación más plena. Según lo expresó el sagaz consejero Tlacaélel, "había que luchar para recoger y atraer a sí y a su servicio [del sol-Huitzilopochtli] a todas las naciones con la fuerza de su pecho y de su cabeza..."

Actuación reformista de Tlacaélel

Atendamos ahora a los testimonios que nos hablan de las medidas que tomó entonces el cihuacóatl o consejero Tlacaélel. Ante todo le pareció necesario lograr que los mexicas tuvieran una imagen de sí mismos, de la que pudieran sentirse orgullosos. Con la aprobación del señor Itzcóatl, reunió Tlacaélel a los principales mexicas para disponer nada menos que la quema de los antiguos códices o libros de pinturas. La razón dada fue que en ellos la figura de los seguidores de Huitzilopochtli carecía de importancia. He aquí lo que acerca de esto refiere el *Códice Matritense*:



Se guardaba su historia. Pero entonces fue quemada, cuando reinaba Itzcóatl en México. Se tomó una resolución. Los señores mexicas dijeron: no conviene que toda la gente conozca las pinturas. Los que están sujetos, el pueblo, se echarán a perder y andará torcida la tierra, porque allí se guarda mucha mentira y muchos en ellas han sido tenidos por dioses.

Suprimidos los viejos libros, pudo introducirse una nueva visión histórica y religiosa con el propósito de fomentar la grandeza del Pueblo del Sol. Se destacó por ejemplo, que la nación mexica era heredera del poder y la cultura tolteca. Las antiguas deidades tribales, Huitzilopochtli y su madre Coatlicue, se situaron también en un mismo plano con los dioses creadores venerados en Tollan.

Tlacaélel atendió a otros varios puntos vinculados con la organización política, jurídica y económica, y asimismo con la jerarquía sacerdotal y las formas de culto a los dioses. Respecto a esto último, aunque consta que, desde mucho antes de los tiempos mexicas, se practicaban los sacrificios humanos, parece atribuible a Tlacaélel haber elevado su número de acuerdo con la idea de preservar la vida del sol.

Todavía en tiempos de Itzcóatl, los ejércitos de Tenochtitlan sometieron a los señoríos de Cuauhnáhuac, Tlaxto (Taxco) y Yohuallan (Iguala), los dos últimos en el actual Estado de Guerrero. A Itzcóatl, que falleció hacia 1440, sucedió Motecuhzoma Ilhuicamina. Entonces el esplendor mexica iba a ser ya una realidad.

Gobierno del primer Motecuhzoma

Motecuhzoma Ilhuicamina se echó auestas edificar un nuevo templo en honor de Huitzilopochtli. Preocupación suya fue ensanchar mucho más los dominios de Tenochtitlan. Sometió así a los otomíes de Xilotepec y penetró hasta la región de Zimapán, en lo que hoy es Hidalgo. Por el sur afianzó el poder mexica en tierras de Morelos y Guerrero y dispuso la penetración de sus ejércitos en varios puntos de Oaxaca y Veracruz. Hacia 1458 emprendió varias campañas contra el señorío mixteca de Coixtlahuacan, hasta lograr su completa sujeción. La ayuda proporcionada por los tetzcocanos hizo posible el avance hacia la región del Golfo de México. Hacia 1463, el territorio comprendido entre Cuetlaxtlan y Chalchiuhcueyecan (donde está hoy la ciudad de Veracruz) se incluyó en el de las provincias tributarias. También entonces se impusieron los mexicas en Chalco-Amaquemecan y en

Tepeaca, al sur del Estado de Puebla, y en Ahuilizapan (Orizaba), entre núcleos de población totonaca.

La afluencia de tributos recibidos en Tenochtitlan era ya muy grande. Entre otras cosas llegaban grandes cantidades de oro en polvo, piedras preciosas, cristales, plumas de todos colores, cacao, algodón, paños labrados, escudos, águilas, gavilanes, garzas y pumas traídos en sus jaulas, conchas de mar, caracoles, tortugas, plantas medicinales, jícaras, pinturas curiosas, camisas y enaguas de mujer, capas y bragueros, esteras y sillas, maíz, frijol, chíá, madera, carbón y toda suerte de frutas.

El primero de los Motecuhzoma murió en un año 2-Pedernal, 1468. Los electores mexicas ofrecieron entonces a Tlacaélel el rango supremo de *tlatoani*. Pero el sagaz consejero que, desde la muerte de Itzcóatl, había desechado otras propuestas en el mismo sentido, rehusó nuevamente el cargo. A instancias suyas se eligió a Axayácatl que, por cierto, era el menor de tres hermanos que habrían de sucederse en el trono. El padre de éstos había sido un noble, hijo de Itzcóatl, que nunca fue gran *tlatoani*. Su nombre, curiosamente, era el mismo que el del célebre señor de Azcapotzalco, Tezozómoc.

Gobierno de Axayácatl

A Axayácatl tocó actuar, dentro de la Triple Alianza, recibiendo los consejos del sabio Nezahualcóyotl de Tetzaco. Este último se había distinguido de múltiples formas, como indagador de los misterios de la divinidad y hombre prudente en las cosas políticas, como poeta, ingeniero y arquitecto. De hecho, en 1446, Nezahualcóyotl había tenido a su cargo la construcción de un nuevo acueducto, de Chapultepec a Tenochtitlan. Él mismo se había ocupado también del trazo y edificación de los grandes diques o albarradones para separar las aguas dulces de las saladas del lago de Tetzaco y controlar asimismo las avenidas de los ríos. Auténtica obra de ingeniería lacustre fue el dique dispuesto por Nezahualcóyotl desde el cerro del Tepeyácac hasta las faldas del de La Estrella, con cerca de 16 km de longitud. Axayácatl, del que se conservan también algunas composiciones poéticas, no obstante la diferencia de años que lo separaban de Nezahualcóyotl, fue su amigo y admirador hasta la muerte de éste en 1472.

Muy poco después, en 1473, Axayácatl tuvo que dirigir la guerra que estalló entre Tlatelolco y la metrópoli tenochca. En apariencia los motivos fueron de índole familiar. Una hermana de Axayácatl, casada con el señor de Tlatelolco, se quejaba de las ofensas e infidelidades de

su esposo. Por otra parte, en el corazón de los mexicas existía la determinación de imponerse de manera absoluta sobre sus hermanos del islote vecino. La victoria fue relativamente fácil. De ella se siguió la incorporación de Tlatelolco a Tenochtitlan.

Axayácatl dirigió personalmente otras campañas contra los mazahuas, matlatzincas y otomíes, en el Valle de Toluca. Antes de emprender esas conquistas se ocupaba en vigilar cómo esculpían la que se describe como “piedra famosa y grande, muy labrada, donde estaban esculpidas las figuras de meses, años, días y semanas, con tanta curiosidad que eran cosa de verse”. La obra en cuestión se conoce hoy como “Piedra del Sol o Calendario Azteca” y se conserva en el Museo Nacional de Antropología.

Los tarascos y su enfrentamiento con los mexicas

Mencionamos, en el capítulo anterior, el relato legendario sobre el origen que atribuían los mexicas al pueblo tarasco. En realidad hasta hoy se desconoce la procedencia de este grupo. A diferencia de otras lenguas mesoamericanas, el tarasco no tiene relación alguna con otras de la misma gran área cultural. Probablemente la entrada de los tarascos en Michoacán ocurrió hacia el siglo XII.

El pueblo tarasco alcanzó a dominar amplios territorios. Además de la región del lago de Pátzcuaro y otros lugares de Michoacán, abarcó las inmediaciones del lago de Chapala, parte de Guanajuato y Querétaro, hasta llegar por el sur a la cuenca del río Balsas.

Debemos a la llamada *Relación de Michoacán*, y a otras fuentes, las más antiguas noticias sobre la fundación de los primeros centros tarascos en Tzintzuntzan, Ihuatzio y Pátzcuaro. La fundación de este último se debió a Tariacuri, gobernante legendario. Los tarascos, como otros pueblos de Mesoamérica, erigieron diversos monumentos religiosos en sus centros de población. Destacan sobre todo sus pirámides-santuarios, designados con el nombre de *yácatas*, construidas con piedras superpuestas, posteriormente cubiertas con losas más grandes. Buen ejemplo lo ofrecen las *yácatas* de Tzintzuntzan, levantadas sobre una gran estructura de aproximadamente 425 m. de largo por poco más de la mitad de ancho.

Los tarascos practicaban la agricultura y obtenían asimismo parte de su sustento de la pesca. Precisamente por esto último fueron conocidos entre los nahuas con el nombre de *michhuaque*, “los que tienen pescados”. Además de distinguirse en la producción de diversas arte-

sañas, como la lapidaria, el mosaico de plumas y la cerámica, se singularizaron por sus conocimientos en el trabajo de metales. Produjeron piezas extraordinarias en oro, plata y cobre. Con este último metal, mejor que ningún otro grupo de Mesoamérica, manufacturaron, entre otros utensilios, hachas, anzuelos, pinzas para depilar, así como cascabeles, brazaletes y otros objetos suntuarios.

Los mexicas, que conocieron ampliamente a los tarascos, además de describir las habilidades de estos, expresaron como elogio de ellos:

Todos los gobernantes de los pueblos cercanos obedecían al señor de los tarascos. Todos le pagaban tributo, lo reverenciaban. El supremo gobernante tarasco podía compararse en verdad con el gran *tlatoani* de México...

Hacia 1478, en tiempos del señor tarasco Tangaxoan I, ocurrió un enfrentamiento con los mexicas capitaneados por Axayácatl. Deseaba éste imponerse sobre los habitantes de Michoacán. Con los cautivos que de allí pensaba traer, quería inaugurar el recinto donde se colocaría la Piedra del Sol. Axayácatl, con gran ejército, marchó hasta las inmediaciones de Tlaximaloyan (Tajimaroa). Según el cronista Diego Durán, al llegar las tropas enemigas, los mexicas

acometieron a los tarascos y, fue tan sin provecho la remetida, que como moscas que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos. Y fue tanta la mortandad que en ellos hicieron, que los mexicas tuvieron por bien de retirar la gente que quedaba porque no fuese consumida y acabada...

Hondo fue el dolor de Axayácatl y sus capitanes por la derrota. Era ésta la única que había conocido Tenochtitlan. Axayácatl, aunque pudo contemplar la dedicación de la Piedra del Sol, no alcanzó ya a recuperarse del todo. Su muerte acaeció en 1-Caña, 1481. Respecto de Tlaacáel, que había sido también consejero suyo, según el testimonio de la *Crónica Mexicáyotl* consta que murió entre 1478 y 1480.

Fugaz reinado de Tízoc

Hermano de Axayácatl y sucesor suyo como *tlatoani* fue el príncipe Tízoc. Su reinado duró tan sólo cinco años y en él mostró, según diversos testimonios, Pusilaminidad y poco ardor guerrero. El ya citado cronista Diego Durán explica su muerte precisamente por ello:



viéndolo los de su corte para tan poco, ni deseoso de engrandecer y ensanchar la gloria mexicana, creen que le ayudaron con algún bocado, de lo cual murió muy mozo y de poca edad. Murió el año de 1846.

Gobierno de Ahuítzotl

Con la elección de Ahuítzotl, el mismo año de 1486, pasó a convertirse en realidad plena el destino del Pueblo del Sol. Antes de entronizarse, Ahuítzotl sometió varios señoríos en la Huasteca y obtuvo allí numerosos cautivos. Penetró luego en el valle de Oaxaca y logró algunas victorias sobre los zapotecas. En Tenochtitlan, después de coronado, llevó a cabo la célebre dedicación del nuevo templo mayor en honor del Sol-Huitzilopochtli.

Con Ahuítzotl marcharon los ejércitos mexicas a la región del istmo de Tehuantepec y después al Soconusco, hasta penetrar más allá del río Suchiate que marca la actual frontera entre México y Guatemala. Importante excepción, en la zona de predominio mexica de la región central, siguieron siendo los señoríos de Cholula, Huexotzinco y las cuatro cabeceras de Tlaxcala. Destino de éstas, en medio de intrigas y adversidades, fue mantenerse a la defensiva frente a Tenochtitlan. De hecho, entre Huexotzinco y Tlaxcala por una parte, y Tenochtitlan con los integrantes de la Triple Alianza por otra, se había establecido de tiempo atrás una peculiar manera de pacto que fue el origen de las “guerras floridas”. Consistían éstas en luchas que periódicamente tenían lugar, con el propósito de obtener víctimas para los sacrificios. Tales guerras provocaron odios profundos. Esto ayuda a comprender por qué, al tiempo de la aparición de Hernán Cortés y sus huestes, los tlaxcaltecas optaron por aliarse con ellos para combatir a los mexicas.

Dedicó también su atención Ahuítzotl a embellecer más su metrópoli. Edificó nuevos templos y palacios y se empeñó en traer agua de Coyoacán, tanto para el uso de la población como para lograr un nivel uniforme en el lago. Pero esta obra vino a ser la causa de su muerte. La fuerza y exceso con que llegó el agua produjo una inundación en Tenochtitlan. Ahuítzotl se hallaba en un aposento de su palacio. Quiso salir rápidamente de él, con tan mala suerte que, siendo la puerta baja, se dio un golpe en la cabeza que le produjo grave dolencia. Su fallecimiento acaeció en 1502. De él puede decirse que consolidó, mejor que nadie, el poderío azteca.

Motecuhzoma Xocoyotzin

El comentarista de el *Códice Mendoza* ofreció, pocos años después de la Conquista, la siguiente descripción de Motecuhzoma Xocoyotzin: “sabio, astrólogo, astuto, experimentado en todas las artes, en las militares y en otras... , en comparación con sus antecesores, ninguno llegó a tener tanto poder y majestad como Motecuhzoma Xocoyotzin”. A su vez Bernal Díaz del Castillo nos dejó este retrato de Motecuhzoma:

era de buena estatura, bien proporcionado, delgado, y el color no muy moreno... y traía los cabellos no muy largos y pocas barbas, oscuras y bien puestas, y el rostro algo largo y alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por un lado amor y, cuando era menester, gravedad... Cuando alguien le iba a hablar, había de entrar descalzo, y los ojos bajos, puestos en tierra, sin mirarlo a la cara, y con tres reverencias que le hacían, le decían señor, mi señor, mi gran señor...

Motecuhzoma Xocoyotzin, hijo de Axayácatl y de una señora de Iztapalapa, nació en la ciudad de México hacia 1467. Desde muy joven ocupó elevados puestos y actuó como guerrero, sabio y sacerdote. Consta que, siendo hombre de profunda sensibilidad, llegó a componer algunos poemas. Entronizado el año 10-Conejo, 1502, las ceremonias de su coronación fueron en extremo solemnes. Establecido en el poder, cesó en sus cargos a los antiguos oficiales y servidores reales de tiempos de Ahuítzotl. Mandó luego le trajeran varios jóvenes, hijos de los señores de México, Tetzoco y Tlacopan, de los que habían sido antes discípulos suyos. Al decir del cronista Durán, Motecuhzoma “quería llevar las cosas de su gobierno por la vía que a él le diese más contento, y por otra vía de la que su antecesor había gobernado...”

Motecuhzoma Xocoyotzin realizó la postrera expansión de los mexicas. Por otra parte, varias veces tuvo que iniciar nuevas campañas contra pueblos que pretendían recuperar su independencia. Acción importante fue la emprendida contra los mixtecos que habían dado muerte a los soldados de una guarnición mexicana en Oaxaca. Motecuhzoma consolidó en tal forma los dominios de Tenochtitlan que, en resumen, puede afirmarse que, poco antes de la conquista española, abarcaban la mayor parte de los actuales estados de México, Hidalgo, Puebla, Morelos, Veracruz, Guerrero, Oaxaca, hasta apartadas regiones de Chiapas y un poco más allá de los actuales límites con Guatemala.

Tenochtitlan, la gran ciudad, había crecido gracias al terreno ganado a las aguas del lago. Su superficie, en forma de cuadrado más o menos regular, tenía aproximadamente 3 km. por lado. Su población, según los cálculos más conservadores, rebasaba los 200 000 habitantes. La metrópoli era, en resumen, cabeza de lo que en cierto modo, puede llamarse un imperio. A ella llegaban embajadores y gobernantes de lejanas regiones. Por sus canales y calles se recibían los tributos, joyas de oro y plata, plumajes finos, cacao, papel hecho de corteza de amate y los esclavos y las víctimas para el sacrificio.

En tanto que la nación mexicana parecía alcanzar su máximo esplendor, ciertos rumores y presagios empezaron a alterar el ánimo de Motecuhzoma y, a la postre, también de cuantos vivían en Tenochtitlan. Primero se recibieron noticias de la que hoy sabemos fue la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, llegado en 1517, hasta Potonchán, no muy lejos de Frontera en Tabasco. Informes posteriores en 1518, no dejaban lugar a dudas. Se describía ya la aparición de gentes, nunca antes vistas, que venían a bordo de grandes casas del agua, que se afanaban por conocer el país y tal vez por penetrar en él. En este caso se trataba de la expedición de Juan de Grijalva que había desembarcado en la isla de Sacrificios, en Veracruz.

Historia y leyenda parecen aunarse cuando refieren que Motecuhzoma hablaba de portentos funestos. También la gente del pueblo decía haber percibido lo nunca antes visto. Aparecía en la ciudad una espiga como de fuego, como aurora al rojo vivo, punzando el cielo. Se veía por la noche y dejaba de manifestarse cuando la hacía huir el sol. En una ocasión ardió el templo de Huitzilopochtli. La gente del pueblo fue testigo de que cayó sobre el santuario del dios del fuego, Xiuhtecuhtli, una especie de rayo, aunque sin trueno. Pudo observarse también un cometa y se vio hervir el agua del lago. Se escucharon las voces de Cihuacóatl, la diosa madre, que por la noche lloraba y gritaba. Pero únicamente Motecuhzoma contempló en cierto pájaro ceniciento que le llevaron quienes lo habían atrapado en la laguna. En la molleja del pájaro había un espejo. Motecuhzoma lo vio una y otra vez. Percibió entonces grupos de seres humanos que marchaban apresuradamente y dándose empujones. Venían sobre animales semejantes a venados. El señor mexicano consultó a los sabios, conocedores de cosas ocultas. Examinaron éstos el espejo, pero nada vieron en él.

Llegaron entonces nuevas noticias de la aparición de hombres blancos por las costas del oriente. Motecuhzoma consultó otra vez a los sacerdotes y sabios. Todos se preguntaron si no era acaso que Quetzalcóatl y los dioses habían regresado. Lo que ocurrió a partir del desembarco



de Hernán Cortés es asunto que habremos de estudiar al ocuparnos del tema de la Conquista. Por el momento nos limitamos a anticipar lo que fue el trágico fin de Motecuhzoma. Tuvo lugar este al tiempo de la gran fiesta de Tóxcatl, celebrada en fecha cercana a la Pascua de Resurrección de 1520. Se había consumado la que se conoce como “matanza en el templo mayor”, perpetrada por órdenes de Pedro de Alvarado, estando ausente Hernán Cortés. Según algunos cronistas, Motecuhzoma murió cuando, obligado por los conquistadores, trató de apaciguar a su pueblo. Algunos refieren que los mismos mexicas le arrojaron piedras y que, a consecuencia de ello, pereció. Otros dicen que le dieron muerte los españoles. El fin de Motecuhzoma fue nuevo presagio: pronto la nación mexica habría también de sucumbir.

Instituciones culturales mexicas

Estudiaremos a continuación lo más sobresaliente de las instituciones culturales mexicas, es decir de su organización social y política, economía, creencias y prácticas religiosas, educación, creaciones artísticas y literatura durante la etapa del mayor florecimiento de México-Tenochtitlan. Es cierto que a lo largo de este libro hemos tratado ya, casi de continuo, sobre estos temas, como elementos fundamentales que caracterizaron la evolución cultural de los distintos grupos mesoamericanos. Sin embargo, debemos reconocer que el caso de las gentes de idioma náhuatl, y en particular de los mexicas, requiere particular consideración precisamente porque acerca de ellos hay fuentes mucho más abundantes que permiten analizar mejor sus sistemas de organización y sus distintas formas de creación cultural.

La mayor riqueza de testimonios mexicas tiene doble explicación. Por una parte, siendo esta etapa la más cercana a nosotros, se han conservado más vestigios y documentos relacionados con ella. Por otra, el ámbito de los pueblos de idioma náhuatl, en torno sobre todo a Tenochtitlan, tuvo la buena fortuna de ser objeto de muy tempranas formas de investigación. Los trabajos de algunos sabios indígenas sobrevivientes a la Conquista y los llevados a cabo por genuinos humanistas como fray Andrés de Olmos, fray Bernardino de Sahagún y otros, hicieron posible la preservación de múltiples textos que, de otra manera, se habrían perdido para siempre.

Por ello es hoy posible acercarse, sobre una base bastante firme, a los aspectos que hemos mencionado de la realidad cultural mexica. Aunque nuestro estudio constituirá tan sólo una especie de breve in-

roducción, lo que podamos analizar de los sistemas de organización y creaciones entre los mexicas, nos ayudará a comprender, con mejor perspectiva, lo hasta ahora menos conocido de las instituciones paralelas en otras regiones de Mesoamérica. Nuestro intento tendrá asimismo relación con las transformaciones culturales ocurridas a través de los varios periodos del pasado prehispánico. Sólo teniendo una imagen, siquiera sea aproximada de las formas de cultura vigentes en la última etapa, podrán ensayarse luego comparaciones con lo que existía en tiempos más antiguos.

Organización social

A partir del gobierno de Acamapichtli —según vimos— se consolidó la existencia de clases o, quizás, mejor, niveles sociales diferentes. Hablemos primero de los *macehualtin* o gente del pueblo. Formaban estos parte de antiguos grupos emparentados entre sí, establecidos ya en una ubicación determinada y con una dotación de tierras poseídas en común. Las familias de los *macehualtin* estaban agrupadas en torno a lo que se ha designado como “la familia grande”, integrada ésta por el núcleo original de los padres y de los varios hijos que, a su vez, habían dado principio a nuevas células familiares. El conjunto de varias familias relacionadas de este modo constituía la unidad que los nahuas llamaron *calpulli*.

Aunque estamos muy lejos todavía de comprender todas las implicaciones del *calpulli*, podemos destacar algunos de sus rasgos más conocidos. *Cal-pulli* es término aumentativo de *calli* que significa “casa”. La etimología de *calpulli* es “gran casa” y, por extensión, barrio o sector en el que viven gentes ligadas por vínculos de parentesco. Los miembros de un *calpulli* poseían un territorio en común, habitaban en un mismo barrio y realizaban conjuntamente una serie de funciones de carácter socio-económico, religioso, militar y político, en una palabra, cultural. Los *macehualtin* se ocupaban, sobre todo, en la agricultura, formaban los ejércitos y algunos de ellos constituían los “gremios” u organizaciones de mercaderes y artesanos. En ocasiones los *macehualtin* trabajaban tierras que no pertenecían a su *calpulli*. En ese caso se designaban con el nombre de *mayerques* que significa “los que tienen manos”, es decir una especie de braceros que prestaban servicios a otros. Mencionaremos también la existencia de los *tlatlacotin* o esclavos. Su venta no era de por vida, ya que ellos mismos u otra persona podía hacer su rescate. Los hijos de los *tlatlacotin* no eran considerados es-



clavos. En realidad ni los *mayerques* ni los esclavos constituían clases sociales diferentes.

Muy distinta, en cambio, era la situación de los *pipiltin* o nobles. Estos podían ser propietarios de tierra en forma individual. Sus miembros recibían una educación más esmerada y ejercían los más elevados cargos del gobierno. Sólo de entre ellos podría ser elegido el rey o *tlatoani*. A los jefes de familia *pipiltin* estuvo permitido tener varias mujeres, especie de concubinas. Sin embargo, el núcleo de la familia se integraba siempre en función del matrimonio con la mujer que tenía el rango de esposa.

Interesante resulta destacar el acercamiento que, por razones económicas, habían llegado a tener con los *pipiltin* los grupos, básicamente de *macehualtin*, que integraban unas especies de corporaciones o gremios de comerciantes. Nos referimos en particular a los *pochtecas* o mercaderes que habían obtenido una forma de código jurídico y económico que determinaba las funciones que les correspondía desempeñar. Los *pochtecas* tenían ritos y ceremonias religiosas exclusivas de ellos. Poseían sus propios tribunales. Organizaban los diversos sistemas de intercambio comercial, en particular con gentes de regiones muy apartadas. Desempeñaban con frecuencia las funciones de embajadores, emisarios y espías. Durante los últimos tiempos de la nación mexicana era tan grande la importancia social y económica de los *pochtecas* que a veces contaban más en la vida pública que muchos nobles o *pipiltin*. Podría decirse que, con los *pochtecas* o mercaderes, se repitió un fenómeno parecido al de la burguesía de industriales y comerciantes que tanta importancia tuvo en la historia moderna de los países europeos. Los *pochtecas*, entre otras cosas, estaban libres de trabajos personales y tenían otros privilegios y riquezas que los colocaban casi a la par con los miembros de la nobleza.

Organización política

Lugar primordial en el gobierno de la nación mexicana lo ocupaba el *huey tlatoani*, expresión que literalmente significa “el grande que habla, el gran ordenador . . .” Correspondía a él actuar como ordenador en todos los campos. Si bien era representante de la divinidad, nunca se pensó, como en el caso de los incas, que fuera hijo de alguno de los dioses o encarnación suya. El gran *tlatoani* era también el máximo juez y sobre él recaían las más elevadas responsabilidades. De él dependía la iniciación de cualquier guerra, la promulgación de las leyes y el co-

mienzo de toda empresa importante. El gran *tlatoani* debía ser elegido entre los *pipiltin*.

Como un reflejo, en la organización política, de la creencia religiosa en un supremo dios dual, al lado del *huey tlatoani*, desempeñaba también funciones en extremo importantes el llamado *cihuacóatl*. Este título significa “serpiente femenina” y también “cuate o mellizo femenino”. El vocablo *cihuacóatl* era también uno de los nombres de la diosa madre.

Entre los mexicas el cargo de *cihuacóatl* alcanzó su máxima importancia cuando lo desempeñó Tlacaélel, el hermano de Motecuhzoma Ilhuicamina, de quien ya hemos hablado. Al *cihuacóatl* correspondía desempeñar las funciones del *tlatoani* en caso de ausencia de éste, como, por ejemplo, cuando salía él a la guerra. Era también atributo del *cihuacóatl* presidir el tribunal más alto o de última instancia y actuar asimismo en asuntos religiosos y de administración pública.

Lugar prominente en la administración tenían los varios consejos, entre ellos uno que puede describirse como supremo. Estaba formado éste por representantes de otros cuerpos secundarios. Entre las funciones del consejo supremo sobresalían la de auxiliar al *tlatoani* en los problemas que pudiera someter a su consideración, así como participar en la designación de funcionarios.

Había, además, cuatro grandes dignatarios que desempeñaban funciones muy importantes, entre ellas la de actuar a veces como miembros del supremo consejo. Mencionaremos primeramente el rango de *tlacocheácatl*, “señor de la casa de los dardos” que, junto con el *tlacatécatl*, asumían la más elevada jerarquía militar. A su vez, el *huitznahuatlailótlac* y el *tizociahuácatl* tenían atribuciones de jueces principales.

Con el nombre genérico de *tlatoque* se conocían los gobernantes de todas las poblaciones de cierta importancia. Posición distinguida correspondía a los llamados *tecuhtli* (en singular) y *tetecuhtin* (en plural), palabras que significan “señor, señores”. Los *tetecuhtin*, escogidos entre los nobles o la gente del pueblo, podían desempeñar diversas funciones, entre ellas las de gobernadores, jueces y supervisores en el pago de tributos.

La lista de los funcionarios incluye a otros muchos, en relación siempre con las diversas funciones del estado. Entre éstas cabe mencionar la militar, fiscal, escolar y eclesiástica. En la organización militar, después del gran *tlatoani* eran jefes supremos los ya mencionados *tlacocheácatl*, “señor de la casa de los dardos” y *tlacatécatl*, “comandante de hombres”. Los jefes subordinados a éstos ostentaban diversos títulos como los de *achcauhtli*, *cuáchic*, *cuauhnochtli* y otros. Las tropas se integraban en pe-

queñas unidades de veinte hombres, que formaban a su vez cuerpos mayores con cuatrocientos individuos. Cada contingente estaba a las órdenes de un jefe que pertenecía al mismo *calpulli*. Desde muy jóvenes los mexicas, al igual que los habitantes de otros señoríos, se adiestraban en la guerra en los *telpochcalli*, escuelas o “casas de jóvenes”.

La existencia del estado mexica requería del pago de tributos y de la recolección oportuna de otros ingresos. Tributaban, en función de sus *calpulli*, los macehualtin, además, los pueblos y señoríos que habían quedado sujetos al estado mexica, así como otros que mantenían aún cierta forma de independencia. Otros ingresos se derivaban de lo que se obtenía de las tierras que pertenecían al estado, así como de los botines de guerra en las frecuentes campañas. Los artesanos y mercaderes, según lo mencionamos, tenían un estatuto propio en el que se determinaban las contribuciones que les correspondían.

Por encima de todos, competía al *cihuacóatl* vigilar lo concerniente a la tributación. Funcionarios subordinados eran el *huey calpixqui*, “gran guardián de la casa”, y el *petlacácatl*, “el de la caja o petaca”. En las varias provincias había otros *calpixque* secundarios.

La economía

Hablamos ya del papel de los *pochtecas* o mercaderes y también de la organización fiscal mexica. Además, a lo largo de nuestro estudio hemos visto cómo, muchas veces por motivos económicos, se produjeron transformaciones políticas, sociales y, en general culturales. Ahora, dentro de los límites fijados, añadiremos tan sólo algo sobre lo más significativo en la vida económica mexica.

El estudio de ésta —es necesario dejarlo asentado— se torna a veces difícil por lo limitado de las fuentes que permiten cuantificar o medir de algún modo las distintas fuerzas que jugaban papel determinante en la producción. Así, por ejemplo, si hay hasta ahora enormes divergencias en los cálculos sobre el número de habitantes en el México prehispánico, habrá que reconocer que no será fácil precisar cuál era, en las distintas ciudades, pueblos, aldeas y regiones, la cantidad de personal dedicadas a tal o cual forma de actividad productiva. Recordemos en este contexto que, entre los cálculos expresados sobre la población del área central, (actuales Estados de México, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Colima, Jalisco, Guerrero y Veracruz), en tanto que unos hablan de sólo tres o cuatro millones de individuos, otros elevan la cifra hasta más allá de

los veinte millones. Esto explica ya que sea asimismo muy problemático cuantificar un factor tan importante como el que se designa con el nombre de “potencial humano” en la producción.

Disponemos, en cambio, de mayor número de testimonios que permiten conocer con bastante detalle las principales formas de especialización de quienes integraban esa fuerza humana de trabajo. En primer lugar, sabemos que existía una distribución de actividades en función del sexo. Así, al hombre correspondían las en extremo importantes tareas agrícolas y la mayor parte de las formas de producción artesanal. A la mujer, en cambio, tocaban los quehaceres del hogar, algunos nada fáciles como la transformación del maíz en masa para las tortillas, lo que presuponía largas horas de trabajo con el metate. Hilar y tejer eran asimismo ocupaciones que competían a la mujer.

Las fuentes permiten distinguir también especializaciones tales como las que correspondían a quienes se ocupaban en trabajos extractivos (pescadores, recolectores, mineros y otros). Asimismo muestran los testimonios la existencia de grupos dedicados a la construcción (albañiles, canteros, carpinteros, pintores), a las industrias manufactureras (alfareros, canasteros, productores de esteras o petates, de guaraches o sandalias, curtidores etcétera). Para no alargarnos, mencionaremos el amplio campo de la especialización artesanal, la de quienes producían objetos de índole utilitaria y de consumo general como el papel, la sal, instrumentos líticos y de madera, canoas, etcétera, y la de aquellos que elaboraban artículos de lujo o suntuarios, principalmente para los miembros de la nobleza y el culto religioso. Entre estos últimos estaban los orfebres, los artífices de la pluma, los escultores, los que elaboraban los códices y los gematistas.

Debemos insistir, sin embargo, en que, a la par que había estas especializaciones, la gran mayoría de los *macehualtin* o gente del pueblo, dedicaba buena porción de su tiempo a la labranza de la tierra. Precisamente los productos que de ella obtenía le permitían en alto grado su subsistencia, la familiar y la comunitaria, al igual que el pago de los tributos que correspondían al supremo gobernante, al culto religioso y a otros propósitos ligados con la administración pública.

Los recursos naturales. Respecto de la información al alcance para conocer cuáles eran los recursos naturales sobre los que descansaba la economía del México antiguo, ocurre algo semejante a lo dicho acerca del potencial humano. Las fuentes —aunque en algunos casos proporcionan datos cuantitativos— son sobre todo de carácter descriptivo. Así, por ejemplo, al hablar de las tierras para la agricultura, aunque

en ocasiones se mide su extensión, es más frecuente encontrar que se señale cómo eran y para qué servían.

Con el nombre de *atoctli* se aludía a las tierras con suficiente agua y buenas para la agricultura. *Cuauhtlalli*, “tierras de árboles”, significaba que en ellas había residuos vegetales, lo que hoy llamamos “tierra de hoja”. En lugares así dotados de agua y materia orgánica, prosperaban las milpas o cultivos de plantas básicas para el sustento: maíz, frijol, calabaza, chile. También había otras tierras destinadas a fines más particulares, como las que se nombraban *xochimilpan*, para el cultivo de diversas flores.

Desde luego son muchos los recursos naturales que daban apoyo a la economía prehispánica. Aquí tan sólo cabe una enumeración muy rápida. Del reino vegetal: los árboles y múltiples plantas que crecían espontáneamente, unas de aplicación medicinal, otras alimenticias o para producir objetos manufacturados; determinados árboles ofrecían madera para la construcción, otras eran frutales, había además plantas que podían aprovecharse de formas muy distintas, entre ellas los magueyes y los nopales. El reino animal abarcaba variedades acuáticas en los ríos y lagos, y otras que podían lograrse para la alimentación por medio de la caza y a través de la reproducción en reclusión (animales domésticos), como en el caso más sobresaliente del guajolote o pavo. Los animales propiamente domesticables eran, en cambio, casi inexistentes. La excepción la constituía el perro.

La ausencia de otros animales domesticables fue en alto grado barrera al desarrollo de una tecnología más eficiente. Al no haber bestias que pudieran servir para la carga y la tracción, el empleo de la rueda se limitó a su aplicación en algunos juguetes.

Mencionaremos, finalmente, entre los recursos naturales, los derivados del subsuelo y que pudieron aprovecharse a través de trabajos de índole minera. Entre los metales que conoció el hombre prehispánico estuvieron el oro, la plata, el cobre, el estaño y, probablemente, en escala muy reducida, el plomo. Otros minerales que también se aprovecharon fueron el cinabrio (protosulfuro de mercurio), la calcita (carbonato cálcico), así como diversos colorantes minerales, varias piedras preciosas y otras de varias naturalezas, al igual que productos como el chapopote, empleado para fines medicinales y de adorno ceremonial.

Sobre la base de los recursos naturales —como los más importantes aquí mencionados— la fuerza de trabajo, el potencial humano, llegó a la producción de una gran variedad de bienes, desde aquellos de inmediato consumo hasta los de carácter suntuario que ennoblecieron sus ciudades. Para lograr esto las sociedades indígenas llegaron a po-

seer un instrumental y una técnica, a las que brevemente debemos referirnos.

Técnica e instrumental. Primeramente hemos de resaltar el hecho de que —a pesar de haber logrado grandes creaciones culturales en campos como el del arte, en los cómputos calendáricos y astronómicos— el hombre prehispánico no alcanzó a tener un instrumental calificable de muy desarrollado. A pesar de esto, su instrumental fue, en muchos aspectos, bastante eficiente. Abarcó ante todo utensilios hechos de piedra (martillos, raspadores, morteros, etcétera), otros de pedernal, hueso o madera, como la *coa* o *huictli*, el palo que servía para las tareas agrícolas, y algunos, en menor número, de metal. De estos cabe mencionar las hachas de cobre.

Las técnicas de producción suponían el descubrimiento de procedimientos adecuados para realizar los distintos trabajos (entre ellos los de construcción de edificios, extracción de minerales, elaboración de productos artesanales y suntuarios, etcétera). Así, los textos indígenas nos describen, por ejemplo, cuáles eran las técnicas de alfareros, orfebres, albañiles, pintores y escultores, para sólo citar las de unos cuantos.

Particular atención exigen las técnicas alcanzadas en el cultivo de la tierra. Además de la agricultura de temporal, en la que no se descuidaba el empleo de algunas formas de abono, las sociedades prehispánicas se valieron de sistemas de regadío, cultivos escalonados y, sobre todo en la región central, introdujeron las célebres chinampas. En ellas cultivaron diversas plantas, verduras y flores.

Resta decir algo que se relaciona con lo que hemos tratado ya antes acerca de la organización social prehispánica. Nos referimos a lo que se suele describir como las “unidades de producción”, muy vinculadas con distintas formas de agrupamiento social, existentes en el México antiguo. Por una parte estaba, como unidad primaria de producción, la familia. Los integrantes de ésta participaban en el trabajo de acuerdo con la especialización en función de su sexo, como ya se ha visto. Unidades mucho más amplias las constituían los distintos *calpulli*. Algunos de estos, según parece, se habían especializado en la producción de determinados artículos, por ejemplo, en los trabajos artísticos hechos de plumas.

Los *calpulli*, en cuanto unidades de producción, pagaban tributos al estado. También proporcionaban mano de obra para realizar empresas, bien sea en provecho del mismo *calpulli* o de la comunidad del pueblo o ciudad. Este tipo de servicios —tributos y participación directa en trabajos— era asimismo obligación de entidades más amplias que incluían desde luego a los señoríos sometidos al dominio de México-Tenochtitlan.



Elemento de suma importancia para comprender los alcances que llegó a tener la economía en el México antiguo son la existencia de mercados y de lo que llamaremos el comercio exterior, llevado a cabo por los *pochtecas* o mercaderes.

En extremo maravillados, algunos conquistadores nos dejaron en sus crónicas una imagen de lo que era el mercado principal de Tlatelolco, en la antigua población ya incorporada a Tenochtitlan. Bernal Díaz del Castillo escribió:

quedamos admirados de la multitud de gentes y mercaderías que había en la gran plaza y del gran concierto que en todo tenían ... Cada género de mercaderías estaban por sí y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas, y plumas y mantas y cosas labradas y otras mercaderías de indios, esclavos, y esclavas... Otros mercaderes que vendían ropa más barata y algodón y cosas de hilo torcido y cacahuateros que vendían su cacao... y había muchos herbolarios y mercaderes de otra manera... Y también vendían hachas de latón y cobre, y jícaras y jarros de madera muy pintados ... Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían...

A la metrópoli mexicana afluía toda clase de productos procedentes de regiones cercanas y apartadas, obtenidos gracias a las negociaciones de los mercaderes o en calidad de tributos. A su vez, de la capital, donde, según vimos, había diversas formas de producción, artes y artesanías, se exportaban múltiples objetos manufacturados. Ciertamente se habían vuelto complejas las relaciones de producción e intercambio durante el esplendor de Tenochtitlan. Mencionaremos al menos cuáles eran las dos rutas más importantes del comercio establecido por los *pochtecas*. Una se dirigía a Xicalanco, junto a la laguna de Términos, en las costas del Golfo. Desde tiempos antiguos llegaban allí también en sus embarcaciones comerciantes de la región maya. En Xicalanco podían adquirirse productos de zonas tan apartadas como Yucatán, Honduras y aun las islas del Caribe. La otra gran ruta del comercio mexicana llevaba a las costas del Pacífico sur, en especial a la rica zona del Soconusco, en Chiapas, de donde provenían el cacao, plumas de quetzal, jade y metales preciosos.

Otros factores cuyo análisis se requiere para acabar de valorar lo que fue la economía durante el esplendor mexicano, son los referentes a los sistemas de propiedad, existencia de posibles signos cambiarios, funcionamiento de los mercados y de los sistemas tributarios y, en una palabra cuanto en este contexto tenía que ver con la organización so-

cial y política. De varios de estos puntos se ha tratado ya en apartados anteriores. Nos limitamos, por tanto, a reiterar aquí su importancia. Añadiremos que, por fortuna, se conservan algunos códices indígenas que arrojan luz sobre estas materias. Entre ellos están los que se conocen como *Matrícula de Tributos* y *Códice Mendocino*.

La religión

En la religión oficial de Tenochtitlan había elementos de orígenes muy distintos. Subsistían en ella tradiciones de muy antiguo arraigo, comunes a casi todos los pueblos de Mesoamérica. Como ejemplo, recordaremos el culto a la deidad del fuego, el dios viejo, que en náhuatl se llamó *Huehuetéotl*. Asimismo eran adorados otros dioses, conocidos ya desde las épocas teotihuacana y tolteca. Entre ellos estaba *Tláloc* y *Chalchiuhtlicue*, señor y señora de las lluvias y de las aguas terrestres, *Quetzalcóatl* y *Xochipilli*, este último protector de las artes, *Tezcatlipoca*, “el espejo que ahuma” y *Tezcatlanextía*, “el espejo que ilumina las cosas”. También, como herencia del pensamiento que había florecido en las más antiguas metrópolis del altiplano, los mexicas mantenían doctrinas como la tocante al supremo dios dual, *Ometéotl*, y las que versaban acerca de los soles o edades que han existido y sobre la imagen de un universo con sus 13 pisos celestes, 9 pisos del inframundo y una superficie terrestre distribuida en cuatro grandes sectores. Finalmente, en la religión mexica coexistían creencias y ritos que se presentan como más característicos de este grupo desde los días de su peregrinación. Recordemos, como muestra, la adoración y sacrificios en honor de Huitzilopochtli y su madre Coatlicue.

La presencia de esos elementos de distintos orígenes en los ritos y el pensamiento religioso mexicas explica tal vez por qué llegó a manifestarse una cierta diversidad de actitudes en lo tocante a las relaciones humanas con el mundo de la divinidad. Tlacaélel, el gran consejero y reformador mexica, por una parte, y Nezahualcóyotl, el sabio señor por otra, pueden simbolizar la aparición de dos principales tendencias dentro del mismo contexto cultural. Nezahualcóyotl representa a quienes querían preservar, y aun enriquecer, la tradición espiritualista atribuida al sacerdote Quetzalcóatl de los toltecas. Tlacaélel, en cambio, fue el iniciador de cambios para cimentar sobre ellos lo que debía ser el destino de los mexicas. Los seguidores de Huitzilopochtli debían pensarse a sí mismos como pueblo escogido del sol. Su misión era someter a otras muchas gentes por los cuatro rumbos del mundo,

mantener con la sangre de los prisioneros de guerra la existencia del Dador de la vida y aunar, en una palabra, con la reiteración de los sacrificios, los ideales religiosos y de grandeza militar y política.

Para los sabios —los llamados *tlamatini*— entre ellos Nezahualcóyotl, el ser supremo es *Tloque-Nahuaque*, el Dueño del cerca y del junto, el invisible como la noche e impalpable como el viento, *Moyocoyatzin*, el autoritario, el que se inventa a sí mismo. El es también el dios dual, *Ometéotl*, que todo lo engendra y todo lo concibe. La vida del hombre es como un sueño. En ella resulta difícil encontrar raíz y verdad. Sin embargo, a través de los símbolos, por la vía de las flores y cantos, tal vez sea posible expresar palabras con raíz y acercarse de algún modo a Tloque Nahuaque.

Hay que reconocer, sin embargo, que el culto a los múltiples dioses y la concepción religioso-guerrera prevalecieron en la mayoría de los mexicas. De acuerdo con el calendario, que indicaba cuándo debían celebrarse las fiestas en honor de los dioses, sacerdocio, gobernantes y pueblo daban culto a Tláloc y Chalchiuhtlicue, dios de la lluvia y señora de las aguas terrestres, sacrificándoles niños en las cumbres de los montes. Festejaban también al dios Xipe-Tótec, el señor desollado, dios de la fertilidad, haciéndole ofrendas, entre ellas el corazón de los cautivos. Colocar en el templo las primicias de las flores era inicio de la conmemoración consagrada a la diosa madre, invocada con múltiples nombres, *Tonantzin*, nuestra madre, *Itzpapálotl*, mariposa de obsidiana, *Coatlicue*, la del faldellín de serpientes, madre de Huitzilopochtli. El ritual, a través del calendario, incluía ceremonias de honor de *Chicomecóatl*, también la diosa madre pero esta vez relacionada con el maíz, sustento de todos los hombres. *Tezcatlipoca*, el espejo que ahuma; *Huixtocihuatl*, la diosa de la sal; nuevamente los *tlaloque*, dioses de la lluvia; *Xilonen*, diosa de las mazorcas tiernas y en seguida *Huitzilopochtli*, en la fiesta que llamaban *Tlaxochimaco* —“cuando se hace entrega de flores”— estos y otros dioses y diosas, en sucesión nunca interrumpida, eran implorados por el pueblo mexica. Lo mismo cabe añadir acerca de *Teteo innan*, la diosa madre, invocada ahora como madre de los dioses; *Ehécatl*, el dios del viento, título de Quetzalcóatl; los *Centzon totochtin*, los Cuatrocientos Conejos, deidades del pulque, la bebida ritual y, finalmente, para no alargar más esta lista, *Tlaltecuhltli*, el que es conjuntamente “señor y señora de la tierra”.

Sobre estos y otros aspectos de las creencias y ritual mexicas nos informan varios códices prehispánicos, diversos textos en idioma náhuatl y asimismo cronistas de tiempos posteriores. Entre los códices de mayor interés para el estudio de la religión, mencionamos los si-

güentes que llevan como nombre el de los sitios donde se encuentran o el de las personas que por algún tiempo los poseyeron: *Borgia*, *Cospi*, *Fejérváry Mayer*, *Laud*, *Vaticano B* y *Borbónico*. Estos códices, que constituían otros tantos *tonalámatl*, es decir libros con las cuentas de los destinos, incluían información de carácter astrológico y prescripciones rituales acerca del culto que debía darse a los dioses que presidían las varias divisiones del tiempo. Al referirnos a estos códices es oportuno considerar lo que fueron la escritura y el calendario entre los mexicas.

Escritura y calendario

Vimos ya que, a partir de los olmecas, en diversas zonas de Mesoamérica se desarrollaron sistemas propios de escritura. De estos, el que tuvieron los mayas —tanto en sus inscripciones en piedra como en sus códices— fue el más perfeccionado del México antiguo. Por lo que toca al sistema adoptado por los mexicas, sabemos que se asemeja mucho al que verosímelmente fue invención de los mixtecas. La escritura mexica incluía caracteres o glifos pictográficos (representación estilizada de objetos), ideográficos (representación de ideas) y parcialmente fonéticos (representación de sonidos). Entre los signos ideográficos mencionaremos a los numerales y a todos referentes a las medidas calendáricas. Había además glifos ideográficos para representar conceptos como el de movimiento (*ollín*), el de la vida (*yoliliztli*), el día (*ilhuítl*), la tierra (*tlallí*), el cielo (*ilhuícatl*) etc.

Eran muy abundantes los glifos de carácter onomástico (nombres de personas) y toponímico (nombres de lugar). Especialmente en estos últimos parece que, desde los tiempos anteriores, a la Conquista, se llegó al análisis fonético de sílabas y aún de algunas letras, como es el caso de la *a*, la *e* y la *o*, representadas respectivamente por el símbolo del agua (*a-tl*), de frijol (*e-tl*), y de camino (*oh-tli*). Aun cuando existen algunos estudios sobre la escritura mexica, hay aquí amplio campo para la investigación. Los libros o códices indígenas, en las distintas regiones de Mesoamérica, estaban hechos con la piel de algunos animales o con un papel manufacturado de la corteza del *amate*.

Entre los mexicas —al igual que en otros grupos, a partir por lo menos del periodo clásico— había dos formas de calendarios: el llamado *xíhuítl*, o del año solar, y el *tonalpohualli*, “cuenta de los días y los destinos”. Recordaremos de paso que los mayas, además de poseer estos dos sistemas, tuvieron durante el clásico el que se conoce

como “de la cuenta larga”, y, en el posclásico, el de las “ruedas de los *katunes*” o cuenta corta.

El *xihuitl* estaba formado por 18 grupos de 20 días que daban un total de 360, a los que se añadían 5 más, considerados aciagos. A lo largo de cada grupo de 20 días, siempre bajo el patrocinio de diversos dioses, se iban combinando los 20 signos del calendario con sus respectivos numerales, del 1 al 13, hasta completar los 360 días. Como, a pesar de los 5 días que se añadían, el calendario se adelantaba en relación con el año solar, los sabios indígenas, según el testimonio de varios cronistas, aplicaron una corrección hasta cierto punto semejante a la que representan los años bisiestos en el calendario gregoriano que nos rige.

El *tonalpohualli*, cuenta de los días y los destinos, era una especie de almanaque adivinatorio, formado por 20 grupos de 13 días que daban un total de 260. Al relacionarse el *tonalpohualli* con el año de 365 días, sólo volvían a coincidir en una misma fecha hasta cerrarse un doble “ciclo indígena”, *xiuhmolpilli*, “atadura de años”, periodo de 52 años. El doble ciclo, o sea 104 años, recibía el nombre de *huehuetiliztli* o “vejez”. Cuatro de los glifos o signos de los días, ácatl (caña), técpatl (pedernal), calli (casa) y tochtli (conejo), se empleaban también, unidos a un numeral, para representar los varios años dentro de su correspondiente ciclo.

El ritual sagrado

En los códices, particularmente en algunos *tonalámatl*, puede estudiarse la liturgia indígena, es decir los distintos ritos, sacrificios y otras maneras de culto. *Tlamanaliztli*, era la voz empleada para expresar el concepto de ofrenda. Esta podía hacerse de muchas maneras. Se ofrecían a los dioses alimentos, mazorcas tiernas de maíz, semillas de chía, flores, aves y otros animales. Las ofrendas del fuego y de copal o incienso, tenían particular importancia. También se presentaban para el culto lechos de grama, ramas de abeto, cargas de leña y retoños de diversas plantas recogidos en el campo.

El sacrificio que con mayor frecuencia se menciona es el que, de un modo o de otro implicaba la muerte de víctimas humanas. Tal forma de sacrificio recibía, de manera general, el nombre de *tlacamictiliztli*, “muerte humana sacrificial”. De hecho había varias formas de sacrificio humano. La más común consistía en acostar a la víctima sobre una piedra. Cuatro hombres la estiraban de manos y pies, en tanto que el sacerdote, con un cuchillo, le abría el pecho para extraerle el corazón.

Otras maneras de sacrificio humano eran el desollamiento, el flechamiento y la lucha gladiatoria, mejor dicho, con macanas.

Se practicaban, por otra parte, distintos actos de sacrificio, como el atravesamiento de varas en las orejas, en la lengua o en otras partes del cuerpo. El punzarse con espinas, sangrarse con un cuchillo de obsidiana, hacer abstinencia penitencial, tenderse sobre espadañas, horadarse los labios, formaban parte del ritual de penitencia y merecimientos personales.

El sacerdocio mexicana

Dos eran los sacerdotes de más alto rango que desempeñaban funciones muy relacionadas entre sí. En Tenochtitlan se designaban con los títulos de *Quetzalcóatl-tlamacazqui*, “ofrendador de nuestro señor Quetzalcóatl”, y *Quetzalcóatl-Tláloctlamacazqui*, “ofrendador de Tláloc-Quetzalcóatl”. Subordinados a éstos estaban el *Mexícatl teohuatzin*, “el sacerdote mexicana”, que tenía como colaborador al *Huitznáhuatl teohuatzin*, “el sacerdote de la región de las espinas”. El primero de éstos, según se dice, era como “padre de los estudiantes de las escuelas superiores los *calmécac*”. Del segundo se reitera que ayudaba en todo al *Mexícatl teohuatzin*.

De dignidad inferior eran los que se designaban *tlenamacazque*, ofrendadores del fuego. En niveles más bajos aún estaban los *tlamacazque*, simplemente “ofrendadores” y los *tlamacaztoton*, “ofrendadorcillos”, título que a veces correspondía a los estudiantes o novicios en las escuelas y templos donde se impartía la formación sacerdotal. Había asimismo mujeres consagradas al culto. Un ejemplo lo ofrecen las *cihuacuaculli*, “mujeres tonsuradas”, cuyo oficio consistía en disponer las ofrendas de flores, tabaco y otras cosas.

Para mostrar cómo, entre los distintos sacerdotes, había ocupaciones particulares, citaremos el fragmento de un texto que describe el oficio del que se llamaba *tlapixcatzin*, “el conservador”. Se nos dice de él que “tenía cuidado de los cantos de los dioses, de todos los cantares divinos. Para que nadie errara, hacía repetir a la gente los cantos divinos en todos los barrios...”

Resta añadir que no era raro encontrar entre los sacerdotes personas sabias, algunos de los llamados *tlamatini*, dedicados a elucubrar sobre las cosas divinas y a la composición de diversas obras literarias. Obviamente no fueron sólo sacerdotes los forjadores de cantos que conocemos. Hubo además otros que pertenecían a la clase de los *pipiltin*



o nobles. Aunque, con menor frecuencia, también se sabe de macehualtin o personas del pueblo que participaron en semejantes actividades intelectuales.

Entre las preocupaciones sobre las que versan no pocos poemas y discursos están las que se refieren al tema de la muerte y al más allá. Según el pensamiento religioso oficial, la gran mayoría de los que morían iban al *Mictlan*, “región de los muertos”. Después de varias pruebas, llegaban ante *Mictlantecuhctli*, “señor de los muertos” y no se hacía más recuerdo de ellos. Los elegidos por el dios de la lluvia (ahogados, hidrópicos y otros) iban al *Tlalocan*, especie de paraíso. Los guerreros muertos en batalla o sacrificados, así como las mujeres que morían de parto, con un prisionero en su vientre, iban al *Tonatiuh, ilhuícatl*, “cielo del sol”. Los niños que fenecían antes de haber alcanzado la edad de discreción marchaban al *Chichihuacuauhco*, “lugar del árbol nodriza”, que les daba alimento.

Ahora bien, frente a estas creencias, surgieron las dudas e inquietudes de no pocos sabios o *tlamatinime*. Sus antiguos textos plantean muchas veces preguntas como éstas:

- ¿A dónde iremos?
- ¿Estamos allá muertos o vivimos aún?
- ¿Otra vez viene allí el existir?
- ¿Acaso es tu casa en el sitio de los descarnados?

Creaciones artísticas

Como en otros campos de la cultura, también en el de la creación artística se distinguieron los mexicas. Eran, por una parte, herederos de los pueblos que los habían precedido; por otra, fueron capaces de enriquecer el antiguo legado con formas y estilos de su propia inspiración. En su arte renovaron concepciones y símbolos que habían florecido en centros como Teotihuacan, Cholula, Xochicalco, Tollan y Culhuacán. A su vez, inspirados con frecuencia en su propio pensamiento místico-guerrero, lograron creaciones extraordinarias.

Auténtico arte hubo en la cada vez más esplendorosa realidad urbanística de Tenochtitlan, con su recinto central del templo mayor, sus palacios, escuelas, cuarteles, mercado, jardines botánicos y zoológicos, casas de nobles y gente del pueblo, todo adecuadamente comunicado por canales y calzadas. Si bien los mexicas destacaron asimismo por su pintura mural, orfebrería, lapidaria, arte plumario y cerámica, fue

la escultura en piedra el campo en que alcanzaron supremo renombre entre todos los pueblos de Mesoamérica. De esto último dan prueba las numerosas efigies de dioses y hombres y también las obras en bajorrelieve que se conservan.

Un solo texto citaremos, del *Códice Matritense*, en el que los sabios nativos describen la imagen ideal que tuvieron del artista. Para ellos la palabra *toltécatl*, el antiguo habitante de Tollan, significó de hecho lo mismo que artista. Así, también en otros lugares, al hablar de la figura y rasgos característicos de cantores, pintores, orfebres, alfareros, etcétera, se afirma siempre acerca de ellos que son “toltecas”, que “obran como toltecas”. He aquí el texto que, de manera genérica, nos pinta al artista ideal:

Toltécatl: artista, discípulo, abundante múltiple, inquieto.
El verdadero artista: capaz, se adiestra, es hábil,
dialoga con su corazón, encuentra las cosas con su mente.
El verdadero artista todo lo saca de su corazón,
obra con deleite, hace las cosas con calma, con tiento,
es un *toltécatl*, compone cosas, crea,
hace todo atildado, todo bueno y hermoso.

Puesto que hemos dicho que el genio artístico mexica destacó sobre todo en la escultura, citaremos varias muestras sobresalientes de esta forma de creación suya. Recordemos algunas que estuvieron en el recinto del templo mayor: la colosal escultura de la diosa Coatlicue, la gran cabeza de Coyolxauhqui, la hermana de Huitzilopochtli, celosa de su madre, muerta en Coatepec, el *ocelocuauhxicalli*, gran recipiente en forma de ocelote, la representación de Mictlancíhuatl, señora de la región de los muertos, las efigies de un *macehual*, hombre del pueblo, y la de un sacerdote, concebidas a modo de portaestandartes, la gran piedra de *Tizoc*, y la más extraordinaria aún Piedra del Sol. En ellas y en otras de tamaño más pequeño, como la cabeza del hombre muerto o del caballero águila y la pequeña efigie de Xólotl, conservada esta última en el Museo de Stuttgart, a pesar de todas las obvias diferencias, hay siempre un estilo y una fuerza de expresión que claramente denotan un origen cultural común.

Entre los rasgos principales que parecen configurar el estilo escultórico mexica, destaca el empleo frecuente de formas geométricas, aunque muchas veces atenuadas y casi desvanecidas, sin que por ello se pierda su función, como principio que integra y unifica los símbolos y la plenitud del tema. Asimismo la representación de elementos, en

apariencia naturalistas, frecuentemente integrados a modo de enjambres, adquiere un sentido unitario en la concepción plástica de un universo a la vez divino y humano. En no pocas de las obras maestras del artes escultórico mexica hay además un dinamismo en el que se manifiesta oposición de contrarios —como la vida y la muerte— que da lugar a formas de desusada belleza. Podrá ser ésta en verdad dramática —como la diosa madre devoradora de corazones— pero más allá de lo puramente visible, resulta evocación del misterio de existir en la tierra, todo a la luz de los símbolos de la propia cultura. Por esto conviene insistir aquí en que la más honda significación de este arte sólo podrá ser vislumbrada por aquellos que se han acercado antes al estudio de las instituciones prehispánicas, sus mitos, creencias y literatura.

Las producciones literarias en idioma náhuatl

Sólo nos resta tratar de la importancia que llegó a tener la literatura en idioma náhuatl. Por lo general ésta no se conservó por escrito. En los antiguos centros de educación, en los *calmécac* y *tepochcalli*, los cantos forjados por los poetas, los relatos históricos y otras composiciones se trasmitían y fijaban en la memoria. Por eso, a pesar de que los conquistadores destruyeron la mayor parte de los antiguos códices, pudo hacerse el rescate de no pocos textos, creaciones literarias que se mantuvieron vivas gracias a la tradición oral.

En este rescate, como ya lo dijimos, participaron algunos indígenas y también varios frailes humanistas. Hoy en día se conservan en bibliotecas sobre todo de México, los Estados Unidos y varios lugares de Europa no pocos manuscritos en los que, con el alfabeto europeo pero en lengua indígena, se copiaron los relatos, poemas, cantares, historias y mitos antiguos. Hasta ahora, no todo ese gran caudal de documentos ha sido objeto de estudio.

En la literatura náhuatl las dos formas básica de expresión eran los *cuícatl*, cantos y poemas, y los *tlatolli*, relatos y discursos. Atendiendo primero a los *cuícatl*, encontramos que los había de tipos o especies distintas. En primer lugar mencionaremos los *teocuícatl*, “cantos divinos o de los dioses”. Entre ellos estaban, por ejemplo, los himnos sagrados y los poemas en los que se evocaban los mitos de los orígenes del mundo y de los seres humanos. A su vez eran asimismo frecuentes los *yaocuícatl*, “cantos de guerra”, incitación a la lucha o glorificación de victorias y capitanes famosos. Muchos de estos poemas eran a veces objeto de actuación, canto, música, y baile en conmemoraciones y fiestas.

Debemos citar también a los *xochicuicatl*, “cantos floridos”, *xopan-cuicatl*, “cantos de primavera”, e *icnocuicatl*, “cantos de orfandad” o de hondas reflexiones. En poemas como estos los *tlamatinime* o sabios se plantearon muchas veces preguntas semejantes a las que formularon en otros tiempos y lugares los que se conocen como más antiguos filósofos.

Contra lo que a veces se ha pensado, no todas estas composiciones tienen un carácter anónimo. De hecho conocemos los nombres de una treintena de forjadores de cantos y de buen número de cronistas y sabios. Entre quienes mantuvieron una actitud espiritualista, perceptible en sus cantos, estuvieron Tlaltecatzin, que vivió desde la segunda mitad del siglo XIV y gobernó en Cuauhchinango, así como Cuacuauhtzin de Tepechpan, contemporáneo del más famoso poeta y sabio Nezahualcóyotl. De este último se conservan más de treinta composiciones. También del hijo de éste, Nezahualpilli, hay obras que son testimonio de su finura de espíritu. Oriundo de México-Tenochtitlan hijo del gran tlatoani Itzcóatl, fue Tochihuitzin prototipo de los sabios entre el Pueblo del Sol. A modo de ejemplo de las obras de algunos de estos maestros de la palabra, transcribimos uno de los poemas del ya citado Tochihuitzin:

Así lo dejó dicho Tochihuitzin:
de pronto salimos del sueño,
sólo vinimos a soñar,
no es cierto, no es cierto,
que vinimos a vivir en la tierra.
Como yerba en primavera es nuestro ser.
Nuestro corazón hace nacer,
germinan flores de nuestra carne.
Algunas abren sus corolas:
luego se secan.

De la treintena de composiciones atribuidas a Nezahualcóyotl proviene la que en seguida ofrecemos en versión castellana:

Yo, Nezahualcóyotl, lo pregunto:
¿Acaso deveras se vive con raíz en la tierra?
No para siempre en la tierra,
Sólo un poco aquí.
Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea oro se rompe...



Entre los *tlatolli*, relatos y discursos, se conocen asimismo textos que pueden describirse como *teutlatolli*, disertaciones acerca de la divinidad, *ye huecauh tlatolli*, relatos acerca de las cosas antiguas, versión nativa de la historia, así como los *huehuehtlahtolli*, palabras o discursos de los ancianos. De todas estas formas de expresión han llegado varias recopilaciones hasta nosotros. Entre los *huehuehtlahtolli* que conocemos hay exhortaciones paternas o maternas, henchidas de enseñanzas para los hijos que han alcanzado la edad de discreción. Otros son pláticas o discursos dirigidos al *tlatoani* recién electo, demandándole que cumpla bien con su oficio. Hay también invocaciones ante el niño recién nacido, consultas de los padres con los *tonalpouhque* o astrólogos que debían interpretar los destinos del nuevo ser, los discursos de los maestros, de tono moral o dirigidos a enseñar el arte del bien hablar, palabras de preparación para el matrimonio y otras determinadas maneras de oración referidas a momentos significativos a lo largo de la vida.

Muestra de textos de contenido histórico son los *Anales de Tlatelolco*, *Anales de Cuauhtitlán*, la *Historia tolteca-chichimeca* y otras varias obras en las que se consignan los acontecimientos principales señalándose siempre la fecha en que ocurrieron.

La producción literaria del México antiguo es más variada y rica de lo que pudiera sospecharse. Recordemos que ya antes mencionamos la existencia de varios códices y otros textos del mundo maya y la región de Oaxaca. Como en toda literatura, también en la que se expresó en las lenguas de Mesoamérica, quedó testimonio de los ideales que iluminaron la existencia de estos pueblos. Por eso puede afirmarse que, al lado de la arqueología, no hay mejor camino de acercamiento a la historia mesoamericana que los textos que de ella han llegado hasta nosotros.

Conclusión

Mesoamérica y el norte en vísperas de la Conquista

En nuestro recorrido, desde los tiempos prehistóricos hasta la última época del esplendor mexicana, nos hemos asomado a realidades culturales con frecuencia muy distintas entre sí. Cabe afirmar, sin embargo, que, junto con las diferencias encontramos también semejanzas. Además, como rasgo sobresaliente, pudimos percibir, con pocas excepciones y algunas interrupciones, un gran número de procesos de cambio cultural de signo positivo. Importantes transformaciones ocurrieron aun en las tierras nortañas en las que, desde varios siglos an-

tes de la Conquista, prosperaban ya los Indios Pueblos y practicaban también la agricultura otros grupos, habitantes de pequeñas aldeas, siendo menos numerosos los que aún subsistían como recolectores y cazadores seminómadas.

En Mesoamérica, aunque el colapso del periodo clásico trajo consigo grandes crisis y reacomodos de pueblos, hubo luego —según vimos— otras formas de florecimiento y nuevos procesos de expansión cultural. Gracias a centros como Cholula, Xochicalco, El Tajín y otras de las áreas veracruzana, oaxaqueña y del norte de Yucatán, no sólo se rescató sino que se enriqueció de diversos modos lo más sobresaliente en la herencia del clásico.

Y aunque después hubo otras crisis, de carácter político, económico o, en general cultural, no faltaron tampoco gentes que, en posesión de la alta cultura y la civilización mesoamericanas, actuaron con nuevo dinamismo, dando lugar a múltiples creaciones y a un afán, al parecer incontenible, de expansión. Tal fue el caso, primero de los toltecas y, después, sobre todo, de la nación mexicana.

Por lo que toca a las otras zonas de Mesoamérica, en vísperas de la conquista española, necesario es introducir una distinción. Si puede hablarse, en la gran mayoría de los casos, de una situación de decadencia política, ello no implica necesariamente que hubiera procesos de desintegración cultural. Es verdad, por ejemplo, que prevalecía una gran fragmentación política entre los señoríos mayenses de la península yucateca. Mas, no por esto debe pensarse que centros como Chichén-Itzá, Uxmal, Mayapán, Izamal, Tulum y otros muchos hubieran sido abandonados, como había ocurrido al fin del clásico con los de la región central de la misma zona maya. Los habitantes de la península, aunque en decadencia política, preservaban mucho de sus antiguas formas de vida, pensamiento religioso y visión del mundo, cómputos calendáricos según la rueda de los katunes y escritura con múltiples textos en sus códices, de los cuales los tres únicos que se conservan provienen precisamente de esos últimos tiempos prehispánicos. Atendiendo ahora a los núcleos mayas de las tierras altas, en Chiapas y Guatemala, encontramos que, a principios del siglo XIV, habían logrado incluso nuevo florecimiento político. De hecho quichés y cakchiqueles se esforzaban entonces por ejercer prepotencia en su ámbito geográfico.

No muy distinta era la situación que prevalecía en varios lugares de la región del Golfo y del área oaxaqueña. Es cierto que por ambos rumbos se dejaba sentir, vigorosa, la penetración mexicana. Sin embargo, no faltaron entre los huastecas, totonacas, zapotecas y mixtecas, señoríos que alcanzaron a preservar de algún modo su independencia, tra-

tando incluso de ejercer a veces algún predominio. La cultura de todos estos grupos, aunque se vio influida, primero por los toltecas y luego por la prepotencia mexicana, lejos estaba de cualquier forma de desintegración. Continuaban así floreciendo algunos importantes centros de población. Se mantenían y edificaban templos y palacios, muchos de los cuales hasta hoy no han sido objeto de estudio arqueológico. Tampoco se habían perdido las formas de expresión artística, creencias y ritos, sistemas calendáricos, escritura y elaboración de códices.

A no dudarle existió en esos grupos antagonismo y aun abierto odio contra los mexicanos que se arrogaban —por motivos religiosos y obviamente también económicos y políticos— la misión de sojuzgar a cuantos pueblos se hallaban a su alcance. La hostilidad hacia Tenochtitlan vino a ser un elemento rara vez ausente en el contexto cultural de una gran porción de Mesoamérica. No ya sólo huastecas y totonacas, zapotecas y mixtecas sino también los tarascos que, como vimos, jamás fueron vencidos por los mexicanos, y asimismo diversos señoríos de lengua y cultura náhuatl como los de Tlaxcala y Huexotzinco, eran permanentes enemigos de quienes pasaron a la historia como Pueblo del Sol.

En tiempos del último Motecuhzoma —según vimos— lejos de haber decaído los afanes expansionistas de Tenochtitlan, parecían dirigirse con nuevo ímpetu en busca de más amplias formas de unidad política o al menos de interrelación económica. Así, a la creciente imposición de obligaciones de vasallaje o de índole tributaria en numerosas provincias y señoríos, se sumaba la realidad de un intenso intercambio comercial. A lo que hemos dicho sobre las dos grandes rutas, que conducían hasta Xicalanco, en la Laguna de Términos, por el rumbo del Golfo, y hasta el Soconusco, en la región del Pacífico sur, deben añadirse otros muchos circuitos, con mercados bien abastecidos, en gran parte de Mesoamérica.

Prueba la más evidente de que la alta cultura y la civilización subsistían vigorosas en Mesoamérica nos da el gran contraste que, entre ésta y las regiones norteñas, habrían de percibir muy pronto los conquistadores hispanos. En casi todo el ámbito mesoamericano había pueblos y, en algunos casos, ciudades. Existían allí complejas formas de organización política, religiosa, económica y social. Había escuelas donde se transmitían sistemáticamente los conocimientos, de palabra y por escrito. Las actividades todas se regían según diversas cuentas calendáricas, tenían plena vigencia sistemas rígidos y, en algunos casos, cada vez más operantes, para la obtención de tributos y servicios personales. Todo esto y mucho más continuaba configurando la fisonomía cultural de Mesoamérica, en la que, como nuevo ejemplo de



extraordinario dinamismo, destacaba la nación mexicana. En su metrópoli —gran foco de irradiación y unificación— se hablaba la lengua náhuatl que, más que ninguna otra, se había difundido en Mesoamérica como medio de comprensión e intercambio aún en sitios muy apartados. Muy poco de lo que hemos mencionado resulta aplicable a las poblaciones nortenas. Aunque hemos dicho que también en el norte hubo sin duda evolución cultural, ésta no fue más allá de los asentamientos en aldeas cuyos habitantes practicaban la agricultura, irrigaban a veces sus tierras, producían cerámica y tejidos, y, de manera incipiente, volvían, en algunos casos, más operantes sus formas de organización. Fuera de esto —y con la única y limitada excepción de los llamados Indios Pueblos— quedaban por otra parte no pocas bandas de seminómadas cazadores y recolectores.

Tomar conciencia de este último capítulo en la historia prehispánica —lo que eran Mesoamérica y el norte en vísperas de la Conquista— es condición para valorar con adecuada perspectiva las distintas herencias de cultura de esta gran porción del Nuevo Mundo. Desde otro punto de vista, esta misma toma de conciencia se vuelve también antecedente necesario en todo estudio de lo que fue la conquista española. Tan sólo conociendo las realidades políticas y sociales los niveles técnicos, la economía, los distintos tipos de creación, en una palabra, las varias formas de cultura que aquí prevalecían, alcanzará a comprenderse por qué los enfrentamientos entre indígenas e hispanos, la penetración de estos últimos, su establecimiento, separación o mestizaje, ocurrieron de muy variadas maneras.

Justamente, de lo que fueron esos procesos —desde la Conquista hasta la independencia— resultó a su vez la formación de las nuevas fisonomías culturales que hoy integran el ser de México, con semejanzas pero también con variantes entre sí. Así, en cualquier estudio sobre la cultura y sociedad en la altiplanicie, en tierras del Golfo, en la península yucateca o en Chiapas, Oaxaca, el occidente, y cualquier otra región del vasto norte, los antecedentes imprescindibles, que han de tomarse en cuenta, arrancan desde los milenios prehispánicos. Indagar acerca de ellos equivale a ahondar en el subsuelo donde están las raíces más antiguas de nuestro propio ser y de su herencia de cultura.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS